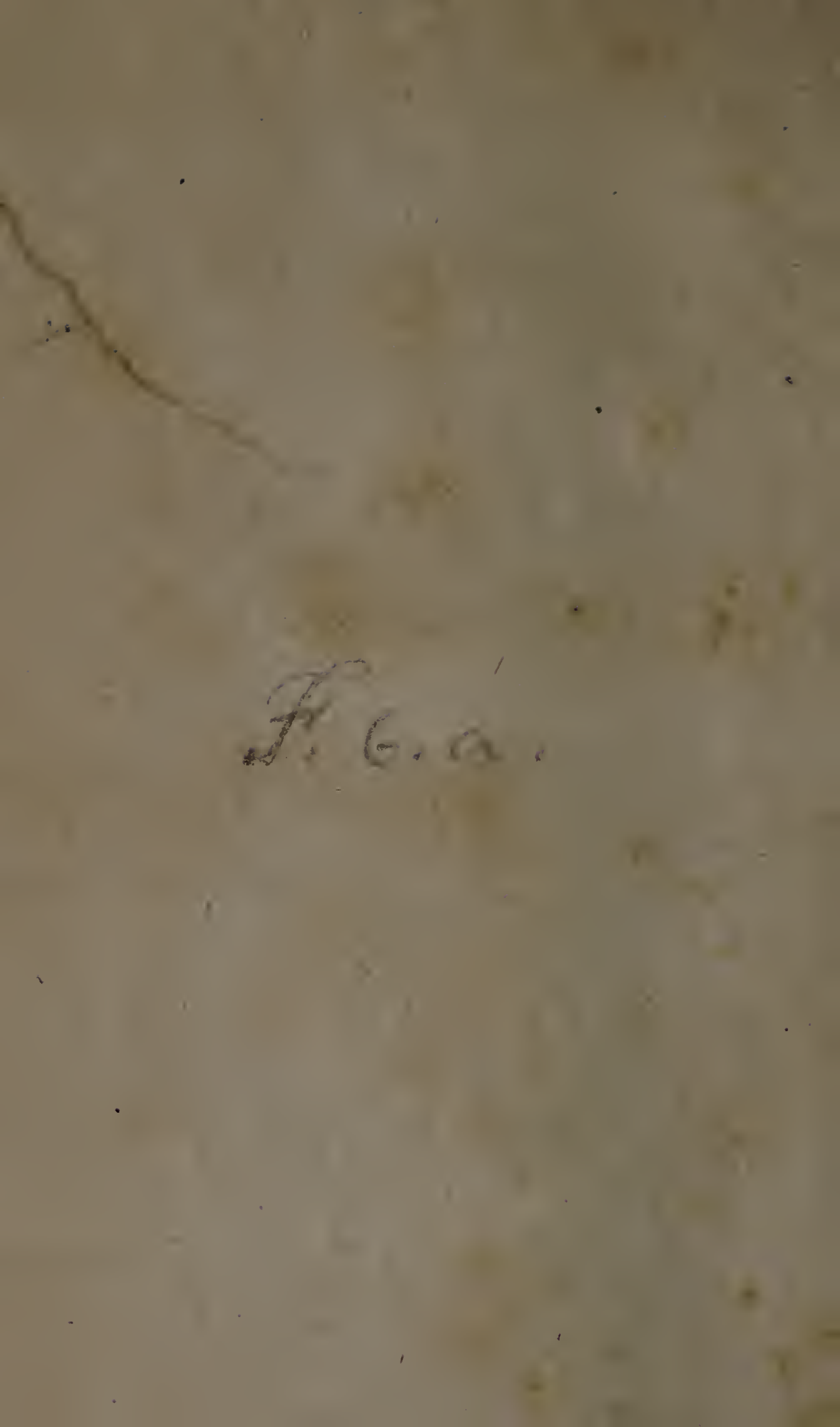



115712
D.150.b.35
Vol. 2
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA
CONDITA A.D. 1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI MDCCCLXXI
BOSTON PUBLIC LIBRARY
BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Recd. Apr. 26th 1871.
SUUM CUIQUE.





POESÍAS

DEL CONDE DE NOROÑA.

TOMO SEGUNDO.

MADRID, POR VEGA Y COMPAÑIA,
1800.

LETRILLAS.

Á ELIDA.

Id, versos míos,
Id, mis letrillas;
No á los palacios,
Donde entre ricas
Columnas, y oro
El dolo habita;
No á los guerreros,
Llenos de heridas,
Jamás afables,
Siempre con ira;
No á los letrados,
Que desestiman
Con ceño adusto
La Pöesía;
No á los soberbios,
Que si critícan,
No es por cariño,
Sino de envidia:
Id á las aldas
De la que estima
Mis cantilenas,

La amable Elida.
Ella las ama;
Y aun ella misma
Me las defiende
De la malicia.
Contra unas armas
Tan ofensivas
Las guarda, y cubre
Como solía
Con sus dos alas
La palomita
De Anacrëonte
Quando dormía.
En su regazo
Hallareis dichas
Gustos sabrcsos,
Dulces caricias.
No esteis tardíos;
Á toda prisa
Á la que os ama
Con fé sencilla
Id, versos míos,
Id, mis letrillas.

Á LA MUERTE
DE DORIMENE.

Muerta Dorimene,
Muero yo tambien.
Qual se queda el mundo
Al anochecer
Cubierto de espanto,
Y de lobreguéz;
Así tengo el alma
Desde que crüél
Me robó la Muerte
Lo que tanto amé;
Lloro mi desdicha
Una, y otra vez:
Muerta Dorimene,
Muero yo tambien.
La Muerte de enmedio
Del gusto, y placer
Quitó de la tierra
Á mi dulce Bien;
Á mis ojos mismos
La ví fallecer;
Su postrer aliento
Quise recoger;

Mas ni este consuelo
Entonces hallé:
Muerta Dorimene,
Muero yo tambien.
Con todo crëí
En sus ojos ver
El fuego, que hacía
Á mi pecho arder;
Llegué, y alentado
Movíla una vez,
Movíla infinitas,
Y el labio apliqué;
Mas ¡ay! que ya elado
Estaba mi Bien:
Muerta Dorimene,
Muero yo tambien.
Sin fuego sus ojos,
Su boca sin miel,
Sin orden sus rizos,
Marchita su téz,
Y toda cubierta
De la amarilléz
Quedó la que daba
Al río placer,
Al prado hermosura,
Y á mí todo bien:

Muerta Dorimene,
Muero yo tambien.
El Sol aquel día
No se dexó ver;
Los montes temblaron
Con fiero vayven;
En el ayre rayos
Se vieron arder;
Errante el ganado
No quiso pacer,
Retrocedió el río;
Secóse el vergél:
Muerta Dorimene,
Muero yo tambien.
Con mis tristes ayes
Marchitos se ven
La fragrante rosa,
Y el roxo clavél,
Mis lágrimas hacen
Las fuentes crecer;
Y la queja al bosque
Llega á ensordecer;
Pues solo gimiendo
Descansa mi fé:
Muerta Dorimene,
Muero yo tambien.

Los días dichosos,
En que yo la hallé
Llorosa si un punto
En verla tardé,
Qual humo pasaron;
Mas ¡ay Dios! aquel
Dolor, que me mata,
No es fácil que esté
Borrado en cien años
De mi pecho fiel:
Muerta Dorimene,
Muero yo tambien.

Ni el río, ni el soto
Me dan ya placer;
Ni entono canciones;
Ni toco el rabel;
Ni pongo guirnaldas
En mi triste sien;
Ni busco la sombra
Del fresco laurél;
Ni al sueño me entrego;
Ni aun vivo; porque
Muerta Dorimene,
Muero yo tambien.

LOS ZELOS ACTIVOS.

Se me abrasa el alma,
Belisa, de zelos.
Si vuelves acaso
Esos tus ojuelos
Mucho mas hermosos,
Que la luz del Cielo,
Y fixas la vista
En qualquier objeto;
Se me abrasa el alma,
Belisa, de zelos.
Si enseñas tus perlas
Con dulce gracejo,
Quando abres tus labios
Hablando, ó rïendo;
Porque todos logran
Favor tan supremo,
Se me abrasa el alma,
Belisa, de zelos.
Si alguno te toca,
Sëa, ó no, queriendo,
El brazo, la mano,
Ó solo un cabello;
Me cercan las Furias,

Mil penas padezco,
Se me abrasa el alma,
Belisa, de zelos.
Una vez que sabes
Qual es mi tormento,
No sëas ingrata
Con quien es tan tierno;
Pues solo pensando
En que puedes serlo,
Se me abrasa el alma,
Belisa, de zelos.

BELISA LLORANDO.

Las ninfas del río
Sacan del cristal
Su hermosa cabeza
Al verte llorar.
Miran por el prado,
Y encuentran que están
Los páxaros mudos
Al verte llorar.
Que las tiernas flores
Pierden su humedad,
Y quedan marchitas
Al verte llorar.

Y al fondo se baxan
Con celeridad
Por sus ricas conchas
Al verte llorar.

Y en ellas recogen
Todas con afan
Tus lágrimas bellas
Al verte llorar.

Las guardan gustosas
Qual cosa especial
Aunque se hallan tristes
Al verte llorar.

Y yo, que con ellas
Vëo que se van,
¿Que pretendes haga
Al verte llorar?

ENDECHAS.

Á UNOS ZELOS.

¿Oh furiosos zelos
Quando cesareis?
Cesad. ¿No me veis
Con tristes desvelos?
¿No bastan las penas
Que tengo pasadas?
¿No son bien pesadas
Mis recias cadenas?
¿No sufro, no paso
Agudos pesares?
¿No están hechos mares
Mis ojos acaso?
¿Que mas? ¿No es bastante?
¿Procurais mi muerte?
Me vëo de suerte
Que será al instante.
De noche debiera
Con reposo manso
Encontrar descanso
Á mi angustia fiera.

Y entonces es quando
Mas os desatais;
Y á la mente vais
Su mal renovando:
Me poneis delante
La dicha de Anfriso,
Y como lo quiso
Mi ingrata constante.
Parece la vëo
Con él enlazada,
Con tierna mirada,
Y ardiente desëo;
Que la blanda risa
Retoza en sus labios;
Y que mis agravios
Renuevan aprisa.
¡Que horrible pintura!
¿Y no ha de estar hecho
Mi sensible pecho
Un mar de amargura?
La vida penando
No sé de que vale
¡Feliz del que sale
Del mundo espirando!
Peñas escarpadas,
Torcidos cordeles,

Venenos crüeles,
Puntas aceradas,
¿Donde estais ahora?
Venid por la vida,
Que ya aborrecida
Tiene esta traydora.
Su pecho quizá
Se ablandará así;
Y sino otro en mí
Escarmentará.

ODAS.

DE UNA LÁGRIMA.

Quando yo pensaba
Encontrar desvío
En la zagaleja
Por quien me hallo herido,
Ví de sus ojuelos,
Del Amor hechizo,
Lágrimas ardientes
Correr hilo á hilo;
Una en su mexilla
Paró de improviso
Y exclamé al momento:
¿Que es esto, bien mío?
¿Quien es tan tirano,
Quien tan atrevido,
Que á tu pecho amable
Llena de martirios?
¿Y quien de tu llanto
Parar ha podido
Ese indicio leve?
Mírale, me dixo,

Y aí vé quien causa
Mi amargo gemido.
Miréla, y. . . . ¡Oh Cielos!
Me encontré á mi mismo.

DANDO LOS DÍAS

Á CINTIA.

En profundo letargo
Torpemente yacía,
Olvidado de musas,
De Parnaso, y de ninfas;
Quando al son de una trompa,
Sonora como fina,
Vëo que se conmueve
Quanto en el Orbe habita,
Las fieras se amansaban
Y llegaban á oírla
Como tiernos corderos,
Ó dulces avecillas;
Los árboles erguidos
Doblaban sus crecidas
Copas, y sus raíces
Á fuera se salían;
Verías ablandarse
Hasta las piedras mismas;

Y al Sol como suspenso
Al oír su armonía.
Confuso, y admirado
Quedé, pues no sabía
De donde proviniese
Música tan divina.
¿Si sera Garcilaso?
Entre mi repetía:
¿Si Herrera, o Figueröa?
¿Si Villegas, o Ercilla?
Mas no, que estos murieron;
Y de aquellas cenizas
Ningun fenix he visto,
Por quien ellos revivan.
¿Será sin duda Huerta,
Que en Madrid se apellida
Xefe de los Poetas,
Y Ovidio de estos días?
¡Ó será de Melendez
La bien templada lira,
De los iberos gloria,
De los demás envidia?
No, no es, con aspereza
Apolo me replíca,
Ninguno de los muchos,
Que tu mente imagina:

Porque es un Hijo mío,
Que en la plácida orilla
Del Nise está alabando
Á la agraciada Cintia.
Canta su natalicio
Con frases expresivas
Y con un entusiasmo,
En que nadie le imita.
Álvaro es el exemplo,
Que mi favor te indica;
Y á este maestro quiero,
Que con firmeza sigas:
Toma ya tu instrumento,
Con el suyo lo afina;
Y celebra, si puedes,
Lo grande de este día.
Me hallé cortado, y mudo
Por ver que competían
Lo grande del precepto,
Y la torpeza mía:
Pero, viendo que cumple
Quien hace, y no replica,
Así solté el acento
En lóor de la ninfa:
"El Cielo, que en sus exes
»Con velocidad gira,

»Arrebata los años,
»Y las humanas vidas,
»Este día nos trayga
»Con vueltas infinitas
»Para que lo gozemos
»Con inmensa alegría.
»Nunca en tu rostro vëas
»La frescura marchita,
»Por mas que el Tiempo quiera
»Con años destrüírla;
»Que se aventajen estos
»Al número de linfas
»Del mar, ó al de las hojas
»Que en las selvas se crían.
»Y que todas las cosas,
»Que á tu ventura aspiran,
»Las logres con usura,
»Las gozes sin medida...."
Quise seguir; mas débil
Alcanzar no podía
El resonante aliento
Con que Alvaro respira.
Dexé al punto mi trompa;
Y él, qual águila altiva,
Se escondió entre las nubes
Con rapidéz no vista.

Tal es su canto heroyco,
Tal es mi voz sencilla;
Y así vuelvo al letargo,
Que al principio tenia.

Á DON JOSEF VICENTE
MARCH.

Paxarillo, que siempre
En torno á mi adorada
Ó las alas batías,
Ó tierno la arrullabas,
Remonta mas el vuelo;
Y, cortando las auras,
Hácia el Turia camina,
Y en sus orillas pára.
Verás á March mi amigo
Que con dulzura canta
De su infelice nave
Peligros, y borrascas:
Veráslе amedrentado
Que de la mar la saca,
Temiendo que á ver vuelva
Las olas encrespadas.
Verás que entre los troncos,
Vecinos de la playa,

Sin mástiles, ni velas
Se encuentra abandonada.
¡Ay Dios! ¿La navecilla,
Á la que hacian salva
Aquellas que arrogantes
El mar señoreaban,
En medio de la arena
Sin abrigo, ni amarras
Ha de ser consumida
Del tiempo y de las aguas?
No, paxarillo mio,
Bate aprisa las alas,
Y á mi querido amigo
De su error desengaña;
Dile: que si furioso
El Aquilon arranca
Los árboles erguidos
De cimas elevadas;
Que si las densas nubes
En lluvias se desatan,
Y forman mil arroyos
De una corriente rauda;
Que si ven los pastores
Sus humildes cabañas
Del agua sacudidas,
Ó del ayre azotadas;

Si el tímido ganado
Lleno de terror bala,
É intenta guarecerse
Del rayo que amenaza;
Y si escondida el ave
Dentro del nido calla,
En tanto que los vientos
Enfurecidos braman:
El Céfiro süave
Los nublados aparta,
Y dexa que de Apolo
Se vëa la luz clara;
Los árboles ostenten
Sus cimas acopadas,
Y den sombra á la tierra
Para fecundizarla;
Que los limpios arroyos
Entre las guijas vayan
Salpicando las flores
Que su ribera esmaltan;
Que en las cabañas reyne
Aquella paz extraña
Que envidian desde el trono
Coronas, y tíaras;
Que el cordero inocente
Brinque de mata en mata

Y en los riscos se cuelgue
La trepadora cabra;
Y que las avecillas.....
Pero tú que ablandabas
Con trinos, y gorgëos
Empedernidas almas;
Tú, paxarillo mío,
Dile como en las ramas
El ruiseñor entona,
Y salta la calandria;
Y dile finalmente
Que la fortuna varia
Quando revuelve el exe
No busca la constancia;
Que el dulce ambiente borra
Del Septentrion la saña,
Y al fiero Invierno sigue
La Primavera grata;
Que alternan de este modo
Con ley constante, y sabia
Los bienes, y los males
En las cosas humanas;
Y que si hoy se le esquiva
Su antes afable Amalia,
Con halagüeño rostro
Le mirará mañana.

CONTRA EL ORO.

¿Adonde estaba el rayo
De Jupiter Tonante,
Que lleno de venganza
No dividió los ayres,
Quando hizo la Codicia
Que los tristes mortales
De lo hondo de la tierra
El vil oro sacasen?
¿Por que no fué en cenizas
Convertido al instante
El primero, que tuvo
Idëas tan fatales?
¿Por que el nervioso brazo
Aferró sin afanes
El pico, que cortaba
La mina de los males?
La caxa de Pandora,
Llena de enfermedades,
Con el oro nocivo
No puede compararse;
Porque las desazones,
Que este metal nos trâe,

Si pueden padecerse,
No pueden numerarse.
Por él se ven discordes
Los Hijos de los Padres;
Y la Naturaleza
Padece mil ultrages;
Por él muy pocos hombres
En una endeble nave
Al ponto se arrojaron
En busca de otros mares;
Por él con tiranía,
Se vierte tanta sangre;
Y las regias coronas
Se encuentran vacilantes;
Sin auxîlio del oro
El libertino infame
No amancillara el lecho,
Ni hubiera muger frágil;
Hasta en el santuario,
Al pie de los altares
Entra su hálito infesto,
Su negra mancha cäe.
Y así, incautos humanos,
Antes que os arrebate
Su valor, y hermosura,
Hüíd, y desechadle;

Porque si una vez llega
La codicia á sentarse
En el pecho del hombre,
Se desarrayga tarde.

CANTILENAS.

DE BELISA.

A las aras sagradas
Del templo de Cupido,
Donde llegan postradas
Las bellezas de Gnido,
Me acerqué acongojado;
Y, al Dios reverenciado
En aquel altar santo
Dirigiendo mi llanto,
Me quejé de su vira,
Que habiendo traspasado
Mi corazon con ira,
Dió á Lisis desagrado,
É ingratitud á Amira;
Deshice con despecho
Las cadenas pesadas,
Y flechas aguzadas,
Que rasgaban mi pecho;
Eché al fuego furioso
Su venda, y al instante
Sentí mi alma en reposo;
Y á Jove poderoso

Juré que en adelante
Nó sería yo amante.
Salí con alegría
De aquel templo ese día
Por ver que ya no amaba,
Y descanso lograba
La infeliz alma mía:
Mas ¡ay! que á poco vëo
Las gracias de Belisa,
Oygo su dulce acento,
Su deliciosa risa,
Y quanto mi desëo
Jamás hà imaginado;
Y al punto, en el momento,
De mi voto olvidado,
He roto el juramento.

Á UNA MUCHACHA

ENOJADA.

¡Ay muchacha! ¿Enfadada
Te muestras porque ha sido
Con violencia robada
Tu almibar delicada?
La culpa no he tenido,
Es toda de Cupido:

El me dió atrevimiento
Para gustar tu aliento;
Mas hallé tal dulzura....
Tal, que si no temiera
Tu enojo, mi locura
Mil veces repitiera.
Á tí está reservado
El darle su castigo,
Pues tanto te ha ultrajado;
No á mí; porque conmigo
El niño se ha portado
Como el mas fino amigo.

LA AUSENCIA.

Ausente de su nido
Está mi palomita,
Y su pichon se agita
Se muere de dolor.
¡Qual se halla de afligido!
El descanso desama,
De continuo la llama
Con amante fervor.
De un tronco en otro tronco
Dirige el presto vuelo;
Se abate contra el suelo;

Revuelve sin cesar:
Con un gemido ronco
Su quebranto declara;
Salta, corre, se pára;
No puede sosegar.
Búscala acongojado,
Las alas desplegadas,
En todas las cañadas
Por dó la vió partir:
Por uno, y otro lado
Mira, y remira ansioso;
Y arrulla cariñoso
Para hacerla venir.
En un peñasco hueco
Resuena su querella;
Y, pensando que es ella,
Que responde á su voz,
Camina en pós del eco
De su pasion guiado;
Mas ¡ay! desengañado
Vuelve á su pena atroz.
Al nido torna luego;
Halla la pluma fría,
Y no como aquel día,
En que amor los unió;
De angustia, y rabia ciego,

La esparce, y desordena:
Que para nada es buena
Desque ella se partió.
    Si un páxaro inocente
Al ver su nido amado
Solo, y desamparado
Tan condolido está;
¡ Aquel que vive ausente,
Que entendimiento alcanza,
Y teme una mudanza,
Ay Dios, como estará!

FABULAS
TOMADAS DE P. OVIDIO NASON.

DÉDALO, É ÍCARO.

Apolo, que conoces
La furia arrebatada
De aquellos que pretenden
Poner al Cielo escalas;
De aquellos tan altivos
Tan llenos de arrogancia,
Que á todo el orbe quieren
Humillar á sus plantas;
De aquellos, cuyos pechos
Son hidras tan hinchadas,
Que ni el poder, ni el mando
Sus corazones sacian;
Tú que de la fortuna
Penetras la inconstancia,
Sus inciertos placeres,
Sus bárbaras desgracias;
Con tu furor divino
Mi tibio pecho inflama;
Y hazme ahora patentes
Las ingeniosas trazas

De Dédalo, y la muerte
De Ícaro me declara,
Mis voces suavizando
Para poder cantarla;
Así verán que tienen
Los soberbios cercana
La caída en el punto
Que al Cielo se encaraman.
Dédalo desterrado
De su querida patria
La ilustre Atenas, donde
Las ciencias habitaban,
En Creta detenido,
Cercado por el agua,
No hallaba alivio alguno
Á su desgracia amarga.
Apenas al Oriente
Se aparecía el Alba,
Á la arenosa orilla
Su tardo pié guiaba,
Á ver si descubria
Por la llanura vasta
Del mar alguna nave,
Que de allí le sacara.
¿Que votos á Anfitrite,
Y á las Deydades sacras,

Que en las ondas habitan,
No hizo para aplacarlas?
Sobre todo á Neptuno
Ofreció que sus aras
Con sangre de cien toros
Veríalas manchadas.
Mas sordas las Deydades
Su ruego no escuchaban,
Y él con amargo llanto
Doblaba sus instancias.
Olas del mar, decía,
Que en esta inmensa playa
Lameis la seca arena
Con extraña constancia,
Volved á vuestro seno,
Y en la espumosa espalda
Llevad el humor triste,
Que mis ojos derraman;
Presentadlo qual sale
De mi pecho al que manda
En los húmedos reynos
Á ver si así se apiada:
Decidle que me envíe
Una ligera tabla,
Que quanto antes me saque
De esta isla desdichada.

Y vosotras traédla;
Así nunca la saña
Del Aquilon os turbe
Con fuerza desusada.
En valde con sus ayes
Las olas invocaba,
Pues iban, y venían,
Y no traían nada.
Mas viendo que ninguno
Oía sus plegarias,
Por diversos caminos
Su salida tentaba.
Movido del desëo
De ver su patria amada,
Encüentra un nuevo arbitrio,
Y así por fin exclama:
Me cercan, y me cierran
Las tierras y las aguas;
Mas en el ayre vëo
Cifrada mi esperanza;
Porque Minos posëe
En monarquia vasta
Mil reynos, mil regiones;
Pero el ayre no manda.
Pues este es el camino,
Que el Cielo me señala,

Para que de esta tierra
Seguramente salga.
Esto dice, y escoge
Plumas muy adequadas
Para formar con ellas
Unas hermosas alas.
Coloca las primeras
Las mas tiernas, y baxas;
Las medianas al medio,
Y al remate las altas:
Asegura con hilo
Las que en el centro encaxan;
Y afirma los extremos
Con cera condensada:
Y encorvalas un poco
Para que así imitaran
Las que puso en las aves
Naturaleza sabia,
Ícaro, su Hijo tierno
Allí junto se halla,
Bien ageno por cierto
De su pronta desgracia.
Revuelto está con ella
Porque en mil juegos anda
Con todo quanto encuentra
Con bulla, y algazara;

Ya con rostro risueño
Sus manitas alarga
Tras las plumas, que el ayre
Voltëa por la sala;
Ya la cera olorosa,
Que su Padre prepara,
Con el Sol la derrite,
Con el pulgar la ablanda;
Ímpidiendole en tanto,
Pues le mira con ansia,
La obra maravillosa,
Que con teson trabaja.
Y, estando ya del todo
Perfecta, y rematada
Dos alas se acomoda
Sobre la corva espalda;
El cuerpo suspendiendo
En el ayre; se ensaya
Para enseñar al Hijo,
Diciendo estas palabras:
Hijo mío querido,
Te amonesto que vayas
Constante por el medio,
Del Sol, y el mar te aparta;
Pues Febo con sus rayos
Pondrá la cera blanda,

Y llena de humedades
La vecindad del agua;
No mires á Böotes;
Huye de la Osa elada;
Procura ver de lejos
Del fiero Orion las armas.
Sëa siempre tu guía
Tu Padre ; tras él anda;
Sigue siempre su vuelo
Con cuidado , y constancia.
Mientras el arte nuevo
De volar le declara,
Coloca en sus brazitos
Las ignoradas alas.
Entre consejos , y obra
Mil lágrimas derrama
Que bañan sus canosas
Mexillas arrugadas;
Temblandole las manos,
Con ternura le abraza,
Y el beso ya postrero
Le dá con eficacia.
En sus alas se afirman;
Del suelo se levantan;
El Padre va delante,
Y cuidadoso marcha

Qual ave que al hijuelo
Del blando nido saca,
Haciendo que le siga
Y que hienda las auras:
El Padre así medroso
En el vuelo repara
Del Hijo, á quien adiestra
En arte tan extraña.
Si el triste hubiera visto
Que en las plumas estaba
Escondido el cuchillo
De la inflexîble Parca;
Que al paso que con hilo,
Ó cera las juntaba,
De los días del Hijo
Deshacía la trama;
Nunca arte tan dañosa
Enseñarle pensara
Evitando á su pecho
Muchas agudas ansias.
El pescador en tanto
Á voluntad del agua
Permite que el anzuelo
Entre sus ondas vaya;
El pastor que el ganado
Se esconda entre las matas,

Y en su cayado duro
Apoyado se pára;
El labrador, la yunta
Deteniendo, descansa
En la corva mancera,
De pasmo opresa el alma;
Y todos con asombro
La vista en ellos clavan,
Creyéndolos sin duda
Deydades soberanas,
Que, habiendo visitado
Del mundo la morada,
Se tornan á los Cielos,
Donde la paz descansa.
Con su rápido vuelo
Detrás de sí lejanas
Vén los dos voladores
Ciudades afamadas:
Á la siniestra á Samos,
De la gran Juno patria,
Á Delos montañosa,
Á la marmórea Parya;
Y á la diéstra á Lebintho
Sin pararse reparan,
Y á Calidne que tiene
Una miel delicada.

Pero Ícaro soberbio,
Poniendo su esperanza
En las alas, que tiene
En brazos afirmadas,
Concibe desde luego
La loca confianza
De remontarse al Cielo,
Y ver lo que allí pasa.
Á su Capitan dexa,
Se remonta, se afana,
Rompiendo el ayre vago
Con ligereza extraña:
Al claro Sol se acerca,
La cera se le ablanda;
Las gotas derretidas
La firme union desatan:
Sin provecho menëa
Los brazos, pues se hallan
Desnudos yá de plumas
Desechas yá las alas:
Faltándole la fuerza
En el mar dá de cara;
Y Padre, Padre mío
Es su última palabra.
El Padre desdichado,
No Padre ya, con ánsia

Al Hijo, que no encuentra,
Al Hijo, que idolatra,
Busca por todos lados,
Y con voz tierna exclama:
¿Donde estás, Hijo mio?
¿Ícaro, donde paras?
Estando así gritando,
En las ondas repara
Las plumas esparcidas,
Y todas ya mojadas.
Maldice su desëo,
Detesta de sus trazas;
Y el cadáver sepulta
Con lágrimas amargas.

PÍRAMO, Y TISBE.

Tú, Cupido, que gustas
De dar ánsias inmensas
Á quantos humillados
Arrastran tu cadena,
Tú, niño, que mantienes
Entrañas de fiereza,
Pues con el llanto amargo
Tú corazon contentas;
Tú, que sabes adonde

La llama, y ardor llega
Del triste que está herido
De tu dorada flecha;
Los peligros, que arrostra;
Las muertes que desprecia;
Las desdichas, que pasa;
Lo poco que sosiega;
Inspira mi memoria,
Anima mi eloqüencia,
Suaviza mis palabras,
Facilita á mi lengua
De dos tiernos amantes
La amorosa tragedia,
Que separó la suerte,
Y unió la Muerte fiera.
Píramo, y Tisbe, el uno
De agradable presencia,
La otra de todo Oriente
La de mas gentileza;
El jóven, que de Adonis
Excede la excelencia,
La niña que compite
Con la gran Citerëa;
Aquel hermoso, y fuerte,
Esta graciosa, y tierna;
Envidia él de los hombres,

De las mugeres ella;
En Babilonia viven,
En la ciudad soberbia,
Que la viuda de Nino
Fundó con opulencia.
Sus casas son contiguas;
El verse con freqüencia;
El tratarse un acaso;
Y el adorarse fuerza.
Que de una fuente chica
Un arroyo se engendra,
Que es río caudaloso
Quando en los mares entra.
Crecen los dos amantes
En edad, y belleza;
Se redobla el estorvo;
Y su llama se aumenta.
Quieren que dé Himenëo
Dulce fin á sus penas;
Los Padres se lo impiden;
Mas lo imposible vedan.
Porque los dos se quieren;
Se adoran con firmeza;
Y, sino con palabras,
Con señas lo demuestran.
Que el fuego, que se oculta,

Es de mayor viveza;
Y el río detenido
El ímpetu acrecienta.
Una hendidura tiene
La pared medianera,
Que divide sus casas,
En extremo pequeña;
De nadie ha sido vista;
Y Cupido, que anhela
Por convertir los faustos
Principios en tragedias,
Mucho tiempo ha tenido
Escondida esta grieta
Para que se aprovechen
Píramo, y Tisbe de ella.
¡El Amor, que no siente,
Que no vé, que no intenta!
Lo conocen; oh amantes,
Solo las almas vuestras,
Que hacen que la abertura
Fácil camino sëa
Por el qual expresarse
Los sentimientos puedan;
Pues los tiernos sollozos
Las amorosas quejas
Con seguridad salen

Llegan con ligereza.
Sentados uno, y otro
Se están horas enteras
Junto al dulce resquicio,
Testigo de sus penas.
El jóven está á un lado,
Al otro la doncella,
Con las bocas pegadas
Cuyos alientos mezclan,
Diciendo: ¡Que envidiosa,
Oh pared, te nos muestras!
Si dexaras juntarnos
Los cuerpos ¿tanto hicieras?
Ó si esto es demasiado,
¿Por que, dí, no te empeñas
En unir estos besos,
Que impresos en tí quedan?
Mas no somos ingratos;
Confesamos la deuda,
Que tienen nuestras almas
Á tu dulce franqueza.
¿Pues si á nuestros requiebros
Un tránsito no dieras
Por medio de tu muro;
De tanto amor qué fuera?
Con iguales discursos

Pasan la noche, y llenas
De llanto sus mexillas,
Nacido de la ausencia,
Se dán un triste vale;
Y con ternura besan
Cada uno por su lado;
Mas no como quisieran.
Quando la roxa Aurora
Asoma por las puertas
De Oriente sus caballos,
Derramando mil perlas;
Los amantes con ayes
El dulce puesto dexan,
Que la luz á ellos solos
Ocasiona tristeza.
Y quando tras los montes
El carro Febo lleva,
Y la noche su manto
Poco á poco despliega;
Vuelven acelerados
Otra vez á la grieta,
Que al amor siempre han sido
Amigas las tinieblas.
Con suspiros de día,
De noche con ternezas
Pasan, sin dar al fuego,

Que en su alma late, treguas.
Y en una de estas noches
Con balbuciente lengua
El joven á su amada
Dice de esta manera:
¿Hasta quando mi Tisbe,
Durará la paciencia?
¿Quando estará contento
Amor de su fiereza?
¿Hemos de explicar siempre
Por gestos, y por señas,
Ó por esta hendidura
Las amantes idëas?
¿Quando llegará el día
Que nuestros pechos puedan
Coger el dulce fruto
De tan amarga siembra?
Ya es tiempo que juntemos
Con lazadas estrechas
Nuestros cuerpos, y el nudo
Indisoluble sëa.
Y que quando tiranos
Nuestros Padres pretendan
Separarnos, entonces
Hacerlo ya no puedan.
Resolucion constante

Es preciso que tengas
Si quieres que gocemos
Del amor las finezas.
Yo estoy determinado
Á falsëar la puerta
En medio de la noche
Quando todos sosiegan.
Haz lo mismo, bien mío,
Buscando con presteza
El lugar, donde pienso
Que nuestro mal fenezca.
Este será aquel bosque
Sagrado, dó se encuentran
Las cenizas de Nino
Con mármoles cubiertas.
¡Si vieras, Tisbe mía,
La hermosura que encierra,
El gusto que respira,
Lo mucho que embelesa!
Los troncos á porfía
Al firmamento elevan
Sus copas, guarnecidas
De hojas verdes, y tiernas.
La vid frondosa al olmo,
Al álamo la yedra
Se estrechan, y se enlazan

Con amorosas vueltas.
La fruta sazonada
De las ramillas cuelga,
Sirviendo de ornamento
Al árbol que la engendra.
Las flores delicadas
Con el olor recrëan,
Con el tacto enamoran,
Con el color deleytan.
Las dulces avecillas
Ensordecen la selva;
Y enagenan el alma
Con sonoras cadencias.
Los arroyos murmuran;
Los ríos se despeñan;
Las fuentes se desatan;
Y aquel sitio hermosëan.
Aquí pretendo, Tisbe,
Dar vado á mis tristezas;
Redoblar mis abrazos;
Mostrar mi fé sincera.
Un moral, cuya fruta
Á la nieve asemeja
Al lado de una fuente
De agua delgada, y tersa,
Será el punto dichoso

Para juntarnos. Ea;
Responde, Tisbe mía,
Que aguardo la respuesta.
Tisbe en todo, y por todo
Su dictamen aprueba;
Se apartan, y con ansia
La hora prescripta esperan.
En brazos de la Noche
El Día se recuesta
Quando Tisbe se sale
De su casa encubierta:
De ninguno es notada;
Y ella, que solo piensa
En cumplir sus amores,
Sus pasos acelera.
La Luna perezosa,
Ó quizá por clemencia
Rodëada de nubes,
Sus luces escasëa.
El corazon de Tisbe
Se conturba; se aprieta,
Se arrepiente; y dar quiere
Á su casa la vuelta.
Mas el Amor la instiga
Al puesto amado llega;
El moral reconoce;

Debaxo de él se sienta.
Quando del bosque sale
Una lëona fiera,
Manchada con la sangre
De una reciente presa.
Tisbe, al verla, asustada
Huye con ligereza
Del moral, y se esconde
Al punto en una cueva.
Con la prisa, y el miedo
Dexa cäer en tierra
El lienzo con que träe
Cubierta la cabeza.
En tanto la lëona
Á la fuente se acerca;
Hinche su crudo vientre;
Su garganta refresca;
El blanquísimo manto
De la jóven lo huella;
Y con manos, y boca
Lo ensucia, y ensangrienta.
Llega Píramo al puesto;
Y al ver la polvareda;
Que la fiera levanta
Se pasma, y desalienta:
Arrímase medroso;

Con el velo se encuentra
De Tisbe destrozado;
Y crëe que está muerta:
Levántale del suelo;
Con mil ayes le besa;
Éste acaso maldice,
Y su desgracia inmensa.
Con vacilantes pasos
Á aquel moral se acerca
Donde encender debía
Himenëo la tëa.
Yo, yo la culpa tengo,
Repite con acerbas
Lágrimas, que derrama
Con ardor, y freqüencia;
Yo te he muerto mi Tisbe,
Pues permití que fueras
Sin tu esposo por medio
De esta horrorosa selva.
¿Porque no vine presto?
¡Mal haya mi pereza!
Debiera haber llegado
Antes que tú vinieras:
Debiera.... Mas ¡ay Tisbe!
¿Tisbe, donde te encuentras?
¿No escuchas á tu amante?

¿No me oyes? ¿No contestas?
¡Silencio pavoroso!
¡Noche amarga! ¡Tremenda
Soledad! Todo, todo
Me turba, oprime, yela.
Esta es la postrer hora
Que de vida me resta;
En esta el Hado duro
Mi justa muerte ordena.
Y vosotros, lëones
Venid, venid apriesa;
Heridme, destrozadme,
Matadme con fiereza.
Mas llamar á la Muerte,
Y no matarse muestra
Una vil cobardía,
Que mi pecho detesta.
Tú velo, que me anuncias
De Tisbe la tragedia,
Con la de mi querida
Esta mi sangre mezcla.
La espada desembayna,
Sobre la punta se echa;
Las entrañas se rompe;
La espalda se atraviesa:
La sangre á borbotones

Salta en alto derecha,
Como las aguas quando
Algun caño se quiebra.
El árbol se rocía;
Y al rededor la tierra
Se empapa de tal modo
Que en la raíz penetra.
Las moras que eran blancas,
Su propio color truecan
En un roxo encendido,
Que dolor manifiesta.
No cobrada del susto
Pasado la doncella,
En pós de su querido
Se sale de la cueva.
Con los ojos ansiosa
Le busca, y no le encuentra;
Le llama, y no responde;
Todo calla, y recela.
Llega al árbol, y extraña
Aquel color, é incierta
Está de si es el mismo,
Dó le esperó contenta.
Y en tanto que se pára
Confusa, é irresuelta
Con el cuerpo infelice

De Píramo tropieza:
Los palpitantes miembros,
Llenos de sangre espesa,
Y la faz amarilla
Ve con horror, y tiembla.
Y de lo hondo del pecho
Al punto saca fuera
Un profundo suspiro,
Que en el bosque resuena.
¿Que feroz hado, dice,
Ó que contraria estrella
Así de mí te aparta,
Oh mi querida prenda?
Responde, dueño mío,
Responde á mis querellas;
Tú Tisbe es quien te llama;
Tú Tisbe es quien se queja.
Vuelve esos dulces ojos
Por esta vez postrera,
Primero que se cubran
Con una noche eterna.
Él los ojos levanta;
Los fixa en la doncella;
Y su alma con mil ánsias
El triste cuerpo dexa.
La jóven vé vacía

La bayna; vé en su diestra
El velo; y vé que el pomo
Está estrivando en tierra;
Al momento conoce
Por estas tristes señas
Que Píramo á sí mismo
Se ha dado muerte fiera.
Y qual Sacerdotisa
Que en su pecho aposenta
Al numen que la agita,
La atosiga, y apremia;
Que corre enfurecida,
Dando al templo mil vueltas,
Diciendo las palabras,
Que la Deydad la enseña;
Así Tisbe furiosa
Los cabellos se mesa,
Tuerce las blancas manos,
Y sobre el cuerpo se echa:
De lágrimas preciosas
La cruda herida llena;
Con ósculos ardientes
Los fríos lábios sella;
Y exclama: Tú, tú mismo
Te has muerto con fiereza,
Quizá porque pensabas

Que tu Tisbe era muerta.
Detén, Píramo, tu alma,
Que al Orco va ligera;
Espera que la mía
Te sigue á toda priesa.
Si yo he sido la causa
De tu muerte crüenta,
Tambien, Píramo amado,
Seré tu compañera.
Oh Padres rigurosos,
Que sois la causa cierta
De nuestro fin acerbo,
Si piedad aun os queda;
Luego que el duro caso
Por la ciudad se extienda
Y nuestro afecto oculto
Patente al mundo sëa;
Haced que los que junta
Amor, y Muerte, tengan
La sepultura unida
Baxo una misma piedra.
Y tú, moral, que cubres
Con tus ramas espesas
El cuerpo de un amante,
Cubre dos ya con ellas;
Y á los futuros siglos

Nuestra historia recuerda,
Enlutando tu fruta
En señal de tristeza.
Dice Tisbe, y al punto
Se arroja con violencia
Sobre la aguda punta,
Que el pecho le atraviesa.
Atrópos corta el hilo
Con su crüél tixera;
Y los Padres, y Dioses
Su peticion aceptan;
Pues una misma losa
Los dos cuerpos encierra;
Y el árbol desde entonces
Produce moras negras.

VENUS, Y ADONIS.

Decid, sagradas Musas,
¿Que aliciente, ó motivo
Hubo para que Venus
Dexáse á Chipre, y Gnido?
¿Acaso algunos hombres
La ofrecen sacrificios
Como fieros Cerastos,
Cometiendo homicidios?

¿Hay acaso mugeres
En su pueblo escogido
Qual Propétidas ; llenas
De orgullo , y despotismo ?
¿Ó Hipómenes , y Atlanta
Á pesar del castigo
Dexaron sucesores
De ingratitud ; y olvido ?
No crüéldad del hombre,
No de la muger vicios,
Ni ser el uno , y otro
Tan desagradecidos
La mueven á que dexe
Su dulce domicilio;
Sino el estar herida
De mano de Cupido.
¡Que mucho , si se encuentra
Tan libre , y consentido
Que no hace el menor caso
Del materno cariño !
¿Porque no le sujeta
Con poderosos grillos,
Que á todo el mundo turba
Con sus agudos tiros ?
Un día le besaba
Con dulce regocijo;

Juntaba sus ojuelos
Á sus ojos divinos:
Y él al darla un abrazo
Traspasó de improviso
Con una flecha aguda
Su pecho cristalino.
Apartóle furiosa;
Y con dolor tan vivo
Poblaba el ayre vago
De lastimosos gritos.
Mas él con risa falsa
Decía: ya que he visto
Que mi Madre está herida,
Conozco mi dominio.
Pues escuchad, amantes,
Los que os preciais de finos
Los amores que tuvo
La Madre de amor mismo.
Ya la mirais llagada;
Ya llena de martirios;
Ya gime; ya suspira;
Ya el Amor la ha rendido.
¿Pues quién será en el mundo
El venturoso, el digno
Por quien Venus se rinda
Con corazon sumiso?

¿Quién sino el bello Adonis,
El bello Adonis, Hijo
De Cíniras, y Mirra,
El Hijo de un delito?
Ese, cuyos cabellos
Quitan al Sol el brillo,
Sus ojos son dos rayos,
Su cuerpo marfilino:
Amante de las selvas,
Y de aquel exercicio,
Que la casta Diana
Enseña á sus queridos.
Fatigaba los montes;
Repasaba los ríos;
Corría las llanuras;
Freqüentaba los riscos.
En las ardientes siestas
De los secos Estíos
La yerba le servia
De tapete mullido.
Allí la blanca Venus
Sin lazos, ni atavíos,
Descalza, y los cabellos
Trenzados al descuido;
Tenía con su amante
Coloquios divertidos,

Diciéndole requiebros,
Haciéndole cariños
¡Ay! No es posible goze
Un instante tranquilo
Aquel que sabe tiene
Furiosos enemigos!
Pues dime, Venus ¿cómo
No buscaste un asílo
Para librar á Adonis
De Marte enardecido?
¿No le miras zeloso?
¿No sabes sus designios?
¿Que es capaz de atraerte
Mil llantos, mil suspiros?
¿Cómo te olvidas de esto?
¿Cómo estás con descuido?
¿Así perecer dexas
Á quien te adora fino?
¡Quién creyera venganza
En un Dios! ¿Que me admiro,
Si es el Dios que preside
Los hechos vengativos?
No se olvida la Diosa;
Sabe está resentido;
Que compasion no cabe
En pecho tan altivo.

Un día recostada,
Baxo un frondoso aliso,
Asida de la mano
De su adorado hechizo,
Y asomando á sus ojos
Las lágrimas, le dixo
Que dexára las fieras,
Y animales bravíos.
¡Que mal parece, Adonis,
Un rostro peregrino,
Vertiendo leche, y sangre
Con agraciados rizos,
Caminar tras los osos,
Lanzar al tigre tiros,
Al javalí oponerse,
Y herir al lëon libio!
¿Imaginas que en ellos
Pueden tener dominio
Tus ojos penetrantes,
Como en mí lo han tenido?
Solo yo amarte puedo,
Solo yo con activo
Ardor puedo olvidarme
De mi alto poderío.
Por nuestros tiernos gustos,
Por nuestro amor sencillo,

Por el día primero
Que te ví te suplíco
Que no sigas la caza
Con tan tenáz ahinco:
Mira que así te pierdes,
Y te pierdo, bien mío.
Dice; y, sobresaltada
De aquel atróz peligro,
Á su cuello se arroja
Con besos repetidos.
¡Con que dolor separa
Sus brazos! ¡Qué deliquio
No siente al despedirse!
¡Oh que tiernos suspiros!
Sube al carro; se sienta
Llorando, y sin sentido;
La rienda afloxa; y parte
Ácia los templos Ciprios.
Con los ojos la sigue
Adonis conmovido;
Y jura interiormente
Hacer lo que le ha dicho.
Mas Marte, que conoce
Que mas se enciende el brío
De un joven en el punto
Que intenta reprimirlo,

Un javalí presenta
En los montes vecinos,
Al que siguén los perros
Con furiosos ladridos.
El amoroso joven,
Al no esperado ruido
De su éxtasis volviendo,
En pié se pone listo;
Y al ver que le acomete
El cerdoso enemigo,
Le arroja el presto dardo,
Pero le yerra el tiro.
No se detiene el bruto;
Le enviste enfurecido,
Sus ingles traspasando
Con los corvos colmillos.
Humëando los saca,
Con la sangre teñidos
De Adonis, desdichado
Solo por ser tan lindo.
Queda qual flor que corta
En día intempestivo
El arado, ó destruye
La fuerza del granizo.
Está en el suelo dando
Mil ayes compasivos;

El ayre los conduce
Con muchos remolinos
Á la tierna Dïone,
Que había dividido
Las nubes, quando el eco
Penetra sus oídos;
Lo conoce al instante;
La ocupa un sudor frío;
Y el corazon opreso
La empieza á dar latidos.
Del carro de oro salta;
Y al trepar por los riscos
Una punzante espina
Hiere su pié divino;
Brota, la sangre, dando
Su mismo colorido
Á la rosa, que era antes
Mas blanca que el armiño.
No hace caso la Diosa
De este dolor activo;
Y vuela presurosa
En busca de su amigo.
Le encuentra moribundo;
Da un espantoso grito;
Se mesa los cabellos;
Se rasga los vestidos;

El pecho se destroza
Con furor nunca visto;
Por sus mexillas corren
Las lágrimas en hilos;
Apellida los hados
Alevosos, iniquos;
Sus acentos se quedan
Al salir detenidos:
Yá á Júpiter suplíca
La quite el sér divino;
La abrase con un rayo;
La arroje en los abismos;
Yá al Dios de las venganzas
Dirige el triste estílo:
¿Feroz Marte, así pagas,
Le dice, mi cariño?
¿Eres tu Dios, amante,
Y de Juno nacido?
No lo eres: sierpes fieras
Te arrullaron con silvos.
¿Crüél, no te contentas
Con que por tí haya sido
El juego, y el escarnio
Del soberano impíreo,
Quando el fëo Vulcano
Con sutil artificio

En su red delicada
Halló á los dos prendidos?
¿Pues no basta? ¿Que quieres?
¿Que intentas fementido?
¿Procuras mas favores?
¿Buscas mas beneficios?
Y tú en pago la vida
Quitas á mi querido
Á Adonis, que le amaba
Mas que á mis ojos mismos.
Vengaréme algun día
De tan atroz délito....
¿Mas que sirve vengarme,
Si á mi mal no hallo alivio?
Dixo; y á llorar vuelve
Con profundos suspiros;
Se desmaya, y se cäe
Sobre el cadaver frio.
Sintió la tierra el peso;
Sus exes conmovidos
Cruxieron, y los vientos
Bramaron con ahinco.
Volvió la Diosa Venus
Del triste parasismo;
Y con nuevas razones
Explicó su martirio;

Exclamó.... Mas vosotras
Piérides, lo que dixo
Referid, que mi aliento
Se encuentra enflaquecido;
Que mostrar su congoja,
Expresar su delirio
No es empresa para hombres,
Es para Apolo mismo.
Mas, siguiendo las voces,
Que aquel coro virgíneo
Me dicta, con la Diosa
Exclamo enternecido:
Venid, venid corriendo
Á este funesto sitio,
Los que habitais los montes,
Residís en los ríos,
Los que vivís cercados
De conchas, y mariscos
Faunos, ninfas, tritones
Venid á mis gemidos;
Venid, y ved en tierra
Á mi Adonis ya extinto;
Y ved en que ha parado
Mi ardiente desatino.
Quemad en honra suya
Perfumes exquisitos;

Con lágrimas regadle,
Llorad, llorad conmigo;
Diciendo á cada instante
Con dolor excesivo:
Adonis es ya muerto.
¡Que pena! ¡Que martirio!
Llorad, hayas silvestres;
Llorad, robustos pinos;
Llorad, árboles, quantos
Mantiene el bosque umbrío:
Suden vuestras cortezas
Lágrimas; y quejidos
Arroje el duro tronco
Qual suele al dividirlo.
Llorad, espesos montes;
Llorad, valles floridos,
Los que erais freqüentados
Del dulce dueño mío;
Cubrid de triste luto;
De cardos, y de espinos
Vuestra faz, donde posan
Las risas de continuo.
Mi gozo huyó de presto;
Mi mal de pronto vino.
Adonis es ya muerto
¡Que pena! ¡Que martirio!

Los ríos, y las fuentes
Á su lugar nativo
Se vuelvan por no oírme
De puro condólidos;
El campo no produzca
Ni yerbas, ni tomillos;
Las flores se marchiten,
Pierdan su colorido;
Abandonen sus Madres
Los tiernos corderitos;
Los pastores olviden
El dulce caramillo;
Las zagalas no entonen
Sus cantares sencillos;
Y dexen en los troncos
Mis pesares escritos;
Ellos crezcan, y en ellos
Lëan sus caros Hijos:
Adonis es ya muerto.
¡Que pena! ¡Que martirio!
Venid, fieras silvestres,
Y, vosotros impíos
De almas facinerosas,
Pechos empedernidos,
Amantes de la sangre,
Y de atroces delitos;

Y vuestros corazones
Se volverán benignos
Mirando este suceso;
Diciendo conmovidos:
Adonis es ya muerto.
¡Que pena! ¡Que martirio!
Euménides furiosas,
Dexad que los iniquos
Descansen por un rato
De sus duros castigos.
Rueda, agua, buitre, y peña
Á Ixion, Tántalo, Ticio,
Y á Sísifo permitan,
Su rigor suspendido,
Ver que sobrepuja
El mío en infinito.
Adonis es ya muerto.
¡Que pena! ¡Que martirio!
Le abraza, besa, llora
Con mortales deliquios,
De suerte que ya elada
No dá de vida indicio.
Las Gracias se suspenden;
El Gusto amortecido
No juega; ni retozan
Los Amores lascivos.

Ya el imperio amoroso
Llegaba á su exterminio;
Quando á verse volvieron
Sus ojos peregrinos:
Abriólos, y Natura,
De su esplendente brillo
Bañada, la faz muestra
Con afable sonriso.
Mas Venus empapados
En llanto, y siempre fixos
En su difunto amante
Exclama: El Hado impío
Podrá hacer que no beba
En tu labio encendido
El mas puro deleyte,
Ni que te vëa vivo:
Mas no impedir que sëas
Blanco de mi cariño;
Que es en los inmortales
El amor infinito.
Renovaré cada año
Este feroz martirio
Con la sangre preciosa,
Que en el suelo has vertido;
Veréla convertida
En flor qual carmin fino

Tan débil , tan sin fuerzas
Como ahora te miro.
Dice así ; y rociada
Con su nectar divino
La vuelve en Amapola;
La coge al punto mismo;
La besa con mil ayes;
Y , haciendo mil delirios,
Que su pasion demuestran;
Se la lleva consigo.

ROMANCES.

EL PASEO.

Se encuentra toda la cumbre
Cubierta de espesa nieve,
De tal suerte que la sierra
Un lienzo blanco parece;
Los arroyos con el yelo
En las cuestas se detienen,
Y las que antes eran aguas
En cristales se convierten;
Desnudos los gruesos troncos
No dan sombra como suelen,
Antes permiten que Febo
La fría tierra caliente;
Los pastores tiritando
En sus cabañas se meten,
Ó de ramas de una encina
Una gran hoguera encienden;
Al rededor se colocan
Los amigos, y parientes,
Y, refiriendo consejas,
Con sencilléz se divierten.

Las bellotas, y castañas
Echadas confusamente,
En las ascuas se rebientan,
Y las esparcen á veces;
Una larga bota entonces
Á la redonda se mueve,
Y hace el licor que del pecho
El torpe frío se aleje;
Las cabras, que en este tiempo
Abundan en pura leche,
Les dan el mantenimiento,
Que á su robustéz conviene.
Pero el que tiene cuidados
No es fácil que se contente,
Sino en procurar su alivio
De la suerte que pudiere.
Y una vez que en este Invierno
No son las lluvias perennes,
Y unos dias mas hermosos
Para consolarnos vienen;
En lo mas alto de un monte;
Que descubre facilmente
Ya las torres suntuosas,
Ya las chozas mas endebles,
Mano á mano con Berarda,
Mi corazon se entretiene

En escuchar de su boca
Mil requiebros diferentes;
Y embriagado del gusto
Que entonces el alma siente,
De su blanca mano asido,
Esto mi boca profiere:
Mira esa espaciosa Vega,
Que á todos lados se estiende,
Y mira quantos lugares
Humëan continuamente;
Mira las huertas sembradas
Quantos frutos nos ofrecen,
Y mira de quantas hojas
Vestirse el árbol promete;
Mira las gotas que el río
Dentro del seno mantiene,
Y mira las que despeñan
Por estos montes las fuentes;
Mira las cabras que trepan
Por lugares eminentes,
Y mira quantos corderos
Por esa sierra descienden;
Y luego mira mi pecho;
Y verás que los exceden
En número, en inocencia
Los sentimientos que tiene.

Con estas, y otras razones
Nuestro afecto se entretiene
Hasta que el monte da sombra,
Y las estrellas parecen.

LA HUERTA.

Bien hayas, bendita Alcina;
Pues en tu huerta yo encuentro
Un asilo á mis amores,
Y un desahogo á mi pecho.
Apartada del bullicio,
En la eminencia de un cerro,
Ni te alcanzan los cuidados
Ni te turban los enredos.
Alli solo con mi amada
La sencillez yo contemplo
Ya del sitio que registro,
Ya del amor que tenemos.
Debaxo se halla Granada
De nuestros pies, y soberbio
Me parece toda poco
Con la dicha que poseö.
Quando la miro que ufana
Vá por las cuestas subiendo,
Y arrancando de las flores

Las de los tallos mas tiernos;
Y despues de haber formado
Un ramo gracioso , y bello,
Donde el, color , y fragrancia
Se compiten con gracejo,
En el pecho lo coloca,
Un dolor intenso tengo
De que las flores se atrevan
Á ponerse en aquel puesto.
Otras veces como niña
Se entretiene en varios juegos,
Que demuestran su inocencia,
Y viveza de su genio.
En la ramas de un aliso,
Cuya cima toca el Cielo,
Y cuyas räíces llegan
Á penetrar el Averno,
De retorcidos cordeles
Un mecedor componiendo
Con honestidad se sienta,
Y ata á sus pies un pañuelo.
Quando sube por el ayre,
Y al impulso de su vuelo
Vaguëan sin guardar orden
Aquí , y allí sus cabellos;
Quando rápida se mueve,

Y casi se lleva el viento
La blanca, y fina mantilla,
Que ciñe su hermoso cuerpo;
Parece que Iris la ha dado
El encargo, y descendiendo
De la cumbre del Olimpo,
Anuncia la paz al suelo;
Mi corazon la recibe,
Porque en este sitio puedo
Gozar de amores tan dulces
Sin sobresalto, ni miedo.
Otras veces ya cansada,
Sobrecogido el aliento,
Sonrosadas las mexillas,
En las yerbas toma asiento,
Allí el corazon se alegra
Pues cada voz es requiebro,
Cada palabra fineza,
Y cada mirada un fuego.
Y quando el Sol de los montes
Vá sus rayos recogiendo,
Otros gustos se presentan
Á nuestro amor verdadero.
Una manada de ovejas
Viene á la casa corriendo,
Ansiosas, y desaladas

En busca de sus hijuelos:
Balan todas juntamente,
Y responden los corderos;
La Madre á su cría llama,
Y ella replica al momento;
Uno corre presuroso;
Otro retoza ligero;
Este hace fiestas süaves;
Aquel chilla con esfuerzo;
Todos encuentran sus Madres,
Todos reciben sustento.
¿Oh sabia Naturaleza,
Quien penetra tus secretos?
Al ver esta maravilla
Á mi Berarda me vuelvo,
Y la digo con ahinco,
Señalando lo que vemos:
No de otra suerte conserva
Mi corazon en su centro
Tu hermosa imagen, pues siempre
Como á mi vista la tengo.
En las noches mas obscuras
Entre el numeroso pueblo,
Á las mayores distancias
Te distingo desde luego.
Como constante te adora,

Está oprimido acá dentro;
Por unirse con el tuyo
Dá latidos con anhelo;
Quando estás cerca, me avisa;
Se desmaya, si estás léjos;
Si correspondes, se explaya;
Se oprime, si tienes zelos;
Tu vista le vivifica;
La ausencia le dexa muerto;
Contigo todo son dichas;
Y sin tí todo tormentos.
Estas palabras la llenan
De amor tan dulce, que advierto
En su mirar apacible
Quanto con ansia apetezco.
Pero al tiempo de partirnos
Se amontonan con exceso
En sitio tan inocente
Los mas vivos sentimientos.
Quando tu huerta dexamos,
Benigna Alcina, crëemos
Que huyen volando los gustos,
Que el pesar viene corriendo.
Á cada paso, que damos,
Arrojo un suspiro acerbo,
Porque se acerca el instante

De dividirnos. Oh cerros
Del alto Generalife;
Oh desechos monumentos
De la habilidad del Moro,
Y de su poder inmenso;
Oh palacio , oh monte , oh fuentes,
Testigos sois de mi acento,
Que habeis repetido á veces,
Nuestras angustias sintiendo.
Pedid al Sol que detenga
Su rápido movimiento;
Pues solo duran mis gustos
Entretanto que lo vëo.

LA SEPARACION.

Verdes troncos de la Alhambra,
Que con las ramas espesas
Impedis que á vuestro suelo
Los rayos del Sol ofendan,
Á vuestros pies recostado
Me visteis la vez primera,
Ya culpando su tardanza,
Ya acusando su tibieza.
Las fuentes murmuradoras
Se reian de mis quejas;

Y por no oírme sus aguas
Despeñaban por las cuestas,
Creí que nada podría
Compararse con mi pena,
Y era porque yo ignoraba
La que ahora me atormenta.
Y no son zelos bastardos
Los que el corazon me apremian,
Ni tercas desconfianzas,
Ni cautelosas sospechas;
Porque en sus ojos yo bebo
Un amor, en que se encuentra
Si un fuego activo que enciende,
Tal dulzura que consuela.
Sino que el Hado terrible
Con ferocidad intenta
Á la muralla mas firme
Despojarla de su yedra.
Y, temiendo que se llegue
El instante de la ausencia,
Mi corazon se estremece,
Y el suyo se agita, y tiembla.
Y contra vosotros vuelvo,
Troncos duros, mis querellas,
Pues á todos dáis dulzuras;
Solo yo carezco de ellas.

Los páxaros en las ramas
Con libertad se requiebran,
Y escondidos en las hojas
Sus regocijos expresan;
Con arrullos las palomas,
Con trinos dulces las merlas,
El ruiseñor con gorgëos,
Y la perdiz cucuchëa.
La ardiente chicharra chilla
Al fin de la primavera
Y se oye en estío el silvo
De la enroscada culebra.
Todo viviente vá en busca
De su amada compañera;
Y la vid estrecha al olmo
Con mil vueltas, y revueltas.
Solo yo triste entre tantos
No quiere el Hado que sienta,
Como si el pecho tuviese
Formado de bronce, ó piedra.
Y el Amor por otro lado
Á los ojos me presenta,
No otros objetos, el mismo
De mil distintas maneras.
Unas veces agradable
Como palomilla tierna;

Otras veces qual la fuente
Bulliciosa, y muy risueña:
De mil flores olorosas
Son entonces mis cadenas,
Que el gusto de la fragrancia
Las hace juzgar ligeras.
Otras se enfada furiosa
Como Jove quando truena,
Y entonces el temor hace
Las prisiones llevaderas.
Con el gusto, y con el miedo
Mi pecho engañar pudiera
Con débiles esperanzas
Con amenazas inciertas.
Pero al mirar que en su rostro
Al impulso de la pena
El color, ó se demuda,
Ó se enciende con viveza;
Que aquellos activos ojos,
Que al abrirlos una hoguera
Formaban en quien osado
Hizo á su luz resistencia,
Ahora mustios, llorosos,
Ó fixados en la tierra,
Ó mirando á todas partes
Sin destino, ni certeza,

Casi volver no se atreven
Á mirarme, pues encuentran
Mas agua en los mios solo
Que quanta aquí se despeña;
Al ver que con los suspiros
Su fiel corazon anhela,
Y con impulso terrible
Procura salirse afuera;
Que quiere hablar, y no puede,
Porque al dolor se le queda
La lengua sin movimiento,
Y las palabras se auyentan;
¿Que roca por insensible
No ha de volverse de cera?
¿Y que pecho siendo humano
No ha de amar con todas veras?
La ví así, troncos, un día;
Y sintiendo que con fuerza
El alma me arrebataba
La juré constancia eterna.
Y así pido que si alguno
Con ferocidad intenta
Destruir los dulces lazos,
En que el Amor nos enreda;
No le deis sombra apacible;
Que mil ramos se os desprendan,

Con que acortando su vida,
Aniquileis sus idëas;
Que digais á los arroyos,
Que vuestras raíces riegan
Tomen de ellas la amargura
Si el agua beber intenta.
Yo en tanto suplico al Cielo
Que tal edad os conceda,
Que en los venideros siglos
Se admiren quantos os vëan.

EL DESENGAÑO
DEL AMOR.

Á la puerta de su templo
Hallé al Dios tremendo, y niño
Enguirnaldada la frente
Con frescas rosas, y mirtos;
Creyendo que preparaba
Algun dulce sacrificio,
Y creyendo que sería
Yo tal vez el escogido,
Apresurando la planta,
Iba á entrar; pero me dixo,
Rechazándome ácia fuera:
No eres todavía digno:

Aquí solo entran dichosos;
Pues profanara este sitio
Quien mezclara á mis halagos
Los sollozos, y suspiros.
¿No soy feliz? Repliquéle.
¿La fortuna no consigo
De amar á Lesbia? ¿No gozo
De su gracioso atractivo?
¿De Lesbia? Respondió ayrado.
¿De Lesbia tú? ¡Que delirio!
Vëo ya que desconoces
Mis tan trillados caminos.
¿Lesbia amarte? ¿Ves en ella
Aquel volcan encendido,
Que la razon entorpece,
Avivando los sentidos?
¿Ves que sus ardientes ojos
Retiren su hermoso brillo
Al contemplar en los tuyos
El dolor mas excesivo?
¿Ves el anhelo amoroso,
Que padece de continuo
Quien en su pecho mantiene
El mas leve de mis tiros?
¿Ves que un instante se olvide
De los objetos queridos,

Que lograron conociese
La fuerza de mi dominio?
¿Ves que por tí sacrifique
El menor de sus caprichos,
Quando tú para agradarla
Redoblas los sacrificios?
¿Y ves en ella otra cosa
Que agradecimiento frío,
Y amistad; pero adornada
De su irresistible hechizo?
Causóme su voz tal rabia,
Que exclamé: ¡Crüél! ¡Maligno!
¡El mas fiero de los Dioses!
¡Y de los hombres martirio!
¿Porque si esto conocías,
El corazon me has herido,
Tal pasion me has inspirado,
Me has robado el alvedrío?
¡Quanto mas dichoso fuera,
Si en mi letargo sumido
Me hubieras dexado! ¿Ahora
Como mi mal tendrá alivio?
Yo quería, en tono grave
Contextó el rapaz Cupido,
Dar un fin á tu carrera
Qual merecen tus servicios.

Lesbia , honor de las riberas,
Que baña el Betis divino,
Dulce pasmo del extraño,
Embeleso del patricio;
Lesbia hermosa , que rëune
Con el talento mas fino
Quanto Venus , y las Gracias
Entre mil han repartido;
Lesbia estaba destinada,
Y elegida por mí mismo,
Á fin de hacerte el amante
Mas feliz de los nacidos:
Mas ¡ ay ! que Lesbia no dobla
Como quiera el cuello erguido,
Y rechaza con firmeza
Quantas flechas la dirijo.
Solo objetos muy extraños
Objetos muy peregrinos,
Objetos como aquel ave,
Que en su tumba tiene el nido,
Logran agradar su idëa,
Y rendir su pecho altivo.
¿Tu acaso puedes gloriarte
De ser de los escogidos?
Ya las flores juveniles
De tu rostro se han caído;

Tus luces se han apagado,
Y amortiguado tu brío.
¿Como he de esperar victoria
Al verte tan abatido?
Yo que soy tan poderoso
De alcanzarla desconfío.
Hasta que Lesbia te adore,
Qual tú la amas, con delirio,
No puedes pisar mi templo,
Ni aun acercarte á este quicio.
Dixo el Dios: cerró las puertas
Con ronco espantable ruido;
Y yo en tierra me cäí
Entre mortales deliquios.
¡Ay de mí! Soy desgraciado
Como ninguno lo ha sido.
Lesbia, Lesbia no me quiere
El mismo Amor me lo ha dicho.

Á UNA MUCHACHA.

Dime, niña (lo suplico
Por aquello que mas amas,
Así el Cielo se demuestre
Compasivo á tus plegarias)
¿Porque tienes en prisiones,

Y con mil llaves guardadas
Esas tiernas avecillas,
Que la libertad reclaman?
¿Te embelesa su inocencia
Porque la tuya retrata?
¿Ó sus amores activos
Por no comunes te encantan?
¿Ó acaso tomas lecciones
De sus voluptuosas ansias
Para quando el Dics vendado
Te enlace con sus guirnaldas?
Mas ya adivino el motivo:
Amor al ara te llama,
Y tú esta ofrenda inocente
Para agradarle preparas.
Oh tortolillas dichosas,
Palomas afortunadas,
No sintais vuestras cadenas,
Que un bien supremo os aguarda.
En el altar de Cupido
No hay sacrificios que espantan;
Ni con sangre de las reses
El pavimento se mancha.
Continuamente se queman
Los perfumes de la Arabia;
Y la nube de humo denso

El ayre puro embalsama.
Las aves, que allí se ofrecen,
Tendiendo las blancas alas,
Entre Venus, y Cupido
Vuelan, rondan, corren, saltan:
Y con tonos melodiosos
Sus corazones halagan
Para que colmen de gustos
Las almas enamoradas.
Este destino os espera;
Vivid con alegre calma,
Que no hay cautiverio amargo
Con tan dulces esperanzas.

Á UN POETA.

Lejos, lejos de mí, dices,
Esas Deydades mentidas,
Que la ignorancia del hombre
Pudo solo producirlas.
La pura verdad pendiente
Está de mi labio; oídla,
Que solo de esta manera
Es digna la Poësía.
Yo te admiro silencioso;
É hincadas ambas rodillas,

Escucho los dulces versos,
Que de tus labios destilan.
Por el ayre te levantas,
Á los Cielos te sublimas
Con rápido , y facil vuelo
Como garza presumida.
Nosotros , que no podemos
Como endebles avecillas
Salir del nido sin que
Nuestros Padres nos asistan,
Imploramos á los Dioses;
Nos subimos á la cima
Del Parnaso ; y de sus fuentes
Bebemos las aguas limpias.
Con las fábulas vestimos
Nuestras mal formadas rimas,
Para que así resplandezcan,
Y algunos quieran oírlas;
Como los quadros , en donde
Ningun primor se divisa,
Que tienen marcos dorados,
Que sino nada valdrían.
Pero tú de ningun modo
Este adorno necesitas,
Porque tus gracias desnudas
Son mucho mas expresivas.

Y acuerdate de las Diosas,
Que en la alta cumbre del Ida
Pretendieron la manzana
De la mas hermosa digna.
No alhajaron sus vestidos
Con la seda de la China;
Con las perlas del Oriente,
Ni con oro de las Indias;
Desnudas se presentaron;
La naturaleza misma,
No el adorno, y artificio
En sus cuerpos se veía.
Así quieres tú los versos,
Porque sabes que, si quitan
Los vestidos á mi musa,
Horror causará su vista.
Desde luego como á Venus
Te otorgo la primacía:
Y si desnudo me vences,
¿Que no harás quando te vistas?

DÉCIMAS.

IMITANDO LA ODA XXII DEL LIBRO I. DE HORACIO: *Vitas hinnuleo.*

Qual corcillo temeroso,
Que siempre á su Madre unido,
Nunca sin ella ha sabido
Dar un paso con reposo;
Si se aparta, presuroso
La vá á buscar al momento;
Trepa los montes; y, atento
Á quanto bulle, se espanta,
Ya se agite alguna planta,
Ya en las hojas silve el viento:

Tú, muchacha, recogida
En el maternal regazo,
Hallas en todo embarazo,
Todo te tiene aturdida:
La expresion mas comedida
Te perturba la razon;
La mas inocente accion
Te hace al instante temblar;
Y ni aun te atreves á hablar:
Tal está tu corazon.

No soy lobo carnicero,
Hambriento de pasto humano,
Lëon libio, tigre hircano,
Que despedazarte quiero;
Soy un amante sincero,
Que solo tu bien procura:
Pero que teme, si dura
En tí tal encogimiento,
Se deshaga como el viento
Su esperanza, y tu ventura.

Ya aquel tiempo, que inocente
Debieras amar á su lado,
Qual relámpago ha pasado;
Y ya aparece en tu frente
El resplandor, que patente
Hace la edad del amor:
Si quieres gustar su ardor,
No la sigas por dó quiera;
Que en la muger casadera
Parece mal el temor.

OTRA

A UNA SEÑORA QUE ENVIÓ EL REGALO, QUE SE EXPRESA.

Damascos, claveles, rosas
Para el gusto, vista, olor
Me ha remitido tu amor
Dulces, bellos y olorosas.
¡Ay, Señora, que tres cosas
Dignas de hacer consonancia
Si hubiera en ellas constancia!
Mas se acaba la dulzura;
Se marchita la hermosura;
Se disipa la fragrancia.

IDILIOS.

EL AMOR TRANQUILO.

En una selva florida
Orillas del Manzanares,
Donde el paxarillo anida,
Y donde el frescor convida
Á desechar los pesares,
  Fileno, el mas venturoso
De los amantes pastores,
Por el bosque delicioso
Se paseäba gozoso
Al lado de sus amores.
  Y en la graciosa floresta,
De ramas entrelazada,
Pasaba la estiva siesta
Con mucho contento, y fiesta
En los brazos de su amada.
  Pues sentados en la arena
Baxo los troncos frondosos,
Que dan sombra obscura, y buena,
No conocían la pena,
Y sí los gustos sabrosos.

La pastora con primores
Sobre la preciosa falda
Escogía aquellas flores
De aventajados colores
Para hacer una guirnalda;
Y al punto se la ponía
En la cabeza á su amado;
Y entretanto que esto hacía,
El color se le volvía
Encendido, y sonrosado.
Fileno un papel tomaba,
Y con tixera sutíl
Diestramente lo trepaba,
De tal suerte que imitaba
Al mas delgado buril;
Pintaba dos corazones
Enmedio de una orla fina,
Traspasados con arpones,
Y debaxo estas razones:
De Fileno, y de Corina.
Ella una rama tomaba,
La aguzaba, y componía;
Y en el suelo donde estaba
El nombre del que adoraba
Con el palito escribía.
Y estas letras tan amadas,

Que en la tierra había escrito,
Por sus ojuelos miradas,
Y por su boca besadas
Eran con gusto infinito.
Despues que estuvo el pastor
Jugando con su pastora,
Le dixo ella con amor:
Pues que tocas con primor
Toma tu lira sonora.
Canta que los ruiseñores
Acompañarán tu acento;
Criarán las tiernas flores
Al oírte mil olores;
Y manso soplará el viento.
El pastor, como en fineza
Ni aun su querida le iguala,
La obedece con presteza;
Y con amor, y destreza
Así canta á su zagala:
¿Que quieres que yo te cante,
Hermosa pastora mía,
Quando te vëo delante;
Quando te muestras amante;
Y me llenas de alegría?
Pues quando los fieros zelos
No están en los corazones,

Ni se padecen desvelos;
Ni se invocan á los Cielos;
Ni se encuentran las razones.

Ni á mi flaca voz es dado
El retratar tu hermosura,
Que es mas florida que el prado,
Mas graciosa que el ganado,
Y mas que la leche pura.

Á tu mexilla preciosa
Nada compararse puede;
Porque su color hermosa
Dexa vencida á la rosa,
Y á la blanca nieve excede.

Tus ojuelos, si serenos
Me miran con alegría,
Me parecen mas amenos
Que los fértiles terrenos,
Y mas hermosos que el día.

Si se vuelven enojados,
No tienen comparacion
Con los rayos abrasados,
Que aterran á los ganados,
Y dan miedo al corazon.

Y si se fixan llorosos
El gusto desaparece;
Los prados mas abundosos

Se marchitan presurosos;
Y la linda flor perece.

Y tus labios delicados
Parecen tiernos claveles
Por lo frescos, y encarnados;
Y que han sido dibujados
Por finísimos pinceles.

Si se abren, tu dulce aliento
Causa vergüenza á la flor;
Al campo presta contento;
Mayor dulzura dá el viento;
Y en mí recrece el amor.

Y si cantas mis corderos
Te lamen las blancas manos;
Te coleän placenteros
Mis lebreles, y ligeros
Saltan por montes, y llanos.

Solo puedo comparar
Tu condicion halagüeña
Á aquel gracioso manar
De una fuente al resaltar
Por el hueco de una peña.

Porque sale presurosa,
Formando mil sierpezuelas;
Y su corriente impetuosa
Atraviesa bulliciosa

Por medio de las guijuelas
   Á la orilla vá críando
Muchas flores agraciadas,
Y por cima van saltando,
Mil cantares entonando
Las avecillas pintadas.
   Otras veces con estruendo
Despeña sus aguas puras,
Un sordo murmullo haciendo;
Y otras veces va rïendo
Por medio de las verduras:
   No obstante, pastora, vëo
Para mí tu condicion
Qual la pide mi desëo;
Porque mil dichas posëo,
Y es mío tu corazon.
   Mucho mas cantar quería
Fileno el afortunado:
Mas, viendo acabar el día,
Dexaron con alegría
Los dos amantes el prado.

EL CANASTILLO.

Aun el Sol con sus rayos no doraba
La mitad de las quiebras de los montes,
Y aun la sombra en el campo se estendía
En dilatadas manchas ; quando Clöe
Baxa al lindo vergel , que en la cañada
Del río con mil flores olorosas
La ladera con gracia matizaba.
Lleva en su mano el canastillo hermoso,
Que en otro tiempo fabricó Lidoro;
Y como prenda de su amor ardiente
Todos los dias su afanosa mano
De yerbas , y de flores lo colmaba;
Y volviendo á su rústica cabaña,
Colocaba las unas en los tiestos;
Otras en su cabello entretegía;
Y algunas sobre el lecho derramaba
Para que en medio de la estiva siesta
Regaláran sus miembros fatigados
Con el ambar süave que despiden.
Entretenida en su inocente juego
Vaga por la ladera , como suele
La solícita abeja , quando liba
El nectar delicioso con que labra

Los melosos panales : así Clöe
Aquí recoge un tulipán rayado,
Allí una fresca purpurada rosa;
Un nevado jazmin , y una azucena,
Que apenas abren su virgíneo seno,
Embalsaman los ayres con su esencia:
Mas adelante quiebra un verde tallo
Donde el roxo clavel ufano ostenta
De sus varios matices la librëa;
Los pequeños ligustres , las moradas
Vïolas , y los gualdos mirabeles
Á sus plantas gustosos se ofrecían,
Y prender- se dexaban de su mano.
Ella en su limpia falda con desorden
Los iba recogiendo , y á par de ellos
Trebol juncoso , mejorana tierna,
Mastranzos aromáticos , y bledos
Blancos , y roxos con afan apaña.
En tanto se alejó de la haya espesa
Donde el lindo canasto colocára;
Y al volver no le encuentra. Cuidadosa
Registra quantas matas por el monte
En torno elevan su crecida copa;
Y en cada puesto , que encontrarle piensa,
Y vé burlada su esperanza , gime;
Y un ay agudo contra el Cielo lanza;

Vuelve ácia el tronco, y otra vez remira,
Y llora, y corre, y fallecer ya piensa.
¡Ay mísera de mí! Llorando exclama:
(Como si alguno su pesar oyera)
¿Que dirá mi Lidoro quando sepa
Que con tanto descuido entre las matas
Su hermoso canastillo yo dexára?
¿El canastillo, que su fé amorosa
Me dió por testimonio de aquel día,
Que perpetua constancia nos juramos?
Acuérdome ¡infelice! de la tarde
Quando el Sol ya sus rayos recogía,
Y al redil mi rebaño encaminaba,
Que en la cañada, donde el valle empieza,
Me tiró del pellico, y Clöe, dixo,
Clöe mas linda que el Abril florido,
Y que fruta en sazon aun mas sabrosa,
¿Por que no atiendes mis ardientes ansias?
Por tí este monte de encumbradas cimas
Me es mas gustoso que el ameno valle;
Por tí la nieve, que las sierras cubre,
Me agrada mucho mas que el arroyuelo,
Que vaga por el prado, y con murmullo
Lento, y süave el armonioso canto
De las sencillas aves acompaña;
Por tí el ganado, que la yerba pace,

Y entre estos rudos riscos se descuelga,
Abandono mil veces, y, embebido
En mirar tu hermosura, no me curo
De apagarle el ardor del seco Estío
Á la sombra del roble corpulento.
¿Quando tus ojos mirarán süaves
Á estos que nunca de tu faz se apartan?
Otras mil cosas con amor me dixo,
Que nunca ¡ay triste! el corazon olvida.
Yo tímida, anhelante, enamorada
Volví la vista, la fixé en el suelo
Para disimular mis sentimientos;
Y, luchando conmigo, no podía
Ni negar mi pasion, ni declararla.
Al fin venciendo el natural deseo,
¿Lidoro, mi Lidoro, dixe ansiosa,
No te ha mostrado mi silencio triste
El fuego ardiente, que en mi pecho abrigo?
¿Por que intentas que ahora mi semblante
Se cubra de rubor, quando mis labios
Te declaren aquello que tú mismo
En él descubres sin que yo lo explique?
¡Que razones tan dulces se siguieron!
¡Que promesas tan firmes nos hicimos!
Lidoro, arrebatado del contento,
Que su ardoroso pecho desfrutaba,

Despojó las mimbreras, que allí crecen,
De las ramas mas tiernas, y flexîbles,
Y así su afecto se expresó amoroso:
Cañada deliciosa, sitio digno
De perpetua memoria, pues has sido
Testigo del amor mas acendrado,
Ya que no puedo consagrarte altares;
Ni levantar trofëos, ni con sangre
De cien toros bañar tu fresco suelo;
Formaré de estos mimbres, producidos
En tu seno fecundo, un canastillo,
Que siempre el día venturoso acuerde
En que Clöe, y Lidoro se juraron
Amor, ternura, y lëaltad eterna.
Cumplió su voto, y fabricó industrioso
El canasto, que mísera he perdido.
¡Con que placer tan dulce recibílo!
¡Y con que amargas lágrimas lo lloro!
¿Que dirá mi Lidoro? Que inconstante
Olvidé una promesa tan sagrada,
Que no hice caso de su don precioso,
Pues que así descuidada lo abandono.
¡Que diera por hallarle! La cordera
Mas fina, y juguetona del rebaño:
Mi cayado, la flauta sonorosa,
Todo, todo por él lo regalára;

Y diera mucho mas, porque Lidoro
El amor de su Clöe conociera.
Tus brazos quiero, respondió Lidoro,
(Que tras las cercas escuchando estaba,
Con su mano alargando el canastillo)
Toma, mi Clôe, que la burla ha sido
Para un alma tan dulce muy pesada.
Perdona, Clöe, que el placer maligno
Haya tenido de escuchar tus ayes,
Y ver tus luces de dolor bañadas:
Pues es mas dulce para el pecho amante
Oír tan tiernas regaladas quejas,
Que el fresco viento al cazador cansado,
Á las plantas estivas el rocío,
Y al sediento pastor la clara fuente.
Clöe, mostrando un halagüeño enojo,
Desmintiendo sus ojos, y su risa
Aquel enfado, que mostrar quería,
Tomó su canastillo; con mil besos
Cubrió los mimbres; en su seno puso
Las flores, y las yerbas, que cogiera;
Y, colocado en su cabeza, el monte
Subió entonando á par de su Lidoro
Dulces, sencillos, amorosos versos,

NISE,

EGLOGA.

DAMON, NEMOROSO, PÖÉTA.

PÔÉTA.

El lamentar sabroso
De dos mozos pastores
Hora quiere imitar la musa mía;
Á cuyo eco gracioso,
Y süaves amores
El carro ardiente Febo suspendía;
El ave se veía
Con las alas dobladas,
Y el pico levantado
Escuchando su tono concertado;
Las ovejas estaban olvidadas
De la menuda grama;
Y el goloso cabron de la retama.
   En la fresca ribera
Del Turia celebrado
Hay un hermoso bosque tan ameno,
Que de la Primavera

Se mira rodëado,
De flores, y de frutas siempre lleno;
El ayre allí sereno
Respira con dulzura,
Los árboles orëa,
Y sus hojas densísimas menëa,
Comunicando al bosque su frescura,
Á las plantas sustento,
Y á las cansadas aves nuevo aliento.
  Un lascivo arroyuelo
Por el prado atraviesa,
Regando muchas flores olorosas,
De que se borda el suelo;
Y despues que ya besa
Sus plantas con las ondas bulliciosas
Se encrespan espumosas;
Y él cäe despeñado
De una pequeña altura;
Y mientra alegre á su sabor murmura,
Le acompaña el gilguero enamorado,
Que, sentado en su nido,
Entona un dulce canto no aprendido.
  El ruiseñor sonoro
Con pausas mas süaves
Con trinados gorgeos, y cadencias
Expresa allí su lloro;

Y con lamentos graves
Del Tereo crüél las insolencias
Haciendo diferencias;
La parra, que enroscada
El olmo está ciñiendo,
Parece que ácia arriba va creciendo
Para escuchar mejor la concertada
Música; y él en tanto,
Esforzando su voz, aumenta el canto.
Á este bosque llegaron
Damon, y Nemoroso,
Dexando su ganado á los zagales,
Y luego se sentaron
En el suelo frondoso
Quejandose de Amor, y de sus males;
Que eran ambos iguales
En ser enamorados,
Y tener pena fuerte,
El uno por la furia de la Muerte,
Y el otro por los zelos despiadados:
Mas Damon el primero
Le dice á su querido compañero.

DAMON.

¿Que dolor te acongoja, Nemoroso?
Que con semblante triste, y perturbado

Huyes del fresco prado;
Ni escuchas el sabroso
Cantar de la infelice tortolilla,
Que en la plácida orilla
Del río tortüoso
Se queja tan süave, y dulcemente
Que pára su corriente;
Ni es el alazan ya por tí domado,
Ni salen tus lebreles
Sonando cascabeles,
Que en torno penden del collar dorado;
Ni el javalí recela que atrevido
Le dexes á tus pies muerto, ó rendido;
Ni la liebre ligera,
Llena de miedo, espera
La muerte de tu mano;
Ni derrocados ya vienen al suelo
La codorníz, vencejo, ó el milano;
Ni el lucio pez se engancha en el anzuelo.
¿Que es esto, Nemoroso? ¿Que pesares
Borraron tu alegría?
Di. ¿no me relatabas algun día
Tus gustos que contabas á millares?
¿Háte alguno vencido
En cantar diestramente?
¿Ó el árbitro votando injustamente,

Te ha quitado algun premio merecido?

NEMOROSO.

No, amigo, no Damon: mi dulce avena,
Mi avena delicada
Por todo el orbe ha sido celebrada;
Con ella el valle suena;
Y ella sola refrena
El ímpetu del viento desbocado,
Y apacigua las olas de Neptuno;
Y por ella he logrado
Tener eterna fama en la ribera
Del caudaloso Turia: no hay alguno
Que á cantar se me oponga; y si lo hubiera
Tan loco, y atrevido,
Al instante vencido
Quedara.... Mas perdona mi jactancia,
Perdona mi ignorancia,
Que mi dolor me saca de sentido.

DAMON.

¿Pues qual la causa ha sido
De la crüél tristeza que devora
Así tu noble pecho?
¿Por ventura con mano destructora
El colmenar alguno te ha deshecho;

Y, huyendo las abejas afanadas,
Dexaron mieles medio trabajadas,
Y mudaron de asiento,
Despojandote á tí de este contento?
¿Ó al ruido de escopeta presurosas
Tus palomas se fueron?
¿Ó del Invierno eladas rigurosas
Tu jardin destruyeron?

NEMOROSO.

Amigo la amargura,
Qué pudiera causar un contratiempo
De esa naturaleza, solo dura
Un tan pequeño tiempo
Como el que tarda un humo en disiparse,
Ó una flor en secarse.
Pero el mal, que me causa tanta pena,
Le sobrepuja tanto quanto excede
Todo el mar á una arena;
Mas en todos sus líquidos cristales
No tiene arenas como tengo males.

DAMON.

¿Pero que cosa puede
Tenerte así? Descansa con tu amigo;
Refiéreme tus males; que es testigo

El Cielo sacrosanto
Que me causan tus lástimas quebranto:
Si estas se comunican son menores.

NEMOROSO.

Son tales mis dolores,
Y mi mal tan profundo,
Que no se encuentra alivio en este mundo.

DAMON.

¿Acaso tu pesar se iguala al mío?
No: porque mi pesar es sin segundo.
¿La muerte acaso con furor impío
Arrebató á tu Nise de la vida?

NEMOROSO.

No: mas si un hecho tal executara,
No tanto me quejara,
Y no fuera mi pena tan crecida.

DAMON.

Acaba de quejarte,
Acaba, Nemoroso, de explicarte;
Que de tu boca el corazon pendiente,
Espera tus razones impaciente.

¿Que quieres que te diga, dulce amigo?
¿Que quieres que te cuente?
La maldad en el mundo tiene abrigo,
Y de él está arrojado el inocente.
Mi pastora, mi Nise, mi querida,
La que tanto cariño me mostraba,
Rompió la fé debida,
Y se mostró crüél con quien la amaba.
Con Tirsi se ha casado;
Por Tirsi me ha dexado;
Y por Nise estoy viendo
Que se me va la vida consumiendo.
Este es mi mal, Damon, esta mi pena;
Esto hace mi enemiga
Esto el Amor ordena.
¿Y se hallará en el mundo quien le siga?
¿Y quien en adelante
Aras le erija, templos le levante?
La vida me es amarga, y el aliento,
Que el corazon respira,
Solo demuestra mi ira,
Mi furia, mi dolor, y mi tormento.
Mil veces lo decía el justo Cielo,
Arrojando sus rayos contra el suelo;
El buho solitario,

Sentado en unos troncos desmochados,
Ó en alto campanario,
Con un lúgubre canto
Anunciaba mis males dèsdichados.

DAMON.

Enjuga tus mexillas, y entretanto
Que la noche nos cubre con su manto,
Cantemos nuestros males
Al son de los cristales
De esta clara corriente,
Que entre guijas, y arenas se va huyendo,
Ó del blando susurro que está haciendo
El fresco, y dulce ambiente,
Que menëa las hojas blandamente.

NEMOROSO.

Empieza tu primero con tu avena,
Que yo iré respondiendo
Mostrando con dolor mi amarga pena.

DAMON.

¿Que voz será bastante
Á referir los males,
Que en mi pecho causó la muerte ayrada?
Aunque duro diamante,

Y robustos metales
La quieran contrastar, sirven de nada:
Ella á mi Clori amada
Arrebató ligera;
Y vida tan preciosa
Osó cortar con mano rigurosa
En medio de su flor, y primavera.
Ven, Muerte, enfurecida,
Y acaba mis pesares con mi vida.

NEMOROSO.

Testigos son los ríos
De mi dichoso estado,
Del amor que mi Nise me mostraba;
Los árboles sombríos,
El verde bosque, el prado
Conocieron entonces que me amaba;
Las dichas que pasaba,
Los gustos mas sinceros,
Las mas tiernas dulzuras
Que prometen las blandas ataduras
Formadas por amores verdaderos:
Mas tambien conocieron
Los pesares que luego me vinieron.

DAMON.

¿Que sirvió á mi desëo
Conseguir que tu pecho
Guardase mi retrato con ternura?
¿Para qué, si ya vëo
Todo el altar desecho,
Y cubierto de llanto y amargura?
¿Dónde está la dulzura
De esos tus labios bellos?
¿Dó aquella tez hermosa?
¿Adonde aquel color de tierna rosa?
¿Adonde el resplandor de tus cabellos?
Tanto bien ¡ay! se encierra
Baxo la fría, dura y seca tierra.

NEMOROSO.

Pensaba que Nise era
Tan firme, tan constante
Qual la roca azotada por el viento,
Y por la saña fiera
Del ponto; que no obstante
Que es combatida, tiene el fundamento
Siempre en el mismo asiento:
Crëía alucinado
Que tuviese firmeza
Hasta la misma inquieta ligereza;

Mas ahora que estoy desengañado
Mis ojos, hechos mares,
Mi error lamentan, lloran mis pesares.

DAMON.

Me acuerdo, Clori mía,
De aquel tiempo dichoso,
Que salimos los dos al fresco prado;
Que tu mano cogía
El clavel oloroso,
La roxa rosa, y tulipan rayado;
Y luego con cuidado
Y admirable destreza
Una guirnalda hacías,
Las flores con primor entretegías,
Orlandome amorosa la cabeza.
¿Si no alivian mis males,
Que sirven, infeliz, memorias tales?

NEMOROSO.

Creía que en los mares
Los osos andubieran,
Y los ramosos ciervos por el viento;
Que se hallasen lugares
En donde no se vieran
El dolo infame, el negro fingimiento;

Que mudasen de asiento
Las peñas mas famosas;
Que todo se trocase
Primero que mi Nise me faltase.
¡Ay infelice! Todas estas cosas
Se encuentran en su estado,
Y solo mi pastora se ha mudado.

DAMON.

Luego que de la vida
Ligera te partiste
Para gozar el Cielo eternamente,
El páxaro no anida;
Ni el tronco ya se viste
De hojas, y dulces frutos juntamente;
El cordero inocente
De las pasturas huye;
La tierra no da flores,
Sino cardos, y abrojos; con rigores
Viene el Invierno, todo lo destruye.
Y yo anegado en llanto
Aumento su desdicha, y mi quebranto.

NEMOROSO.

Quando el Sol con sus rayos
Vá los montes dorando,

Y alegra con su vista á los mortales;
Quando muestra desmayos,
Y el suelo va dexando
Cubierto de mil sombras, y mil males,
Aumento estos cristales,
Y marchito estas flores
Llorando tu desvío:
Los montes, las praderas, este río
Escuchan condolidos mis amores;
Pero tú siempre ingrata
Aumentas el veneno que me mata.

POËTA.

Siguieran con su canto
Mostrando su tormento
Con singular acierto, y con dulzura;
Interrumpiendo el llanto
La voz cada momento,
Que tal de los dos era la ternura:
Pero viendo que obscura
Sombra los montes daban,
Cubriendo los caminos;
Y que de los lugares mas vecinos
Todas las chimenëas humëaban,
Juntando su ganado,
Guïáronle cada uno por su lado.

CANCIONES PASTORILES.

Á LA MUERTE DE FILIS.

Oh fuente, que caminas despeñada
Con aguas frescas, cristalinas, puras,
Gloria del prado, honor de las verduras,
De pardo musco, y yerba rodëada,
Adelanta tu curso presurosa,
Riega gozosa
Tiernos plantíos,
Bosques sombríos;
Y á los sedientos
Causa contentos:
Mientras que en fuentes el dolor convierte
Mis ojos al recuerdo de una muerte.
Alto laurel, de ramas revestido,
Y espesas hojas, que sacude el viento,
De robusto, de estable firmamento,
En la guerra, y la paz siempre querido,
Crece, dando tus ramos generosos
Á los famosos,
Que con la guerra
Talan la tierra;
Y á los que solo

Aman á Apolo;
Que yo en tu tronco escribiré la historia,
Que me atormenta tanto la memoria.
Fragante rosa, fresca, y encarnada,
Adorno de este llano, bien del día,
Que con tu vista causas alegría,
Hermosa, mas de vida arrebatada,
Al nacer con la Aurora la mañana
Pura, y lozana;
Mas quando el Cielo
De negro velo
Su faz reviste
Marchita, y triste;
Con esa ligereza de tu vida
Recuerdas mi fortuna fenecida.
Mirto frondoso, y tierno, que, ciñendo
Con tus hojas menudas, y olorosas
Las sienes del que en lides amorosas
Sin desmayar estuvo cambatiendo,
Premias su ardiente fuego, y su constancia
Con tu fragrancia;
Y con labores
De lindas flores
Roxas, y gualdas
Le haces guirnaldas,
Bien puedes coronarme en este instante,

Pues el mas firme soy , y el mas amante.
Ruiseñor sonoroso , que entre troncos
Explicas siempre del feroz Terëo
El caso triste , el atentado fëo
Con tiernas quejas , y gemidos roncos;
Y con graciosos trinos , y concentos
Paras los vientos;
Träes las yedras;
Rompes las piedras,
Y das reposo
Al mas furioso;
Dexa ya tu querella , y con son triste
Expresa el dolor fiero que me asiste.
Cabras, que por el monte vais trepando
En pós de las retamas mas crecidas,
Corderos , que las Madres esparcidas
Buscais ansiosos con ardor balando,
Seguid contentos tan sabroso gusto;
No hayais disgusto;
No lobo hambriento
Os dé tormento;
Ni adversa suerte
Os cause muerte . . .
¡Ay! Esta con guadaña rigurosa
Cortó al campo la vida mas preciosa.
¿Mas , Cancion , como quieres que yo viva,

Si el Hado priva
Al alma mía
De la alegría,
Que yo pasaba
Quando miraba
Á Filis, que, muriendo, ha convertido
Mi voz sonora en áspero gemido?

Á UNA MUCHACHA.

Con los tuyos hermosos,
Y mis amantes brazos
Forme Cupido lazos;
En tu boca de rosas
El Amor con excesos
Me dexe dar mil besos;
Que si esto concediere:
Altares ciento á ciento
Le elevarán el humo al firmamento.
La tierna tortolilla
Á su consorte amado
Besa con dulce agrado;
La paloma á su esposo
Con blanda voz sonora
Le arrulla, y enamora;
Y agenos de pesares

Colmados de alegría
Se adoran, y se gozan noche, y día.
Hace la vid lozana
Con el tronco nudoso
Un enlace gracioso;
Dando la yedra vueltas
Por el olmo derecho
Se une con lazo estrecho;
Y, asidas de este modo,
Con ellos juntas crecen,
Se levantan, aumentan, y florecen.
Imitemos, zagala,
Las acciones dichosas
De las aves hermosas;
Qual los troncos, y plantas
Formemos presurosos
Mil nudos amorosos;
Y nuestro amor envidien
Al ver que tanto medra
Tortolilla, paloma, vid, y yedra:

MADRIGAL

Á LA SENSIBLE FILIS.

Venus, las Gracias, y el rapaz Cupido
Se juntaron un día
Para ponerte un nombre, Filis mía.
Venus clamaba: Ya que ha recibido
De mí tanta belleza;
Solo se debe apellidar *la hermosa.*
Las Gracias te llamaban *la graciosa*,
Pues sus dones te dieron con largueza.
Y Cupido *la amable* te nombraba,
Porque su aguda flecha penetraba
En el pecho del hombre facilmente,
Estando tu presente,
Y en el momento con pasion te amaba.
Se encendió la disputa, y obstinados
Su opinion defendían
Con gritos levantados;
Mas Jove viendo que se enardecían,
Sosegäos, les dixo:
Que si en Filis se mira
Belleza, gracia, y que el amor inspira,
Á vosotros lo debe, y así en nada
Está con este nombre descifrada:

Calidad superior en sí mantiene;
De nadie la ha tomado;
Y á todas esas el valor ha dado;
Por lo que otro epiteto la conviene.
¿Y como ha de llamarse? Replicaron
Entonces todos con ardor terrible.
Júpiter respondióles: *La sensible.*

SONETOS.

FASTIDIO, Y DESPECHO.

Sale la Aurora, y la fecunda tierra
Embalsama el ambiente con olores;
Vienen al campo alegres los pastores,
Conduciendo el ganado por la sierra,
Al sueño el labrador de sí destierra,
Y acude presuroso á sus labores;
Echan al mar la red los pescadores
Y el cazador tirando al ave aterra;
Cada uno á su trabajo va gustoso
Para proporcionarse algun sustento,
De que tanto está el hombre deseöso:
Pero á mí, que el vivir por pena cuento,
El lustre de la Aurora delicioso
Me sirve solo de mayor tormento.

SITUACION INALTERABLE DEL JUSTO.

Al ambicioso aterran los cuidados
De ser entre los hombres el primero;
Al avaro la sed del vil dinero,
Cercado de temor por todos lados;
    Al jugador la suerte de los dados,
De los dañosos naypes, y el tablero;
Al soberbio le ahoga su ardor fiero;
Al lascivo desëos no arreglados.
    Á estos destruye la voraz conciencia,
Poniendo los delitos por delante,
Y dándoles pesar con su presencia:
    Mas el justo, sereno su semblante,
Sabe la grande induvitable ciencia
De no temer á nadie ni un instante.

TRISTE PARADERO DEL AMOR.

Damon, de su pastora abandonado,
Se sienta al pié de un roble corpulento;
Quiere quejarse de su mal al viento,
La voz le falta, pero no el cuidado.
 Rompe lleno de rabia su cayado;
Rasga sus vestiduras al momento;
Los cabellos se mesa; y sin aliento
Câe sobre la grama desmayado.
 Al fin la pena con su vida acaba;
Le cercan sollozando los pastores;
Quien el sepulcro pavoroso caba;
 Quien le guarnece con silvestres flores;
Y quien ansioso sobre el tronco graba:
Este fin se reserva á los amores.

PINTURA DEL CRUÉL ESTADO DE UN ZELOSO.

Así como el bridon noble, y fogoso
Al eco del clarin, que el ayre hiende,
La crin encrespa; las orejas tiende,
Y á veces la meneëa presuroso;
Enhiesta la cerviz; el polvoroso
Suelo á patadas deshacer pretende;
Tasca el duro bocado, que le ofende;
Se inquieta, y combatir deseëa ansioso:
Se encuentra aquel amante desdichado,
Que en su pecho los zelos aposenta,
Y vive con sospechas alarmado;
Porque todo lo agita, le impacienta,
Hasta que llega á ver desengañado
Con pureza su honor, falsa su afrenta.

DANDO LA ENHORABUENA Á UN AMIGO, QUE IBA Á CASARSE.

Qual suelen con las ramas enlazadas
Dos árboles unirse, que ni el viento
Puede arrancarles de su firme asiento,
Ni quebrantar sus côpas levantadas;
Pues ántes entre sí bien apretadas
Parecen elevarse al firmamento,
Dándoles hermosura, y ornamento
Las frutas, que producen sazonadas:
Así, querido amigo, te desëo
Un lazo delicioso, un lazo fuerte
Por medio del dulcísimo Himenëo;
Y que esta union se forme de tal suerte;
Que, colmado de paz, y de recrëo,
Sëas siempre feliz hasta la muerte.

HECHO DE MEMORIA AL PIÉ DE UNA FUENTE.

Fuente de mi dolor, que en el Estío,
Quando la tarde andaba declinando,
Tus aguas cristalinas derramando
Para que se mezclasen con el río,
Oíste con agrado el amor mío;
Y á veces las vertías murmurando
De que estuviese sin razon dudando
De la que me entregaba su alvedrio:
Ahora que el Invierno enfurecido
Tu fértil margen de verdor despoja;
Y que el tronco, del viento sacudido,
Se vé desnudo de su rama, y hoja,
En el silencio de la noche pido
Que con piedad escuches mi congoja.

RETRATO DE LA TRISTEZA DEL DOCTOR YOUNG.

Sobre la negra tumba recostado
Está el anciano Young; contempla atento
Baxo la losa todo su contento,
Porque nada la Muerte le ha dexado;
    Con lágrimas su rostro está bañado,
Y temblando su cuerpo macilento;
Solo consta de un ay su triste acento,
Que resuena en el techo embovedado.
    ¿Supremo Sér, exclama, que, subido
Sobre el cerco de estrellas prodigioso,
Vés con tedio al que gusta de esta vida,
    Quando será mi espíritu impelido
De tu potente diestra, y con reposo
Hará junto á tu trono su manida?

Á FILIS DESPRECIADA.

¡Quan poco Filis el contento dura!
Ayer por la Fortuna coronada
Te viste ; y hoy estás desengañada,
Viendote preferir otra hermosura.
¿Y te afliges por esto? ¡Que locura!
Esa será mañana despreciada:
Que la torre mas fuerte es derribada,
Si en un falso cimiento se asegura.
Un amante has perdido , y á millares
Te quedan que te ofrecen oblaciones;
É inciensan á porfía tus altares.
¿Y pues te adoran tantos corazones,
Donde nunca ha cabido el fingimiento;
Perdóname , es injusto tu tormento.

QUEJAS DE UN AUSENTE.

Hoy hace un mes, que el Hado riguroso
Me arrancó de tus brazos; y un mes hace
Que en lágrimas mi pecho se deshace,
Que un instante no logro de reposo.
Por mí responda Febo luminoso;
Diga si quando muere, ó quando nace
Gusto las sombras, si su luz me place,
Ó si cesa mi llanto congojoso;
Si acaso tuvo el indolente olvido
En mi constante corazon entrada;
Si he dado nunca á la tibieza oído;
Si ha visto una pasion mas extremada:
Pero diga tambien si ha conocido
Ninfa, que mas merezca ser amada.

Á XEREZ DE LA FRONTERA.

Todo el tiempo lo acaba: el claro Estío
Lo convierte en Invierno tenebroso;
Reduce á polvo el muro poderoso,
Enfrena el fiero mar; y seca el río:
Desvanece el imperio de Darío;
Sugeta al duro Scita; y el famoso
Romano reconoce vergonzoso
Perdido su vigor, muerto su brío.
Todo se abate, nada se resiste
Al impulso violento de su mano:
Tan grande es el poder que en el asiste.
Pero todo su esfuerzo será vano,
Si pretende arrancar de mi alma triste
La memoria del pueblo xerezano.

RECUERDOS DE UN AUSENTE.

Hermosas hebras de ebano luciente,
Sobre la nieve, y rosas esparcidas,
Ó con arte á los lados divididas
Para dexàr que luzca la alba frente;
    Ojos, donde reside un fuego ardiente;
Cejas, arcos de Amor, cejas pulidas,
En mi pecho os hallais tan esculpidas,
Como si no estuviera agora ausente;
    Y vosotros, hoyuelos, producidos
De una risa, entre perlas lisongera,
Cuyos ecos anhelan mis oídos;
    Sí solo imaginados, de manera
Mi alma excitais, que pierdo los sentidos;
¿Al veros que será? ¡Quien, ay, os viera!

Á UN OFICIAL EN CAMPAÑA,

DANDOLE LA ENHORABUENA, POR HABERSE ALEJADO DE SU TIENDA UN BORRICO, QUE NO LE DEXABA DORMIR CON SUS FEROCES REBUZNOS.

Entregate al reposo ya en buen hora,
Que cesaron del burro los roznidos;
Y en dulce paz descansan tus oídos
De su música atroz alti-sonora.
Vendrá rïendo la fragrante Aurora,
Los montes se verán del Sol heridos;
Y mostrarán tus miembros aun dormidos
Que el placer tras la pena se mejora.
Juzguen otros feliz al que, cercado
De pompa, eleva su orgullosa frente
Sobre un pueblo á sus plantas humillado;
Ó al que apura de Amor la copa ardiente:
Que yo te juzgo á tí; pues has logrado
Librarte de un borrico impertinente.

RAZON DE NO HACER VERSOS DURANTE LA GUERRA.

Cupido como niño se estremece
Del temeroso son del bronce herido;
Y en las faldas de Venus escondido,
Mientras dura la guerra no parece.
Como el numen, que el pecho me enardece,
Á sus blandos halagos lo he debido,
Con el bélico afan está abatido,
Con el contínuo susto se enflaquece.
Pues tiembla, y huye de la lid el ciego;
Pues sin él no hay ardor; ¿por que me afano?
¿Por que en pós de las musas no sosiego?
No mas versos, no mas hasta que Jano
Á la Discordia apague el turbio fuego,
Y la graciosa Paz nos dé la mano.

Á ANTON.

¡Quan soberbio es Anton! El rayo ardiente,
Á ser posible, á Júpiter quitára,
Y el Cielo, mar, y tierra gobernára
Con ley eterna, cetro permanente.
No obstante imita al Dios tan diestramente
Que qualquiera con él le equivocára
Quando Europa adornó con gracia rara
De frescas rosas su robusta frente.
Mas hay entre los dos la diferencia;
Que el Padre excelso, del Amor guíado,
Tuvo qual toro vigorosa esencia;
Y este, del interés estimulado,
Á fuerza de una estólida paciencia
En un lánguido buey se ha trasformado.

AMANTE FELIZ AL TIEMPO DE AUSENTARSE.

Clara noche, en que vi confusamente
Mezclarse mi desdicha, y mi ventura,
Noche de amor, y noche de amargura,
Siempre á mis ojos estarás presente.
Veré contínuo el oro refulgente,
Que de orla sirve á la celeste altura,
El vivo resplandor, la leche pura,
La dulce magestad, y el fuego ardiente.
Veré la copa del placer unida
Al vaso del dolor; y en un instante
Empezar, y acabar mi triste vida:
Mas no veré sereno mi semblante
Hasta serme otra noche concedida
De tanto gusto, pero mas constante.

EN LO MAS ÁSPERO DE LOS PIRINEOS.

¿Entre un monte partido, y otro monte,
Que amenaza á los Cielos con su cumbre,
Donde nos niega el Sol su pura lumbre,
Y se estrecha á la vista el orizonte,
    Pretendes que atrevido me remonte,
Rompiendo el paso á mi genial costumbre,
Para que al ver el fuego me deslumbre,
É imite en la caída á Fäetonte?
    No: que las musas aman la sonora
Fuente, la selva espesa, el prado ameno,
Y el ambiente süave de la Aurora;
    Y, estando como estoy de todo ageno
En sitio tal, perdoname si ahora
Á profundo silencio me condeno.

WÉRTHER Á SU SEPULTURA.

IMITACIÓN DE UNOS VERSOS INGLESES.

La sombra de este tronco, yerbas, flores,
Y quanto el suelo dá con lozanía
Cubran aquí la sepultura mía,
Y el recuerdo tambien de mis amores.
No se vëan señales exteriores,
Que puedan descubrir mi tumba fría;
Pues no merece mi crüél porfía
Saberse por comunes amadores.
Vendrá algun día que estará temblando
La lágrima en los ojos de mi esposa
Quando la cumbre el Sol vaya dorando.
Tú me embalsamarás, gota preciosa,
Si es que debe Carlota estár llorando
Adonde el infeliz Wérther reposa.

Á LA DUREZA DE ISABEL.

Como resiste al proceloso viento
En selva antigua roble endurecido;
Ó qual suele el peñasco combatido
De las olas burlar el fiero intento:
  Así tu ayre orgulloso, y vano acento
Con robusta paciencia he resistido;
Y tus graves injurias no han podido
Hacer en mi fé pura movimiento.
  Primero al roble derribar veremos;
Y al peñasco ceder al mar ayrado,
Que en tí falte rigor, en mí terneza;
  Porque al fin á los dos nos parecemos;
Tú en el caracter duro, y no domado,
Yo, Isabel, en ser norma de firmeza.

Á VENUS.

Oh Venus, tu jardin ameno ha sido
Abierto al fin; entré con pié dudoso.
¡Que lindas frutas! ¡Que ámbar delicioso!
¡Que nuevo agrado allí tuvo el sentido!
Á tu fuente llegué; y aun atrevido
Apliqué al agua el labio caluroso;
Estaba á cada sorbo mas ansioso:
Todo el raudal hubiérame bebido.
Si en los contornos de tu templo sacro
Tantos placeres unes ¡quan mayores
Serán ante tu mismo simulacro!
¡Y qual será llegar entre mil flores
Al bien supremo de tocar el ara!
¡Quien en ella al Amor sacrificara!

Á LESBIA YA DESENOJADA.

Una negra tormenta retronando
Por la parte del Austro se aparece;
El pastor en la choza se estremece;
Y el rico en su palacio está temblando:
Mas, las nubes su peso descargando,
La horrenda obscuridad se desvanece;
La luz febëa por momentos crece;
Y en contento el temor se va tornando.
Así, Lesbia advertí de nubes lleno
Tu semblante, y mi vida amenazada;
Temblé, y gemí al oír el seco trueno:
Mas al punto, la niebla disipada,
Lo ví halagarme con mirar sereno,
Y mi alma en gozo del amor bañada.

Á UN DESEO VANO.

¡Oh deseö insensato, tu osadía
Quan justamente queda castigada!
Caminaste con ala arrebatada
Adonde el bien á tu ánsia se ofrecía:
  Hallaste en vez de fuego nieve fría,
Marmol en vez de cera, y rodëada
De agudas puntas, de impiedad armada
La rosa, que tan dulce parecía.
  No quieras imposibles; no con vuelo
Altivo al Cielo registrar presumas
Ni el carro gobernar del Sol dorado:
  Que destrozados yacen en el suelo
Ícaro, ya desnudo de sus plumas,
Fäeton por el rayo ya abrasado.

Á LOS OJOS DE LESBIA.

Abres los ojos, y una luz hermosa
En torno se derrama dulcemente,
Qual la muestra á las puertas del Oriente
Rïelando la Aurora deliciosa.
Asustada la Noche tenebrosa
Se oculta de sus rayos prestamente;
Y con alegre descubierta frente
Despierta al mundo la agradable Diosa.
Así las risas, y el placer sabroso
Retornan á cobrar su antiguo aliento
Quando haces, Lesbia, que tu luz se vëa;
Y así explico el efecto prodigioso
De tu ardiente mirar; que es vano intento
Querer dar de su lumbre justa idëa.

AL MISMO ASUNTO.

Al volver de tus ojos amoroso
Nada resiste ; desmayado Marte
Dexa câer en tierra su estandarte;
Cede el fuerte ; se rinde el orgulloso.
No con tantos laureles victorioso
Se viera el nuevo Hanibal Bonaparte,
Si Italia te tuviera de su parte,
Si usara de este impulso poderoso.
Vuela al Lacio ; y los ojos rodëando
Aterra á los Franceses , libra á Roma,
Y logra Lesbia la mayor conquista.
Pues vëo el Capitolio ya humëando;
Y que el Galo su orgullo oprime , y doma,
Si tú no le socorres con tu vista.

Á LESBÍA, AL AUSENTARSE.

¿Quieres que crea que el Amor ha herido
Tu corazon de marmol con violencia
Quando veloz rehuyes mi presencia
Qual huye el corzo del atroz ladrido?
El Amor insaciable siempre ha sido,
Y enemigo terrible de la ausencia;
Pues hace que consista su excelencia
En abrigar dos cuerpos en un nido.
Quien esparce las plumas, y las ramas
Del tálamo que Amor le disponía,
Y encomienda sus alas á los vientos,
No arde por cierto en amorosas llamas;
Antes bien con dobléz, con alma impía
Pisa sus leyes, burla sus intentos.

Á LA MISMA.

CIRCUNSTANCIAS DE LA AUSENCIA.

Amaneció la Aurora desabrida,
Sintiendo que otra aurora se ausentase
De su paterno nido; y que dexase
Sin luz el suelo, su pastor sin vida.
 Una esquadra de nubes denegrida
Hizo que en el momento se juntase;
Y que el pueblo de Alcides inundase
Con impetuosa rápida caída.
 El ronco resonar del raudo viento
Y el torrente del agua pensé dieran
Susto á tu pecho, espanto á tus oídos;
 Y que mudases, oh crüél, de intento:
Mas fué en vano crëer te detuvieran,
Pues no te detuvieron mis gemidos.

DE LA MISMA, AUSENTE.

¿Que hará ahora mi Luz? Suelto el cabello,
Ó en preciosas sortijas relazado,
Ó de finos diamantes matizado,
Dará realce á su semblante bello.
El oro circundando el blanco cuello,
Y la alba veste el cuerpo delicado,
Causará admiracion, y dulce agrado
Con sus lumbres, de Amor vivo destello.
La risa, por sus labios derramada,
Y las gracias, unidas á su acento,
Mostrarán el placer que el alma siente.
¿Y mi fé será en tanto respetada?
¿Ocupará mi amor su pensamiento?
¡Quanto debo dudar! Estoy ausente.

Á UNA MUGER, YA ENTRADA EN EDAD.

Esa cabeza erguida, y orgullosa,
Ese ademan altivo, y lengua vana
Eran muy buenos en la edad lozana
Quando el jazmin reynaba con la rosa.
Ahora amarilléz, ruga enojosa
Invaden tu belleza soberana;
Y en tus ralos cabellos ya la cana
Exerce su potencia rigurosa.
¡Mira como dexaron tu semblante
Las voraces viruelas! ¡Qual los dientes
Negrëan por los males, y los años!
Mírate en el espejo un solo instante;
Y dime si tus modos insolentes
Me harán fuerza con tantos desengaños.

Á LA MISMA.

Es por cierto gracioso pensamiento
Quererme persuadir que no has tenido
Amantes hasta ahora; y que has vivido
Como entre las clausuras de un convento:
Quando se sabe bien, que mas de ciento
De ese raudal sin sustos han bebido,
Y que muchos despues lo han escupido
Por dexar en el vaso hediondo asiento.
Véndete en lo que vales; que así puede
Que adelante te compre por barata
Alguno á quien la sed al sumo aflija:
Mas una vanidad que nunca cede,
Ni aun quando el cano Tiempo la maltrata,
Es necedad crëer que se corrija.

RAZONES DE UNA SEPARACION.

Medra entre injurias el asposo lino;
El cedro se mantiene incorruptible
En medio de los siglos ; é invencible
Á los rigores el diamante fino.
    No así mi corazon , en quien avino
Natura con lo justo lo sensible;
Porque en viendo una accion aborrecible
Al punto sale sin querer de tino.
    Lino , cedro , ó diamante le juzgabas;
Y creyendo sin fin el sufrimiento
Ultrajes sobre ultrajes acinabas:
    Mas con el peso falsëo el cimiento;
El arco se quebró quando apretabas;
Y mi desecho amor llevólo el viento.

EPISTOLAS.

Á D. FRANCISCO XAVIER VENEGAS DE SAABEDRA POR LA PAZ DE 20 DE ENERO DE 1783.

Ya el Cielo mas benigno ha desterrado
De nosotros la Guerra,
Y con ella los males,
Que infestaban la tierra;
La obscura tempestad se ha serenado,
Que era la destruccion de los mortales.
El Furor, que con gritos espantosos
Llenaba de terror los corazones,
Y los hacía acometer furiosos
Temerarias acciones,
Atadas con cadenas
Las manos á la espalda está de suerte,
Que, hinchandose sus venas,
Casi salta la sangre de oprimida;
Revuelcase rabiando por el suelo;
Muerde los eslabones
De la cadena, que lo tiene atado;
Fixa la ayrada vista contra el Cielo;
Y arroja á borbotones

La espuma de su boca maldiciente.
En tanto Jano cierra apresurado
Las puertas de su templo, pues clemente
El Cielo nos envía
La dulce Paz, cercada de alegría.
Mira, mira, Venegas, como viene
De flores, y de frutos coronada;
Mirala como tiene
En su mano derecha la abundancia;
Y mira dibuxada
En sus labios la risa, y en sus ojos
Graciosos desenojos.
Esa es la Paz, que viene presurosa
Para que al punto alzemos los semblantes,
Que se hallan reclinados
Sobre los pechos míseros dolientes;
Manda que quanto antes
Mostremos nuestras frentes
Bañadas de placer, llenas de agrado,
Por haber evitado
La sangre, que debía
Correr de nuestras venas destrozadas;
Pues la Muerte tenía
Muchas de nuestras vidas preparadas
Para sacrificarlas á su enojo;
Su guadaña blandia

Sobre nuestras cabezas:
Pero la Paz corriendo ha conseguido
Evitar sus fierezas;
Su furia ha detenido;
Y, habiendola de Europa desterrado,
Al Averno profundo la ha lanzado.
Con su mano piadosa
Al instante del suelo ha levantado
La reja del arado,
Con llanto abandonada
En los sulcos al tiempo de formarse;
La espada rigurosa
En vez de ensangrentarse
En el hombre, colgada,
Y tomada de orin, será memoria
De la pasada gloria
Del soldado, que hiriendo ahora el suelo
Es bendecido del benigno Cielo.
Ceres tambien ofrece
Al duro labrador celeste amparo;
Y que su albergue caro
Goze sin sobresalto, y agonia
De que llegue algun día,
En que el vencedor destruya quanto
Le costó afan, sudores, y quebranto.
El tridentino Dios del hondo sale,

De ovas, y de espadañas coronado,
Con el rostro sereno,
Porque vé que del mar se han alejado
El horroroso rayo, y seco trueno,
Que en hastillas las naves convertía,
Y las aguas teñía
Con sangre de valientes campëones;
Y que las tres Hermanas,
Hijas de Erebo, negras
Con su crencha compuesta de culebras,
Abandonan su imperio,
Y, de él huyendo, buscan presurosas
Las estancias del Orco tenebrosas.
Á las Nereydas llama, que yacían
En sus verdes palacios reclinadas,
Todas amedrentadas
Del estruendo que oían;
Les dice: Venid, ninfas agraciadas;
Dividid esas aguas cristalinas;
No tengais miedo alguno:
Ya se fueron las furias serpentinas;
Y ya puede Neptuno
Conceder libremente
Favor, y auxîlio á la española gente.
Salid, y á sus navíos
Impulso nuevo dad para que puedan

Llevar feliz, y próspero camino;
Pues dispone el Destino
Que sëan ya las ánglicas banderas
De Lises, y Lëones compañeras.
Sí, Venegas: la Paz ha repartido
Mil olorosas flores,
Mil bienes prodigiosos
Sobre nuestras cabezas, que han sufrido
Los terribles rigores
De la Guerra sangrienta, y destructora:
Olvidemos los males ya pasados;
Gozemos de los tiempos deliciosos,
Y de la Paz, que ahora
Con sus dulces placeres enamora;
Coronemos las frentes con guirnaldas,
Formadas en las faldas
De pastoras graciosas;
Y con danzas donosas,
Guïadas por tan linda compañía
Celebremos lo grande de este día.

Á SILVIA.

Al abrir este pliego, Silvia amada,
Te pensarás tal vez ver retratada
En sus toscos renglones la alegría,
Que otras veces gozaba el alma mía;
Y que se hallan ornados de las flores
De fragrancia sutil, que los Amores
Solían derramar á mano llena
Sobre mi frente entonces tan serena;
Y tambien juzgarás será tu oído
Con resonantes versos complacido,
Dignos de ser cantados por tu boca,
Para quien toda gracia siempre es poca;
Mas ¡ay! las expresiones escogidas,
De ornatos primorosos revestidas,
Son solamente por Apolo dadas
Á las almas de gustos inundadas:
Que la mía, que de ellos ya carece,
Y ante quien aun la Paz desaparece,
Con la melancolía la mas negra
Nada le agrada ya, nada le alegra.
Despues que en estos días detestables
De todos los placeres agradables,

Aun los mas inocentes, despojáron
Mi pecho, en que otro tiempo se anidaron;
Chocarse he visto todas las pasiones
Con las mas formidables impresiones;
Porque cada una de ellas se alegrára
Que tras sí sus cadenas arrastrára.
¡Ah crüeles! ¡Que barbaras pinturas!
¡Que horribles pensamientos! ¡Que locuras
Me pusisteis delante con intento
De ofuscar mi alterado entendimiento!
Y que herido en la parte mas sensible
Juzgáse por ya cierto lo imposible.
La sensibilidad si bien se mira
Al que la tiene solo llanto inspira:
Digalo yo, que he visto en mí juntarse
Quantos males podrán imaginarse;
Rabia, encono, temor, desconfianza,
Desesperacion, zelos, y venganza.
Pues todos en mi pecho desdichado
Su veneno crüél han derramado,
Á cuyo impulso poderoso, activo
Su caracter odioso en mí percibo.
¡Que desvaríos de tropel nacieron!
¡Y que cosas mis labios exprimieron!
Ahora, que despacio lo exâmino,
Quanto sentía entonces abomino.

Y despues que la copa de amargura
Con incrëible afan mi labio apura,
Baten las alas, y con presto vuelo
Se alejan de mí todos con anhelo.
¡ Feliz !.... Mas ¡ ay ! que, usando de fiereza,
Me dexan en poder de la Tristeza,
De éste monstruo, que á todos sobresale
En furia, contra quien nada ya vale.
Por eso, Silvia, busco desde ahora,
La amarga soledad, que me enamora;
Y solo, triste, con dolor insano
Aborrezco del todo el trato humano.
Una sierra de rocas escarpadas,
Cuyas puntas agudas, y peladas
Demostrasen subir con ardimiento
Para asi penetrar el firmamento;
Horribles hendiduras, valles hondos,
Sombríos, solitarios, y redondos,
Cuyo fin pareciese estar tocando
Á las moradas del pesar infando;
Donde solo se oyesen á los buhos
Con ronco acento, y espantables düos,
Ó del mar el horrísono bramido
Contra la dura peña enfurecido;
En medio de una noche tenebrosa
Á los tristes mortales pavorosa;

Los Austros bramadores desatados;
Cubierto el Cielo de hórridos nublados,
Abortando mil rayos encendidos,
Cuyos truenos mil veces repetidos
En las cóncavas cuevas resonaran;
Y desplomar su mole amenazaran.
Vé, Silvia, la morada, que quisiera
En el mal, que de mi alma se apodera;
Pues sola su espantosa compañía
Á mi cuitado pecho agradaría;
Correrían mil lágrimas ardientes
Sin miedo de cansar á los vivientes;
Y en ella libremente mis lamentos
Serían entregados á los vientos.

CORINA Á ANFRISO.

Corina, al ver su amante
Correr al mar ligero,
Y pronta ya la nave,
Le envía así â decir sus sentimientos:
Corina no te escribe
Para aplacar tu ceño,
Anfriso mas mudable
Que las sonoras olas, y los vientos;

Sino para que sepas
Que es su amoroso pecho
Mas sensible que el tuyo,
Que está cercado de robusto acero.
¿Crüél, de que te quejas?
¿Por que son tus lamentos?
¿Qué ofensas en mi adviertes
Para tales injurias, é improperios?
¿Que quieres? ¿Que procuras?
¿Aun no te hallas contento,
Despues que á tu cariño
Todo quanto quería lo he pospuesto!
Por tí la Paz amable
De mi alma se fué huyendo;
Y en ella se fixaron,
La angustia, y el crüël desasosiego.
Por tí al mayor amigo
Traté con vilipendio,
Destrozando los lazos
Que el Cielo justo, y el Amor texieron.
Por tí.... pero corramos
Aprisa un turbio velo
Á los dulces favores,
Que de mi recibiste en algun tiempo.
Te quise como nadie;
Testigos son los Cielos:

Pero no, que mis brazos,
Mi boca, y ojos digan si yo miento.
¿Tú ingrato, como pagas
Este amoroso anhelo?
¿Ni que gracias recibo
Ahora á beneficios tan inmensos?
Solo una carta seca,
Solo un atroz despego,
Solo engaños, falsías,
Y solo al fin, y al cabo un escarmiento.
Anda, vete, inconstante;
Corta el cable ligero,
El mástil endereza,
Y la anchurosa vela entrega al viento.
Zarpa pronto del muelle.
¿Te páras? Huye presto;
Aléjate al instante
Que ni hablarte jamás, ni verte quiero.
¿No intentas por tu gusto
Dexar el patrio suelo,
Surcar la mar salada,
Y en los remotos indios tomar puerto?
Pues corre, no te tardes;
Cumple, cumple tu intento;
Que entre tanto á los Dioses
Dirijo humilde, y con fervor mi ruego.

No es, no, para que vuelvas
Á mi casa al momento
Á repetir ufano
La pasada locura, y devanëos:
Sino para que incite
Neptuno con su cetro
Las negras tempestades,
Y los calientes Austros, y Pamperos;
Para que tu navío,
Sin árboles, y abierto,
Ya á los abismos baxe,
Ya llegue con la pröa al firmamento;
Para que dé furioso
En los peñascos huecos,
Y con ayes agudos,
Que nadie escuche, quedes al fin muerto,
En medio de las ansias,
Que oprimirán tu cuerpo,
Quizá tendrás memoria
De aquella á quien juraste amor eterno.
Verás como castiga
Júpiter justiciero
Al que un voto quebranta,
Y al que apaga de amor el dulce fuego.
¿Pero yo, te parece,
Que, envuelta en mil tormentos;

Lloraré por tu ausencia,
Resonando mis ayes en los techos?
No lo crëas, Anfriso;
En un mas digno objeto
Estará mi alma entonces
Ocupada, y absorta hasta el exceso.
Ese pastor que cuaja
En sus redondos cuencos
Las natas mantecosas,
Que me sirven de gusto, y de sustento,
Ese será quien lleve
Mi atencion, mis desëos;
Y hará que yo reviva
Si escucho de su boca un *yo te quiero.*
En la plácida orilla
Del Nise iré cogiendo
Las flores mas graciosas
Para adornar sus sienes, y cabellos.
Y quando ya la Noche
Estienda un manto espeso,
En medio de los bosques
Con no visto placer nos meteremos.
Los árboles sombríos,
El murmullo sereno
Del río, que allí pasa,
Las plantas olorosas, el silencio,

Y el peso de las horas
Harán nos entreguemos
Con paz, y sin zozobras
En los süaves brazos de Morfëo.
Todo esto, y mas mereces,
Porque crüél, y fiero
Te ausentas por no verme
Á clímas tau distantes de los nuestros.

ELEGIAS.

LA NOCHE TRISTE.

Obscura noche, noche tenebrosa,
Rodëada de sustos, y de espectros,
Á ti llamo; á tí busco; en tí reposa
El mas amante, y afligido pecho:
Tú, dulce alivio del mortal rendido,
Del pobre miserable refrigerio,
Que infundes baxo el arteson dorado,
Como baxo los mimbres el sosiego,
Benigna vuelve la amorosa vista,
Que de tí aguarda mi dolor consuelo;
No halagando la mente fatigada
Con apacibles deliciosos sueños,
Sino con el zumbido, que produce
El sordo aletëar de los insectos,
Y con el canto lúgubre del ave
Que huye espantada del claror febëo,
Y entre tus sombras su alegría busca,
Hinchendo el ayre con funestos ecos;
Así yo herido de mortales rayos,
En tí mi alivio conseguir espero.

La tenebrosa tierra, oh noche, vuelve
Á cubrir con un manto mas espeso;
Al hórrido Temor convoca al punto,
Y haz que me oprima con su adusto aspecto:
Tal vez, sus ilusiones agitando
La mente, calmarán mis sentimientos;
Ó cediendo tal vez á sus impulsos,
En la muerte hallaré seguro puerto.

Oh vosotros, mortales, tan felices
Que no sabeis de amor, y que su horrendo
Contagio no ha llegado todavía
Á corröer activo vuestros huesos,
Doblad ambas rodillas, y al que tiene
Debaxo de sus plantas á los Cielos,
Dadle continuas gracias, porque quiso
Libraros compasivo, de su incendio.
¡Ay! Amor no es un niño ciego, hermoso
Con alas, con säetas, y risueño;
Con esa falsa imágen los antiguos
Á todos ocultarle pretendieron;
Porque si su ponzòña abominable
Fuera posible estár al descubierto,
Su vista sola suficiente fuera
Á contagiar á todo el universo.
Este es Amor, un monstruo formidable
De aspecto torvo, de maldad espejo,

Con cíen ojos, y lenguas otras tantas
Armado de furor, todo veneno.
De este os habeis librado. ¡ Venturosos,
Que rehusasteis con heroyco esfuerzo
Por una, y dos, y tres, y quatro veces
Á yugo tan atroz poner el cuello!
Mas yo cuitado, que sus iras sufro
Me hallo tan bien con ellas, que deseo
Aumenten mi dolor para que acaben
Vida, que soportar apenas puedo.
Dó quiera que la mente fixo, siempre
Graves motivos de pesar encuentro,
Ya la memoria del placer perdido
Ya la vista del mal que experimento.
¡ Quien creyera capaz de tal perfidia
Á un corazon tan dulce, y halagüeño
Ni que así se llevara de esperanzas
Fundadas sobre falsos juramentos!
Quien en un pecho femenil lo viera,
Quien lo mirara facil como el viento,
De la ambicion, y el oro contrastado,
Sordo á las voces del amor sincero.
¿ En donde la Amistad sagrada habita?
¿ Qual es pura? ¿ Qual firme? En torno vëo
Tropél de aduladores, con acciones
Fraudulentas, con rostro placentero!

Que procuran llenar nuestros oídos
Con la dulce expresion de amigo. ¡Ay Cielos!
Repaso la memoria, lo exâmino
Y solo el dolo, la perfidia encuentro.
Y el que consigue la envidiable dicha
De sofocar sus penas en el seno
De tan noble virtud. ¿Como permite
Que en su preciosa union domine el Tiempo?
Me admiro viendo el corazon del hombre,
Y vacila de horror mi entendimiento
Al contemplarle siempre en pós los males
Que le destruyen su interior sosiego.
Yo advertí la Admistad que me llamaba,
Llegué, abrazéla con sencillo afecto,
Y su lazo estrechando cada día
Sentíme herido de amorcso fuego.
Me creía feliz; pero ví roto
El vínculo que unía nuestros pechos;
Ví un corazon del mío desprenderse,
Y lo ví reposar en nido ageno:
Quando en tales perfidias yo cabilo
Quando yo reflexîono, quando pienso
Con que facilidad por los mortales
Los pactos mas sagrados son desechos,
Parece que una mano poderosa
Se estiende sobre mí, y al grave peso

Quedan sin movimiento mis sentidos,
Y el alma opresa con dolor inmenso,
Al derribarme de mi dulce trono,
Ha sido el lazo del amor desecho,
Ese lazo terrible que tenía
El alma en vergonzoso cautiverio.
Se rompió la cadena ; pero parte
Ha quedado pendiente de mi cuello,
Y me hará recordar el otro trozo
Con que unido se hallaba en algun tiempo:
Que no es facil se borre con presteza
Lo que con firme solidéz fué impreso;
Ni que así un edificio tan antiguo
Trastornado se vëa por el suelo.
Que el transcurso del tiempo presuroso
Llegó á petrificar sus muros densos
Y de yedra , y menudo xaramago
En toda su extension se ven cubiertos.
¿Mas adonde volaron mis fortunas?
¿Las halagüeñas dichas que se han hecho?
¿Y las dulzuras, que envidiaban tanto,
Decidme ¡ay infeliz! donde se fueron?
¿Porque señal siquiera no ha quedado
De aquella fortaleza, que al esfuerzo
De las ondas del ponto borrascoso
Parecía poner un docil freno?

Porque estaba fundada sobre arena,
Facil á transportarse con el viento.
Obscurecióse el Cielo ; levantóse
Un crüél Norte ; combatió de recio
La torre en que mis dichas estrivaban;
La arena se mudó , faltó el cimiento,
Y toda aquella inmensa pesadumbre
Á tierra vino con horrible estruendo.
Los escombros sin órden esparcidos,
De su antiguo esplendor los tristes restos
Demuestran la constante incertidumbre
De las obras humanas , y quan necio
Es el que intenta sobre arena leve
Fundar ricos Palacios , no temiendo
El revuelto uracan de la Desgracia,
Que todo lo trastorna en un momento.
Ya estoy solo ; ya no como solía
Arrastro el carro del Amor ; ya enhiesto
La cerviz que doblaba baxo el yugo;
Ya tengo libertad , ya estoy contento.
¿Contento yo? ¡Que error! Eran tan uno
Mi corazon , y el que partióse huyendo,
Que una parte del mío se ha llevado
Al tiempo de arrancarse de mi pecho;
Y me ha dexado inconsolable , triste,
Incapaz de gozar de aquel sereno

Placer que baña el corazon del hombre,
Ageno y libre de amorosos hierros.
El mío destrozado, dividido,
Está sin fuerzas; con trabajo inmenso
Se sostiene en sus alas quebrantadas,
Que barren sin querer el seco suelo.
Á vista de mi mal, me enciendo en ira;
Recorro la memoria, noto, vëo
Los tormentos mas grandes, mas atroces,
Que á los duros Nerones complacieron;
Y todos me parecen no ser tales
Quales quisiera mi rencor horrendo
Para vengar la fiera alevosía;
Causa de las angustias que padezco.
¿Mas que importa este ardor? ¿Ni de que sirve
Que muestre ayrado tan feróz despecho?
Yo no extingo la fiebre que me mata,
Ni alivio alguno á mi dolor encuentro.
Vuelvo las iras contra mí; y ya solo
Anhelo por morir, y lo merezco;
Porque las llaves entregué del alma
Sin saber antes el valor del dueño.....
¿Quien no doblara la cerviz altiva
Al dulcísimo encanto de su acento
Á unos lábios mas frescos que la rosa.
Á unos ojos activos como el fuego?

¿Á que traygo á la mente los engaños,
Que mi libre alvedrío destruyeron,
Y que despues de rota la cadena,
Embargan mi razon, turban mi aliento?
Vosotros Cielos, que mirais mi angustia,
Que öís mis llantos, y sabeis lo cierto,
Decid ¿como exîstir tanta ponzoña
Pudo debaxo de tan dulce aspecto?
¡Ah! Porque en el jardin mas delicioso,
Báxo las flores de color mas bello,
Donde solo fragrancia se respira
Oculta la serpiente su veneno.
¡Infeliz del que el daño no prevëe
Que allí se esconde con risueño aspecto!
Se verá como yo que, arrebatado
De su dulce atractivo, y embeleso
Engañado con tantas falsedades,
Sordo á las voces que me dió el Consejo,
Pensé hallarme en el colmo de la dicha,
Y víme en el mayor abatimiento.
Oh noche silenciosa entre tus densas
Sombras oculta mi crüél lamento,
Y dá alivio á mi pecho de este modo;
Si para un mal tan duro puede haberlo.
No puede: qual carcoma introducido
En lo mas hondo de él lo va royendo,

Y reduciendo á polvo á toda prisa;
Y al primer soplo del Destino adverso
En átomos sutiles esparcido,
Se deshará qual niebla. Mi contento
Acabó así, y así la fortaleza
En que creía eternizar mi imperio.
Mas ¡oh locura, estupidez humana,
Que nos arrastra con furor violento
Á tantos precipicios! ¡Que nos hace
Víctimas tristes de un fatal deseö!
Conocemos lo fragil, deleznable,
Y lo voluble del hermoso sexô,
Para el mal pronto, para el bien remiso,
Que adora, y aborrece casi á un tiempo:
Y no obstante con ansia le buscamos,
Le seguimos constantes, y exponemos
Nuestra vida mil veces, nuestra honra,
Solo por complacer sus devanëos.
¡Oh voz terrible! Oh eco, que resuena
Con temeroso son, cesa un momento;
Mis delirios pasados no reprendas,
Ni los que hacer pensaba sin consejo.
Ya la razon conozco; ya rasgado
Desapareció del todo el turbio velo,
Que la virtud sagrada me encubría;
Ya las densas tinieblas se han desecho.

¡ Que confusion , oh Cielos ! El semblante
Se cubre de rubor , se pasma el pecho.
¿ En jardines amenos me juzgaba
Quando iba caminando por desiertos?
¿ He llorado , y aun lloro , porque fuera
Estoy de un laberinto tan revuelto,
Que era imposible hallarle la salida,
Aun con el hilo que llevó Teseo ?
¿ Que imaginaba ? ¡ Ah triste ! Deslumbrado
Con sus inmensas calles , y rodeos,
No advertí que iba á ser presa de un monstruo
Jamás de sangre humana satisfecho.
Allí fixar quería mi morada,
Allí pasar mis días venideros.
Ni oía los bramidos espantosos,
Que hacían resonar los montes huecos;
Ni veía las fúnebres reliquias,
Que , esparcidas en torno aquel terreno,
Denotaban que muchos infelices
Á manos de su furia perecieron:
Mas una ingratitud inesperada,
Que con razon feliz llamarla debo,
Del mar de la desdicha me ha sacado,
Concediendo á mis ansias dulce puerto.
Ella me ha dado mas salud que aquella
Muchedumbre de gustos lisongeros,

Que con una apariencia deliciosa
Eran engaños pérfidos, y horrendos,
Que á las sangrientas uñas me arrastraban
De aquel monstruo feróz, á quien los necios
Apellidan Amor, en honra suya
Quemando ufanos oloroso incienso.
Ella me ha dado á conocer ahora
Toda la fuerza del atroz veneno,
Que encerraba aquel vaso cristalino,
En torno dibuxado con esméro.
Ella del pecho me arrancó la yerba,
Que no dexando que tomáse aumento
La nacida semilla provechosa,
Sofocaba los frutos venideros.
Mas ¡ay! que de raíz no la ha quitado;
Y las pequeñas hebras que conservo
Tal conmocion me causan, que destruyen
Los dulces gustos que á gozar empiezo.
Si supierais, Amantes, que de bienes
Causa la ingratitud en el que ageno
Se encuentra de perfidia semejante,
No poblarais el ayre de lamentos.
Desde que el Sol se muestra en el Oriente
Hasta que oculta su luciente aspecto
Estaríais rogando al Cielo diese
Á la mas firme beleydoso genio.

¿Que días tan felices ya me esperan
Contemplando que estuve en tanto riesgo,
Rota la nave, el viento desatado,
Y los abismos de la mar abiertos!
Veré con risa la fatal cadena,
Que al carro del Amor me tuvo preso,
Burlaréme del fuego de su antorcha,
Y pisaré sus flechas con desprecio.....
¿Mas adonde me lleva mi delirio?
¿Y que arrebato es éste, entendimiento?
No, no puedo esperar alivio alguno;
Los gustos para mí no fueron hechos.
Antes huyen de mí; contaminarse
Temen con los gemidos que del pecho
Arranco sin cesar; sus alas tienden;
Y desparecen con ligero vuelo.

Mi loca fantasía se complace
Con engaños crüeles; pues poniendo
Los placeres que espero ante mi vista,
Se olvida del dolor que experimento.
¿De que me sirve alimentar la dulce
Esperanza de ser feliz, un tiempo,
Si en tanto me hallo en el pesar sumido,
Sin ver en torno sombra de consuelo?
Un trozo de cadena todavía
La cerviz me sujeta con su peso;

Sus recios eslabones me repiten
Que aun dura mi terrible cautiverio.
Dura, y soy desdichado: sí. ¿Que importa
Que el amar ocasione mil tormentos,
Si el corazon con ellos se complace,
Si su dicha mayor la funda en ellos?
Arrancarle este mal es darle muerte,
Que ya naturaleza en él se ha vuelto;
Por eso sufro, y gusto de la pena,
Que me obliga á llorar en el silencio.
Mas ¡ay! hasta estár libre de la fiebre
Atroz que, apoderada de mis huesos,
En la misma medula ha penetrado,
Seré de la desgracia triste objeto.
¡Que tropel de horrorosas confusiones!
¡Que de penas me asaltan con despecho!
Con ilusiones tristes me amedrentan,
Me llenan de temor, y desaliento.
Apenas respirar puedo sin llanto
Se enervan ¡ay de mí! todos los miembros;
Los sentidos se ofuscan; se entorpece
La mente.... ¡Que terrible desconcierto!
Mas tú, Noche, confunde entre tus sombras
Mis ayes; apresura el movimiento
Para que llegue, derramando luces
La mañana feliz de mi sosiego.

Á LA MUERTE DEL CORONEL DON JOSEF CADALSO, COMANDANTE DE ESQUADRON DEL REGIMIENTO DE CABALLERÍA DE BORBON (*a*).

¡Que triste llanto hiere mis oidos!
¡Que rumor tan confuso! ¡Que lamento!
¡Oh noticia crüél! ¿Con que gemidos
Demostraré mi angustia? No hay aliento
Que pueda explicar penas tan furiosas,
Ni cosa que se iguale á mi tormento.
¿Pero que Hijos de peñas escabrosas,
Por carniceros tigres engendrados,
Y arrullados por sierpes venenosas,
Y que pechos serán los que obstinados
No padezcan ahora la amargura,
Que acibára los nuestros desdichados?
¿Oh Muerte inexôrable, oh Muerte dura,
Porque cortas la planta mas florida,
Privándonos así de su hermosura?
Porque tan á menudo enfurecida

(a) *Esta fué á las nueve, y media de la noche del 26 de Febrero de 1782 en la batería abanzada de cañones, llamada San Martin, frente de Gibraltar.*

Empléas en los buenos tu guadaña,
Que debieran gozar eterna vida?
¿No sería mejor, no fuera hazaña
Segar aquellos monstruos venenosos,
Que la inocencia ahogan con su saña?
Entonces, si, serían mas famosos
Tus hechos, Muerte; entonces los mortales
Con tu vista serían virtüosos.
Mas ahora, que traës tantos males,
Al que tributa á la virtud honores,
Que conviertes sus ojos en raudales,
Pues que solo descargas tus rigores
En los que cultivando su talento,
Procuran ser mas sabios, ó mejores;
Maldecimos tu mano, tu ardimiento,
Suplicando al que reyna en las alturas
Que para compensar tanto tormento,
Y acabar de una vez con tus locuras,
Te arrojen al Averno, y con cadenas
Te hagan tan formidables ataduras,
Que se rebienten de hinchazon las venas,
Y sëa disipado enteramente
El humor infernal de que están llenas.
¡Ay Dios! El sentimiento, que al presente
Con furor me devora, lo ha causado
Esa tu ansia de aniquilar ardiente.

Si, Muerte, si: la vida has destrozado
De Cadalso, Cadalso esclarecido,
Cuya frente en los Cielos ha tocado;
De aquel que en el ingenio ha competido
Con el dulce Anacréon, alabando
Como el anciano á Baco, y á Cupido;
Y con la diestra á veces empuñando
La sonora trompeta, celebraba
De los guerreros el glorioso bando;
El cothurno otras veces se calzaba,
Ó pintando los hechos lastimosos
Lágrimas compasivas arrancaba;
Otras, baxo los mirtos mas frondosos
Sentado con su Fili en las riberas
De los mansos arroyos sonorosos,
Con quejas, y canciones lastimeras,
En que el fuego brillaba, y la dulzura,
Mostraba sus heridas verdaderas;
Verías conmoverse la espesura,
Ablandarse las piedras, y el contento
Dibuxado en las flores, y verdura.
¡Quantas atacó el vicio macilento!
Pero con gracia tal que parecía
Ser de Persio, ó Marcial su activo acento.
Ya no puede crecer, oh Muerte impía,
Esta planta feraz, pues la cortaste

Quando sus frescas ramas extendía.
Tú el saber, y la risa nos quitaste;
Y á la España aquel Hijo, en quien fundada
Tenía su esperanza, la robaste;
Esta matrona, que antes penetrada
Se vió de humanidad para qualquiera,
Ahora, de agonía traspasada,
Se abandona á su llanto de manera,
Que, la frente en sus manos apoyando,
Inmovil muchas horas persevera.
Está allá en su memoria repasando
Los Hijos mas famosos, que ha perdido,
Y los vá unos con otros comparando;
Apolo del suceso enternecido,
Á sus plantas se postra, y con dolientes
Ayes su flaco aliento interrumpido,
La acuerda los pasados, y presentes,
Que compusieron obras delicadas;
Y aunque en Pindo bebieron de sus fuentes;
Eran las de este tan aventajadas,
Que encima descollaban qual robusto
Quexigo sobre yerbas desmedradas:
Y al mirar la cabeza, que con gusto
Orló mil veces, ya desecha, llora,
Llamando con furor al Cielo injusto.
Hasta el terrible Marte, que colora

Con sangre los arroyos, y los prados,
Y gusta de la muerte, gime ahora;
De sus ojos, de saña encarnizados,
Lágrimas compasivas han corrido,
Maldiciendo mil veces á los hados,
Y á la funesta mano, que ha prendido
Fuego al robusto Obús (*a*), de dó la muerte
Salió para un soldado tan cumplido;
Llora de rabia el Dios su infausta suerte,
Llora el haber perdido en este solo
Un sábio Cesar, un Hanibal fuerte;
Y que hubiera del uno al otro polo
Su nombre qual guerrero dilatado,
Que hoy solo se repite por Apolo.
En su mente renueva que, ya armado
Muy jóven con insignias militares,
Baxo sus estandartes fué alistado;
Y, atrevido pisando los lugares,
Por donde el Duero lleva su corriente (*b*),

(a) *Murió del casco de una granada, que tiró una batería del monte, llamada de Ulises.*

(b) *Siendo aun muy jóven estuvo en la campaña de Portugal de Cadete del regimiento de Caballería de Borbon.*

Se labraba laureles á millares,
Que hubieran coronado aquella frente,
Que esta noche el Britano valeroso
Sin querer destrozó bárbaramente (*a*).
Sí: el mismo Inglés intrépido dudoso
Estubo al prender fuego en el terrible
Obús, de tanto daño receloso.
Quería que el destrozo fuera horrible;
Que la sangre del Íbero vertiera;
Que fuera su furor irresistible:
Mas no queria, no, que destruyera
De un varon altamente respetado
La vida, que apreció sobremanera (*b*)
Ese ímpetu deten arrebatado
Hierro destrüídor; mira su ciencia;
Venera su talento delicado.
¿Mas quien halló á la guerra resistencia?
¿Quien dudó que es origen de mil males,
Y en quien la Muerte funda su potencia?

(a) *El casco le dió en la sien derecha, y le llevó parte de la frente.*

(b) *Le estimaban mucho los Ingleses; y el Gobernador de la plaza de Gibraltar Mr. Jorge Augusto Elliot hacía particular aprecio de él.*

¿Quien se encontrará ya de los mortales
Que no se canse, y sienta los excesos,
Que suelen cometerse en tiempos tales?
¿Quien no verá que de entre los progresos
De las armas, que en medio de las glorias
Nacen infelicísimos sucesos?
¿Quien no mira que ocultan las historias
Las desgracias, que manan de la guerra,
Contando las hazañas, y victorias?
¿Y quien de los que habitan esta tierra
Habrá llorado tanto qual nosotros,
Donde el compendio del dolor se encierra?
¡Felices muchas veces, oh vosotros,
Que alegres con la suerte, que os dió el Cielo,
No envidiais las fortunas de los otros!
¡No quereis tener mando sobre el suelo,
Ni despues de la muerte lograr fama:
Pero no conoceis el desconsuelo!
Esto fortuna con verdad se llama;
Estos son los placeres mas sabrosos,
Donde nunca la pena se derrama.
Pero tú, que allá en campos luminosos
Gozas bienes eternos, tú, que habitas
Lugares dó no moran los viciosos,
Dó no hay cizañas, donde no hay malditas
Discordias, donde todo es paz, contento,

Y dó reynan dulzuras infinitas;
Escucha compasivo mi lamento;
Y pide que te siga prestamente
Al que manda en la tierra, y firmamento.
Y un altar rico, hermoso, y eminente
Formaré mientras tanto en tu memoria,
Que humëando estará continuamente.
Pintaré al rededor la triste historia,
En que acabó tu vida, señalando
Tus acciones de mas renombre, y gloria.
En ella expresaré por menor quando
Saliste á ver las obras abanzadas,
Tu espíritu guerrero demostrando.
Que ni las duras balas disparadas
Por el altivo Inglés, ni el estallido
De las pesadas bombas, y granadas,
Ni la sangre del muerto, ni el gemido
Del herido pudieron conmoverte,
Como un peñasco de olas combatido.
Pues mas sereno cada vez, y fuerte
Por medio del peligro discurrías
Sin el temor mas leve de la muerte.
Con prolixa atencion, y arte medías
El trabajo tenaz de la trinchera;
Todo lo andabas; todo lo veías.
Atrópos mientras tanto altiva, y fiera

Sobre tu frente con vigor sonaba
Para cortar tu aliento la tixera;
Clotho la rueca de pesar soltaba;
Y á Lachesis el hilo, que torcía,
En los trémulos dedos se enredaba.
Mas tu pecho guerrero, que gemía
Por llegar de la Fama al alto templo,
Del furor del contrario se reía,
Dando de tu valor heroyco exemplo
Al soldado feroz, que desmayado,
Y triste por tu muerte le contemplo.
Pintaré al General al otro lado
Lleno de agitacion, porque ha perdido
El oficial que había mas amado;
Y á todos los mejores preferido, (*a*)
Por ser en lo político excelente,
Y en diferentes lenguas instruído. (*b*)

(a) *Don Martin Albarez de Sotomayor* (*hoy el Conde de Colomera*) *que mandaba entonces el bloqueo de Gibraltar, lo estimaba mucho, y lo escogió por su Ayudante de Campo.*

(b) *Poseía los idiomas Latino, Frances, Italiano, é Ingles; entendia el Griego; y estaba versado á fondo en el castellano.*

Pondré la alteracion, que justamente
Tuvo todo el Exército, sabiendo
La muerte de un varon tan eminente.
Pondré tu cuerpo.... Pero nó: ese horrendo
Expectáculo lejos de mis ojos,
Que se están con el llanto deshaciendo.
No quiero que los lúgubres despojos,
Que consiguió la Muerte, á tus amigos
Produzcan con su vista mil enojos:
Unicamente aspiro á que testigos
Sëan de tu valor, y tu talento,
Que apreciaron tus mismos enemigos.
Tambien para un eterno monumento
Del honor, que tus méritos lograron,
Poner esta inscripcion en él intento:
"Aquí yace Cadalso, á quien amaron
»Marte, Palas, y Apolo; cuya muerte
»Amigos, y enemigos lamentaron."
Tu altar formarle quiero de esta suerte;
Ya que los siempre inexôrables hados
Hoy me privaron del placer de verte.
Y de leche reciente bien colmados
Dos vasos, dos de aceyte mantecoso
Serán en él cada año derramados.
Tu nombre invocaré con son lloroso;
Y, de tamariz verde coronado,

Le cercaré cien veces presuroso.
En este sacrificio acompañado
Seré del dulce Tirso, del fluido
Elfino, y de Batilo delicado.
Quando vëan los tres el conocido,
Y funesto lugar, donde espiraste,
Sacando un profundísimo gemido,
Dirán: "Suelo dichoso, que abrigaste
»La sangre de un varon, que merecía
»Un mas eterno, y mas precioso engaste;
»Tú, que fuiste testigo de aquel día,
»Que despreciando la granada fiera,
»Que el término á su aliento conducía, (a)
»Se mantuvo sereno en la trinchera;
»Hasta que al rebentar con rabia ardiente
»La frente destrozó que no debiera;
»Tú, que viste su espíritu eminente,
»Y que ves nuestro llanto, allá en tu seno
»Á los tres nos esconde juntamente."
En quanto el ponto de agua exîsta lleno;
Los troncos con raíces se sostengan;
La serpiente conserve su veneno;

(a) *Aunque le dixeron que se dirigia una granada al puesto donde estaba, despreció el aviso con ánimo sereno.*

Los ganados de yerba se mantengan;
Habiten los delfines en los mares;
Y las desdichas tras los bienes vengan;
Crecerán en nosotros los pesares,
Y crecerá tu nombre, que merece
Otros lòores aún mas singulares.
Y mientras que tu fama se alza, y crece;
Penetrado de amargo sentimiento,
Mi fatigado aliento desfallece:
Y así colgado dexo mi instrumento
De un fúnebre ciprés, no por el canto;
Sino porque con él mi triste acento
Ha expresado del pecho el justo llanto.

RECUERDOS DE UNA ANTIGUA PASION,
Y PRINCIPIOS DE OTRA NUEVA.

Despues que sacudí del cuello mío
Las pesadas cadenas, que abrumaban
De mil modos extraños mi alvedrio;
Unos á otros los ayes se empujaban
Por salir de este pecho desdichado;
Y en el viento furiosos resonaban.
No hubo monte, ni río, selva, ó prado,
Que no fuese testigo del lamento,
Con que yo demostraba mi cuidado.

Ni hubo nadie, que todo mi tormento
No supiese en el punto, que me hablaba;
Pues solo en referirlo hallé contento.
El que mis desventuras escuchaba
Sufría dolorosas sensaciones,
Y lágrimas ardientes derramaba.
Mis tristes, y amarguísimas razones
Hacían que probasen mi veneno
Los sensibles, y tiernos corazones.
¡Que mucho que estuviese entonces lleno
Todo quanto decía de amargura,
Si habia tales sierpes en mi seno!
¡Oh suerte desdichada, suerte dura,
Por que de aquella noche destructora
Me presentabas siempre la pintura!
Quando con dulce faz la blanca Aurora
Disipaba del Cielo los nublados,
Y arrojaba las perlas que atesora;
Mientras otros los párpados pesados
Apenas despegaban, en profundo,
Y delicioso sueño sepultados;
Agoviado de un peso sin segundo,
Que me quitaba el gusto, y el reposo,
Veía yo venir la luz al mundo;
Y que el cerco de estrellas prodigioso
Con curso arrebatado se escondía

Del semblante del día luminoso:
Llegaba á todo andar la noche fría,
Y mi memoria estaba desvelada
Mientras todo viviente ya dormía.
La imagen para mí desventurada
Se presentaba entonces á mi idëa
Lo mismo que en la noche desdichada.
Y qual suele volver en la peléa
El visoño la espalda vergonzoso
Al mirar que el contrario le rodëa;
Procuraba evitarla temeroso
De que el recuerdo solö de su vista
Otra vez me dexase sin reposo.
¿Al ver que un rostro amable se contrista,
Y se encuentra de lágrimas bañado,
Que corazon habrá que se resista?
El pelo por el cuello derramado,
En palidez horrible convertido
El color de su rostro sonrosado,
El frescor de sus labios ya perdido,
Ojos mustios, hinchados, y sangrientos,
Y el aliento con ansias impedido,
Los terribles, y activos juramentos,
Y las imprecaciones continuadas,
Revueltas con sollozos, y lamentos,
Las manos á los Cielos levantadas,

Pidiendoles venganza de su agravio,
Las palabras veloces, y turbadas.....
¿Que vigorosa voz, que ingenio sabio
Podrá decir las fieras expresiones,
Que salieron entonces de su labio?
Yo, escuchando turbado sus razones,
Cercado de pesares, é indeciso,
Revolvía contrarias opiniones.
Y así mientras el hado crüél quíso
Que el placer agradable de mi huyese,
Y el bien para venir fuese remiso;
No hubo noche terrible, que no viese
Esta mísera imagen desdichada,
Y que al mirarla no me estremeciese.
Mas no siempre la mar alborotada
Se muestra; que despues de la tormenta
Se pone bonancible, y sosegada.
Y Amor, que de mí mal ya se contenta,
Corta el ayre veloz con firme vuelo;
Risueño ante mi vista se presenta;
Y lleno de ternura, con desvelo,
Mis mojadas mexillas enjugando,
Haciendome cariños con anhelo,
Mis manos con las suyas apretando,
Y su vista fixándola en la mía,
Me vá de esta manera razonando:

Yo soy aquel Amor, que te solía
Oprimir con amargos pensamientos,
Y por quien tanto llanto se vertía;
Yo soy el causador de tus lamentos,
De tu continúo afan, y tu locura,
Y de todos tus males, y tormentos.
Este es el arco, y ésta aquella dura
Flecha, que hace temblar á los humanos,
Y á los Dioses que reynan en la altura;
Estos los eslabones inhumanos,
Y la venda fatal, con que al amante
Acostumbro ligar de pies, y manos;
Esta es aquella antorcha devorante,
Cuyo fuego en los pechos escondido,
El corazon abrasa cada instante.
Ya habrás por estas señas conocido
Que soy aquel Amor, que fieramente
Sacaba tus potencias de sentido.
Pues ahora mas dulce, mas clemente
Vengo á premiar tu pena, y tu desvelo,
Y á mostrarme tu amigo juntamente.
Repara esa veldad, Hija del Cielo,
Cuyo rostro agradable, y generoso
Envidias ocasiona acá en el suelo,
Su mirar apacible, y amoroso,
Su encantadora voz, y aquel conjunto,

Que hace un sugeto ser maravilloso.

En su persona sola verás junto
El saber con las gracias, y hermosura,
Pues de Palas, y Venus es trasunto.

¡Con que süave ardor, con que dulzura
Mi pasion poderosa hará que sientas!
¡Quan leve será y fuerte, su atadura!

Ya te vëo pasar las soñolientas
Horas entre sus brazos cariñosos;
Y que los siglos por instantes cuentas.

Y de sus roxos labios deliciosos
Desprenderse cariños eficaces,
Que hagan todos tus días venturosos.

Mas si este lazo con desden deshaces,
Al punto me tendrás por enemigo;
No volveré jamás á hacer las paces.

Tuvo razon Amor; porque conmigo
Nadie igualarse puede, que contento
Sus dulzuras sin límite consigo;
Y de todos sus males me hallo esento.

LLAMANDO Á LA AURORA, EN CONTRAPOSICION DE LA ELEGÍA XIII DEL LIBRO I DE LOS AMORES DE P. OVIDIO NASON.

Con curso acelerado van subiendo
Á la mitad del Cielo las estrellas,
Sueño en todos los hombres infundiendo.
Mientras al ayre esparzo mis querellas;
Y á la noche la acuso de pesada,
Pues en tanto que dura, viven ellas;
Porque luego que apunte la alborada,
Gustaré mil dulzuras en los brazos
De la que mi alma tiene encadenada.
La noche, sí, me estorba sus abrazos;
É impide que la Aurora deliciosa
Testigo sëa de mis tiernos lazos.
Mas tú, süave rubicunda Diosa,
Dexa de tu Thiton el frío lado;
Y no la cama ocupes perezosa.
¡Y que! ¿Su debil brazo desmayado
Te puede retener de esa manera?
¿Aun no tiene la edad su pecho elado?
Vamos; salta del lecho; unce ligera
Los fogosos caballos; unta el exe;
Las riendas toma; empieza tu carrera.

Haz que con prontitud de tí se aleje
El lucero de Venus reluciente;
Y que la Noche al verte el puesto dexe.
Derrama tu rocío blandamente,
Y con él dá verdor á los sembrados,
Á las flores fragrancia, agua á la fuente.
Arma la feroz mano á los soldados,
Que, en un sueño profundo sumergidos,
De su exercicio se hallan olvidados.
Mientra el ánade torpe dá graznidos,
El gallo con su canto te saluda,
Y el colmilludo perro con ladridos;
El simple labrador al campo acuda
Con los bueyes, que arrastran el arado
Con paso tardo, y obediencia muda;
Arroje el pescador al mar salado
La red nudosa; siga el caminante
Con presteza el viage comenzado;
Los paños, y texidos adelante
La doncella encógida, y laboriosa,
Y al son del torno con destreza cante;
Recobre con tu cara luminosa
Su gusto el mundo; y vëa de mi amada
El dulce aspecto, y risa cariñosa.
Estos provechos por estár parada
Quitas al suelo, que te espera ansioso;

Despacha, Aurora; sal apresurada.
¡Ojalá que se vëan del rabioso
Tábano tus caballos aguijados;
Y que el látigo sientan riguroso!
¡Ojalá que te alcancen desbocados
Los que Febo gobierna, y con su fuego
Se apresuren los tuyos espantados!
¡Y ojalá que te ablandes á mi ruego;
Y con tu vista concederme quieras
Despues de tanto llanto algun sosiego!
Mira, Aurora, que espero á la primeras
Luces, que se derramen por el suelo,
Alcanzar mil delicias verdaderas;
Espero que se logre mi desvelo;
Y espero que con pruebas reiteradas
En mis brazos se humane todo un Cielo.
¡Ay! ¡que de tí mis voces escuchadas
No son! Y me rehusas los contentos,
Pues tus puertas de rosa están cerradas.
Mas ya te llevan los ligeros vientos
Encima de sus alas dulcemente
Mis amargos suspiros, y lamentos.
Vientecillos, seguid; no os amedrente
El arrugado gesto de su esposo;
Contadla mi dolor extensamente;
Ablandad ese pecho desdeñoso;

Haced que cruxa el exe con su peso;
Que arranque el fuerte carro presuroso...
   Mas ya sale la Aurora ; el cerco espeso
De luceros se aparta del camino;
Uno, y otro bridon vivo, y travieso
   Relincha, y cabecëa de contino;
Sienten el duro azote; y van veloces
Las ruedas por el Cielo cristalino.
   Se oyeron ya por fin mis tiernas voces;
Y con el día mis amores vëo.
Oh Diosa, tú la miras, tú conoces
   Mi ternura, mi amor, y mi desëo;
Pues si es cierto que un tiempo fina amaste,
Mientras un bien tan grande yo posëo;
Calla, y prosigue el rumbo que empezaste.

Á CUPIDO, POR HABER VISTO Á SILVIA DESPUES DE LARGO TIEMPO.

No tienes que sonar el arco duro,
Ni alargar la säeta penetrante,
Que rendido me tienes, y seguro.
¿Quien Cupido, será tan arrogante
Que viendo á Silvia, qual la ví, rehuya
Rendirse á su poder en el instante?
Quien no quisiere tus placeres, huya;
Que yo, que tanto bien por tí he logrado,
Mas voluntad no quiero que la tuya.
Quiero tu esclavo ser; quiero amarrado
Seguir el carro de tu triunfo; y quiero
Confesar que me encuentro enamorado.
¿Hay un gusto mas grande, y verdadero
Que posëer de Silvia el pecho hermoso,
El pecho á quien se humilla el orbe entero?
El coro de los Dioses generoso
Sus gracias puso en él con larga mano
Para que fuese en todo venturoso;
Su fuego abrasador le dió Vulcano;
Mavorte su firmeza diamantina;
Su resplandor Apolo soberano;
Sus frutos abundosos Eleusina;

Su albor el Alva ; Baco su frescura;
Y Minerva su forma peregrina.
¿La Cypria que la dió? ¿Fué por ventura
Sola entre tantos para Silvia avara?
Mas que todos le dió, le dió dulzura.
Con ella se defiende; el rayo pára;
Derriba al fuerte; alcanza la victoria;
Tal es la fuerza de virtud tan rara.
¡Oh tiempo aquel, oh tiempo de mi gloria,
Que estuve tal dulzura disfrutando!
Por eso apenas de él queda memoria.
¡Ojalá que otra vez vaya arrastrando
Una cadena para mí tan leve,
Y sienta un yugo para mí tan blando!
Oh Cupido crüél, Cupido aleve,
Tu quieres que en suspiros me deshaga;
Que tu ardiente rigor con ansia pruebe.
Á tus plantas me tienes; satisfaga
Tu corazon en mí su rabia fiera:
Pero dá á mi humildad su justa paga.
Haz que Silvia tambien sienta la hoguera,
Que otro tiempo su pecho consumía,
Y admita mis cariños lisongera;
Que se angustie en mi ausencia qual solía,
Que al tenerme á su vista se demude;
Y su inquietud produzca mi alegría.

Esto te pido; con ardor acude;
Favorece á tu esclavo, que no hay nada
Que tema como Amor su esfuerzo ayude.
¿Que le puede dañar Fortuna ayrada?
¿Que le harán los magnates poderosos?
¿Que la plebe sangrienta amotinada?
En los brazos de Silvia deliciosos
Encontrará seguro, estable puerto
Contra todos los vientos borrascosos.
Esto ruego, Cupido: ten por cierto
Que si no hallo en su pecho dulce abrigo,
Al amante mas fino veras muerto,
Perdiendo ¡ay triste! tu mejor amigo.

POEMAS.

EL TRIUNFO DE CUPIDO.

¡Como brilla el escudo poderoso
De la sábia Minerva, que rodëa
Con increíble afan al caro alumno,
En quien todo su anhelo tiene puesto;
Para que no le estorben, ni interrumpan
Los pensamientos vanos, que las alas
Mueven con un estrépito horroroso
En torno del que fixa sus deseos
Á buscar las verdades mas ocultas!
En tanto está Beniso, acompañado
Del adusto silencio, y de la amable
Quietud, en los palacios ignorada;
Y á la luz, que su grande protectora
Colocó entre sus manos, profundiza
Los senos de las ciencias; y exâmina
De la sonora lengua castellana
Los muelles interiores, en que estriva,
Descubriendo bellezas, que hasta ahora
Ignoraron los sabios de la Hesperia.
Mas un ruido terrible, y pavoroso

De pronto se levanta, que estremece
Y en armas pone á la guerrera Diosa:
Cortan con rapidéz el ayre vago
Las aladas saëtas, que disparan;
Y, chocando en la Egida formidable,
Resuena el alto techo; se conmueven
Los libros de la inmensa biblioteca;
Y parece que intentan en la fuga
Acompañar al tímido Silencio,
Que huyó con la Quietud á toda prisa.
Apolo es, y Cupido, que pretenden
Reconquistar el pecho de Beniso,
Donde otra vez hicieron su manida.
Redoblan sus esfuerzos, acometen
Con ímpetu terrible á la Tritonia:
Mas las flechas sin fuerza se caían
Al tocar la cabeza de Medusa.
¿Que al poder de la ciencia quien resiste?
Ya vacíos tenian los carcaces;
Y Minerva apoyada en el escudo
Los decía mofando: ¡Que! ¿Pensabas
Cupido que otro Páris aquí habia,
Á quien los atractivos de tu Madre
Cegaron la razon? ¿Y tú, Hijo ilustre
De Latona, te acuerdas quan en vano
Defendiste del Griego la sagrada

Ciudad Dardania? Sigue mi consejo:
Vete al Parnaso; y en su excelsa cumbre
Gobierna el coro de las dulces Musas,
Porque eso te compete solamente:
Que los trabajos arduos para Marte
Y para mí nacieron. Calló Palas;
Y Cynthio de furor los labios muerde,
Echando vivas llamas por los ojos:
Pero el Hijo de Venus, mas sensible
Á la afrenta que entonces recibian,
Lágrimas abundantes derramaba;
Arrancaba las hebras de oro fino;
Remesaba el cabello; y en el suelo
Con repetidos golpes patëaba.
No he de volver vencido, dice ayrado;
Tú, que eres mas robusto, Pythio, sigue;
Y opon toda tu fuerza á la altanera,
Que la victoria de mi mano arranca,
Y con rápido vuelo desparece.
Yá Apolo desmayaba en el combate;
Y con tan desigual contienda estaba
Cansado, y oprimido de congoja;
Quando el niño tremendo se presenta
Con una hermosa ninfa, que las Gracias
Miraron al nacer con faz benigna.
Acercase despacio ácia la mesa,

Donde sobre la mano reclinaba
La cabeza el alumno de Minerva,
Mientras á ésta el Dios rubio divertía;
Recogiendo el aliento, le dá un grito,
Como aquel que dió Marte quando herido
Se vió por Diomedes junto á Troya:
Al estruendo Beniso, que hasta entonces
Sin mover las pestañas contemplaba
El valor del acento castellano,
Sus quadernos de estudio revolviendo,
Volvió los ojos; se encontró al instante
Con los de la beldad, que Amor traía;
Y Cupido al mirar tan favorable
Momento no le pierde, le traspasa
Con una aguda flecha el pecho altivo.
Cäe sobre la silla desmayado;
Ya sin sentidos; el color le falta;
Y exclama con voz débil: ¡Ah, yo muero!
Viendole de este modo el Dios Maligno,
Suelta una carcajada de alegría:
Palas, al contemplar su vencimiento,
Se llena de rubor; huye ligera;
Y propone no mas medir sus armas
Con un Dios, que ha rendido á su dominio
Al Padre mismo de los Dioses, y hombres.
El niño entonces con la faz humana

Á Beniso se acerca , y le consuela,
Estas dulces razones pronunciando:
Levanta esa cabeza , que no vengo
Á esparcir en tu seno la amargura:
Antes compadecido de tu suerte,
Quiero que tengas días mas felices;
Que no malogres con estudio adusto
La edad graciosa , que al placer destina
El justo Cielo , que en mis labios habla.
El claro Apolo su favor te ofrece;
Te dá la lira con las cuerdas de oro,
Para que cantes en süaves metros
De esta ninfa agradable los hechizos.
Mi Madre ahora con afan dispone
De frescas rosas , y oloroso mirto
Una enramada , que á tu amor dedica:
Allí sus palomitas con arrullos
Te excitarán un sueño delicioso
Para que pongas en tus gustos pausa;
Que es el modo seguro de que duren.
¡ Quanto mejor es esto , que las secas
Tarëas de Minerva , que tus años
Floridos agostaban por momentos!
Y pues te vëo á mi poder rendido,
Quedate en paz , que voy con presto vuelo
Al sacro Olimpo á publicar mis triunfos.

EL TINTERO. (*a*)

Rompa ya su silencio el pecho mío,
Y en voces claras, y armoniosos ecos
Publique desde el Norte al Mediodía
El mas notable, y singular suceso.
No hable mas de su Aquíles temerario
El Padre de los épicos Homero;
Ni tampoco nos cante el Mantüano
De Enëas la piedad, y amor paterno.
Callen todos, pöetas, y oradores;
Callen todos, monarcas, y guerreros;
Callen todos, que á todos sobrepuja
De mi canto feliz el gran sugeto.
Á este pido favor, su gracia invoco
Para que aníme mi cansado aliento;
Á tí principio de lo mas sublime,
A tí solo te canto, mi Tintero.
¡Quien en ti tanta cólera creyera!
¡Quien que pusieses enojado ceño

(a) *El encontrar el autor su tintero seco al tiempo de ir á escribir, el ponerle agua, y el desvanecersele de la cabeza el asunto que tenia elegido, dieron motivo para este poema.*

Al que benigno te mostraste siempre,
Al que te adora con filial extremo!
Una noche (¡divinos Cielos!) quando
Cansado de alumbrar los hombres Febo
Retiró de la dura, y seca tierra
El dulce resplandor de sus cabellos;
Quise para arrojar el ocio infame
Llamar la Musa, y escribir en metro:
Mil veces invoquéla; pero en vano,
Porque guardaba un rígido silencio.
¿La Musa no responde? Yo clamaba.
Decidme la razon, Dioses excelsos.
¿El eco de mi amor perdió su fuerza?
¿No hieren sus oídos mis lamentos?
¿Habiendo dado con su dulce influxo
Tantas veces vigor al blando verso,
Quando mas de su auxîlio necesito
De mí se aparta con feroz despego?
Una gota no mas envía, Musa
De los raudales del Parnaso ameno,
Para que, embriagado de entusiasmo,
Explicar pueda lo que esconde el pecho.
¿No me respondes? ¿Callas? ¿Cielo santo,
Adonde he de volver mi triste acento?
Si está la Musa contra mí enojada,
No puede á mi dolor haber consuelo.

Mis lágrimas amargas, y calientes
Continuamente bañarán mi lecho;
Y mis lúgubres ayes, y suspiros
Llegarán á tocar el firmamento.
Esto dixe: y al modo que agitado
Corre por las montañas algun ciervo,
Que, del dardo fatal viendose herido,
Va buscando en la fuga su remedio;
Dexé mi blando asiento presuroso,
Dando en la estancia sin cesar paseos;
Pero como conmigo el mal llevaba,
Eran mi afan, y hüída sin provecho.
La llama de la luz centellëaba;
Tan tremula salía, mil espectros
Formando con las sombras, y vislumbres,
Que al mas valiente ocasionara miedo.
Con lentitud el ayre á mis sentidos
Prestaba el necesario movimiento;
Y heló la sangre de mis venas todas
Un no esperado formidable estruendo.
Á manera de un roble, que en las nubes
Oculta su cabeza, y ramos densos,
Y á los golpes de la hacha cortadora
Cae, toda la tierra estremeciendo;
Me pareció el estrépito terrible;
Registré en torno todo con anhelo,

Y ví. . . . ¡Que admiracion! (Oh dulce Musa,
Ayudame á decir este portento)
Ví que como á la vista de la Luna
Las aguas de los mares van subiendo,
El tintero, que enfrente yo tenía,
Crecia, y se aumentaba por momentos;
Y, ensanchando su boca lentamente,
Con un dulce, y gracioso movimiento
En quatro iguales trozos se partía
Dexándolos cäer al mismo tiempo.
De su centro con pompa se elevaba
El Dios de los tinteros, cuyo aspecto
Bañado en tinta, y lleno de algodones
Se mostraba de espanto, y horror lleno,
Su faz adusta tinta parecía;
Tinta mostraban ser sus recios miembros;
Su tez brillante á tinta semejaba;
Y era de tinta el espantoso cuerpo.
Negra la barba qual carbon de encina,
En lo que demostraba ser ya viejo;
Como nuestros ancianos son canudos,
Son los de los tinteros barbinegros.
Algodones revueltos, y sin orden
Componian su adorno, y sus arreos,
Y plumas de escribir llevaba solo
En vez de fieras armas, é instrumentos.

Volvió con ira los tremendos ojos;
Y, sacando del fondo de su pecho
Una tremante voz, pero cansada,
De su boca estas claúsulas salieron:
En vano intentas, temerario jóven,
Aplacarme la cólera, que tengo;
Con atroces delitos me provocas
En lugar de humillarte por tus yerros.
¿Sabes quien soy? ¿Y sabes que qual nadie
Soy el expositor del pensamiento?
¿Que con la tinta que de mí destila
Ocupo planas, y despacho pliegos?
¿Que los autores, de la fama dignos,
De mis auxîlios todos se valieron
Para extender idëas asombrosas,
Y para publicar heroycos hechos?
¿Que serían sin mí los Alexandros,
Los Scipiones, los Césares, Pompeyos,
Las bélicas acciones generosas,
Lides sangrientas, y atrevidos duelos?
¿Que valdrían las Ciencias? Derrocadas
Por la furia tenaz del cano Tiempo,
Ó estubieran sumidas en olvido
Ó no tuvieran en el mundo aprecio.
La docta Pôesía no ciñera
Su frente de oro, y lauro duradero;

Y ahora con mi apoyo poderoso
Mantiene tantos timbres como versos.
¿Que fuera de los Hijos de la Ciencia,
Los que de tarde en tarde envía el Cielo?
¿Todo lo que contienen los escritos?
¿Y en fin que fueran los autores mesmos?
Al desdichado sirvo de descanso;
Al triste enamorado de consuelo;
De comunicacion á los ausentes;
Y á los sábios de gusto, y pasatiempo.
Al pobre miserable, al potentado,
Á la fragil muger, al débil viejo
Á todos causo alivio; y casi siempre
Entretienen conmigo sus tormentos.
Todo esto sabías; sin embargo
Has tenido el horrible atrevimiento
De dexar consumir mi cara tinta,
Y olvidarte de mí tan largo tiempo.
¿Como quieres que ahora favorezca
Al que me ofende con atroz exceso,
Al que me ha sido desléal é ingrato,
Y al que desprecia mi poder inmenso?
No lo imagines, no; que me retiro
Léjos, léjos de tí, porque pretendo
Que en adelante mi amistad no goces
Y que conozcas soy el Dios Tintero.

Qual rayo de las nubes desprendido,
Que hiende el ayre, abrasa en un momento
Quanto á su ardiente fuego se resiste,
Parecióme su hablar, qual trueno el eco
De su horrisona voz; al escucharle
Se me travaron de pavor los miembros,
De un elado sudor, se cubrió el rostro
Y los ojos mortal clavé en el suelo.
Pero en medio de tantas turbaciones
Huyó la tempestad, calmóse el viento;
Porque la Musa, á quien llamaba tanto,
Batió las alas con ligero vuelo.
Vino á mi estancia con luciente ropa,
Con adornos preciosos, con aspecto
Tan honesto, y tan grave como hermoso,
Trenzados al descuido los cabellos.
La cítara armoniosa, con que excita
La placentera danza, el dulce plectro,
Con que las cuerdas hiere, su siniestra
Mano ocupaban con gentil gracejo;
Y la diestra una concha primorosa
Colmada de agua del raudal sereno,
Que al pecho fatigado refrigera
Para que cante con aliento nuevo.
Con ella rocïó mi faz confusa,
Y rocïó tambien al Dios Tintero;

Á él para que su auxîlio me prestase,
Y á mí para entonar heroycos metros.
Aquel me dió los brazos como amigo;
Y yo, agitado de furor febëo,
En estos versos duros, y sin orden
Canté este raro original suceso.

LA MUERTE.

PÖEMA FILOSÓFICO.

ARGUMENTO.

1 *Invocacion, y proposicion.*

2 *Duermese el Pôeta, aparecésele la Muerte, y le arrebata por el ayre, enseñandole todo lo criado.*

3 *Entran en un edificio arrüínado.*

4 *Declárale la Muerte que aquel es el sepulcro.*

5 *Imprecacion contra la Muerte, en que está la division del Pöema.*

6 *Discurso de la Muerte. La vida llena de males desde la cuna hasta el sepulcro.*

7 *Poder del Tiempo.*

8 *Nacimiento del Tiempo, su curso, y el de las Horas.*

9 *Insensibilidad del hombre á los avisos de la Muerte.*

10 *Miserias que rodëan al hombre.*

11 *Son mas infelices los que viven en medio de la opulencia.*

12 *Exemplo, entrada de Salomon en su palacio.*

13 *La Muerte pone el alma en libertad.*

14 *La Muerte se manifiesta en quanto rodëa al hombre.*

15 *El nacimiento, y la Muerte son los dòs puntos sobre los que gira la vida. Igualmente aumenta que disminuye.*

16 *Lo mismo que vino la vida se vá.*

17 *La Muerte no viene cercada de dolores.*

18 *Unos temen la Muerte, òtros la buscan: la temen los que viven en los deleytes.*

19 *Exemplo, banquete de Damocles.*

20 *Buscan la Muerte los desgraciados.*

21 *Exemplos varios.*

22 *Conversion contra los suicidas: pruebase la locura del suicidio.*

23 *Y principalmente la de los Materialistas.*

24 *No se debe amar la vida tanto, ni aborrecer tanto la Muerte: el justo no la teme.*

25 *Exemplo, Muerte de Seneca.*

26 *Despiertase el Pöeta.*

LA MUERTE

PÖEMA.

1 Santa verdad, á tí que, colocada
Baxo un solio eternal, estás mirando
Con ojos compasivos como el hombre
Se dexa seducir del vil engaño;
Á tí, que pura guardas en tu seno
La preciosa virtud; y con un labio
Lleno de fortaleza contrarrestas
Quanto se opone á tu candor sagrado;
Á tí imploro; tu auxîlio solo
Busco con ansia, con ardor te llamo
Para que pueda descifrar mi acento
De un sueño misterioso los arcanos.

2 Al tiempo que en las ondas su semblante,
Cerrando el día, esconde el Sol dorado,
Y á vista de las sombras de la noche
Al pecho oprimen los temores vanos;
Agitando sus alas perezosas
Con leve impulso llega el sueño tardo;
Con opio activo mi semblante baña,
Mi cuerpo estrecha con amante abrazo.
Al punto se aparece una figura
Que á mí dirige su ligero paso,

De altura colosal, ancha de espaldas,
Piel arrugada, huesos descarnados,
De tetra amarilléz la faz cubierta,
Sin orden los cabellos, dientes ralos,
Barba erizada, y encovados ojos,
Llamas, y sangre en derredor lanzando.
Corre, llega, me mira, y altanera
Asiendo con violencia de mi mano,
Mándame que la siga, y me arrebata
Qual torbellino por el ayre vago.
¡Que sorpresa la mía al ver que hiendo
Con raudo vuelo inmensurable espacio;
Y, atravesando el eter velozmente,
Los astros dexo, al firmamento parto!
¡Quan pequeña á mis ojos es la tierra!
Los agrios Alpes, y el Pirene blanco
Á unos débiles puntos se reducen,
Á gotas breves los marinos campos.
Los opulentos pueblos desparecen;
Y quando todos juntos los comparo
Con los globos de luz, que el Cielo esmaltan,
De su estupenda inmensidad me pasmo.
Baxamos nuestro vuelo, distinguimos
Montañas eminentes, muros altos;
Y casi unidos á la Madre Tierra,
Sus senos, y llanuras registramos.

Me muestra una por una las naciones
Que el ancho globo cubren, no olvidando
Ni las que el yelo oprime ácia los polos,
Ni las que el Sol anima con sus rayos.
3 Mis pasos guía por cortadas rocas,
Enhiestos montes, hórridos peñascos
Sin árboles, sin yerba, sin cultivo,
Sin sendas, ni vestigios de pié humano.
Un edificio de grandeza enorme
En tan adusta soledad hallamos,
Derrüído, y cubiertas sus paredes
De seca yedra, y duro xaramago.
Entre columnas, y arquitraves rotos
Vese la entrada, se descubre un arco;
Por él mi conductora entrar me ordena;
Me lleno de terror á tal mandato.
Tres veces muevo el pié, y el pié tres veces
Al tocar el umbral queda pasmado;
Insta, tiemblo, me anima, al fin resuelvo
Desechar el temor, seguir sus pasos.
Entro con ella en la tremenda cueva,
Á sus inmensas cavidades baxo;
Y á la luz de unos vasos funerales
Registro el pàvoroso subterráneo.
Con asombro los ojos rodëaba,
En compasivas lágrimas bañados,

Quando con ronca voz tales razones
Sacó del pecho, y pronunció su labio.

4 Quanto has visto al impulso mio cede;
Y en este sitio yacen encerrados
Los restos miserables que en el mundo
Las orgullosas almas animaron:
Aquí no se esclaviza, ni se adula;
Aquí no hay clases, condicion, ni estados,
Aquí son polvo cetros, y tiaras,
Y aquí qual humo se disipa el fausto.
Este, absorto mortal, es el sepulcro;
Allí Aquiles reposa, allí Alexandro,
Mas allá está la tumba de Sertorio,
Y allá la de Scipion el Africano.
Allí Tersites fëo, Creso rico,
Aristides el justo, Alfonso el casto,
Ciego Tiresias, Iro miserable,
Nestor prudente, y bueno Vespasiano.
Mi guadaña se estiende á todas partes,
Y de la misma suerte desbarato
Las cabañas de simples ganaderos,
Que de Reyes soberbios los palacios.
Aunque fabríque torres el altivo;
Atesore metales el avaro;
Amontone troféos el guerrero;
Y consiga favores el privado;

No evitan mis rigores ; la hermosura,
El juvenil candor , el dulce halago;
El vigor varonil , y el poderío
El Tiempo lo consume , yo lo acabo.
Suspende aqui el discurso ; porque lleno
De horror al conocerla , en tierra caygo:
Me levanta , me alienta ; y al instante
Que vé desvanecido mi desmayo,
Abre su obscuro imperio , me demuestra
En su profundo cavernoso espacio
Templos , tronos , alcázares desechos,
Y rayos de la guerra yá apagados.
En vez de innumerables esquadrones;
En vez de ricos , y pomposos carros,
Cuyos robustos exes rechinaban
Al peso de troféos sanguinarios,
En vez de enhiestas palmas vencedoras,
De frondoso laurel , triunfales arcos,
Que al guerrero adulaban , é infundían
El bélico furor , el entusiasmo;
Polvo acinado , podredumbre infecta
Se presenta á mi vista ; y á un puñado
De ceniza infecunda reducidos
Los que tantos imperios trastornaron.
Pirámides altivas , monumentos,
Que fabricó el orgullo , en cuyo ornato

El oro se apuró, que de las minas
Sacó para su mal el hombre avaro,
Escombros son: sus nombres ya no exîsten:
En vano darles vida procuraron
Las artes con sus obras, pues el Tiempo
Rompió los bustos, y borró los quadros.
Mi guía lentamente me conduce,
Mi absorta vista, y atencion fixando
En los gloriosos timbres, en los triunfos,
Que alcanzó con la serie de los años.
Me causaban horror, me estremecían
Los bárbaros suplicios, que inventaron,
Con el fin de abreviar vida tan corta,
Los destructores del linage humano.
Con lástima miraba tantos males;
Y, su causa á mi lado contemplando,
En cólera encendido, de repente
Su mano suelto, y con ardor exclamo:
¡ Oh Muerte, de los Seres destructora,
Del Orco horrendo tenebroso parto,
¡ Tu memoria que amarga, que funesta!
¡ Que ciertos, que crueles tus estragos!
Tu nos quitas la vida placentera;
Tu nos sorprendes con traydor engaño;
Tu nos causas dolores insufribles;
Y á todos tu presencia causa llanto:

Dexame que huya dó jamas te vëa.

6 Detente, grita, y oye de mi labio
Lo que es la Muerte, que os asombra, y oye
Verdades nuevas, serios desengaños.
Confieso que os separo de la vida,
De ese bien, de los hombres tan ansiado,
Que en dilatarlo innumerables días
Fixan su gloria, estriva su conato.
Mas decid, infelices, ¿no está llena
De sustos esa vida? ¿No es un campo
Que solo brota penas? ¿Vive el hombre
Libre de sinsabor? ¿Tranquilo acaso?
¿No advierte que es su origen vil materia
De corrompido lodo? Los aplausos,
El aura popular, y regia pompa
No vé que son escoria, y oro falso?
El agudo dolor precede al hombre;
Nace entre la congoja, y el quebranto,
Lo que le anuncia que se engolfa en mares,
Llenos de Sirtes, y arenosos bancos.
En todas las edades le rodëan
Los males, las pasiones, los trabajos;
Infante es débil, imprudente, joven,
Ambicioso varon, y enfermo anciano.
Corre el tiempo veloz, y desparece
La vida qual la flor, que al primer rayo

Del Sol ostenta su fragrante copa,
Y se marchita quando vé su ocaso.
7 El tiempo sobre todo tiene imperio;
El solo ha de apagar todos los astros;
Y un día llegará que de su trono
Al Sol derriben sus potentes brazos.
Las víctimas el Tiempo me conduce
Las ofrece rendido en holocausto
Ante las negras aras de la tumba,
Dó está mi solio augusto colocado.
8 En la hora memorable, en que el Eterno,
Queriendo producir, preparó el quadro
De tantas asombrosas maravillas;
Que el hombre ímbecil escudriña en vano;
La nada hizo fecunda; prestó aliento
Á la Naturaleza en su regazo;
Engendró el universo, dió exîstencia
Á millares de globos ignorados;
Quando formó el relox de las esferas,
Para que fuese por sus giros raudos
La duracion midiendo de los seres
Con ley pasmosa, con gnomon exâcto;
Nació el Tiempo, lanzóle de su trono
La inmoble eternidad al ancho espacio,
En que el Orbe giraba, y al instante
Tendió las alas por el ayre vago.

Para no detener jamás su curso
Á volar empezó, tras sí arrastrando
Como torrente férvido impetuoso
Minutos, horas, días, meses, años.
Ansioso por volver al dulce seno,
De dó partió, prosigue acelerado;
Busca el reposo, y por hallarlo corre
Rápidamente qual vibrante rayo;
Pero no lo ha de hallar hasta que sëan
Á la voz del Eterno desquiciados
Todos los orbes, sus robustas bases
Estallen con horror hechas pedazos,
Y sus rüínas, entre sí mezcladas,
Otra vez se sepulten en el caos,
De donde los llamó para que fuesen
Su poder, y su gloria publicando.
Sordo á las voces, con que el hombre intenta
Detenerle en su curso, el Tiempo cano
Ni el vuelo acorta; ni el semblante vuelve;
Ni presta oídos á sus ruegos blandos:
Con pie ligero pisa la cabeza
Del mísero mortal, y con su tacto
Lo consume, lo arruga, lo aniquila;
Y no corta su sueño sin embargo.
Muere el hombre ignorando que ha vivido;
Y vive seducido del halago,

De las Horas que ofrecen mil placeres,
¿Mas estas que se hicieron? ¿Dó marcharon?
El tiempo arrebatólas en su huída;
En su carro montólas; inflamados
Los exes con su rápida carrera,
Precipitólas con feroz fracaso;
Y, cayendo en la sima que no vuelve
Jamás su presa, con horror dexaron
Errantes sombras por placeres dulces,
Y por deseos pensamientos vanos

9 Con repetidos, y terribles golpes
Despertar á los hombres he intentado;
Pero todo mi esfuerzo ha sido inutil
Para volver sus almas del letargo
En la huesa dó encierran sus amigos
Sepultan la memoria del estrago;
Y sus amargas lágrimas se pierden
En las mismas cenizas que han regado.

10 No advierten, deslumbrados con la vida,
Que están en torno en continuado asalto
Innumerables plagas, que acibaran
Á cada instante el corazon humano.
La destructora Peste, corrompiendo
El ayre saludable con el vaho,
Que lanza en derredor su hedionda boca,
Reynos enteros dexa aniquilados.

La Hambre devoradora se apodera
De las entrañas con ardor insano;
La Madre tierna al hijo despedaza,
El clamor de Natura sofocando.
El monstruo de la Guerra, quando rompe
Las dobles puertas del bifronte Jano,
En páramos convierte las campiñas;
Y en ellos forma con la sangre lagos.
Quando por densas nubes el Eterno
Guía con ronco estruendo el presto carro,
Y entre copiosa lluvia, viento, y piedra,
Arroja ayrado resonantes rayos;
Ó quando furibundo los cimientos
De la tierra conmueve; y agitando
Su faz con incensantes convulsiones,
Abiertos dexa sus profundos antros;
Cäen los hombres sin vital aliento
Como espesas espigas; quando el brazo
Del incansable segador abate
En el ardiente Estío los sembrados.
Abriendo su ancha boca los volcanes,
Y al Averno con llamas emulando,
Ríos de fuego de su cumbre lanzan,
Y aquí un pueblo aniquilan, allí un campo.
La aguda Fiebre, la crüél Miseria
Y el horrendo Pesar fatigan tanto

Al hombre, que contar apenas puede
Un día con quietud, y afortunado.
En todas partes al mortal oprime
La fiera angustia con pesada mano;
Y el Placer, por el qual se agita ansioso,
Como sombra fugaz burla sus pasos.
En una fragil tabla se confia,
Los encontrados vientos despreciando,
En busca de tesoros escondidos,
Que en sí abrigan el negro sobresalto.
El labrador al Sol se tuesta el pecho,
Y los copos de nieve condensados
Sobre su inculta barba, le consumen
Antes que Ceres pague su trabajo.
Por un seco laurel, un vano timbre
Arrostra los peligros el soldado;
Y nunca el suelo, que con sangre riega,
Otro fruto le dá que llanto amargo.
Al Ministro de Temis las vigilias,
El continuo estudiar al literato,
Y el gobierno á los Padres de la patria
La vida acortan en floridos años.
El pomposo renombre, porque anhelan
Nunca llegan á oir; y, amontonados
Sus huesos en la fosa, se confunden
Con el polvo de míseros esclavos.

11 "No todos, me dirás, sufren las iras
»Del Cielo vengador, ni sepultados
»En sombras todos los mortales viven;
»Que el Sol á muchos se demuestra grato.
»Y aquellos que se encuentran de continuo
»En medio del placer, paladëando
»Su gusto con delicias repetidas,
»Gozan de estables plácidos regalos."
Esos, que viven en el fausto, y luxo,
Esos felices, que te admiran tanto,
Esos, que envidia la ignorante plebe,
Y exceden á los Cresos, y Periandros,
Esos padecen penas mas atroces,
Mas infelices son; pues devorando
Está sus pechos con ardor vehemente
De la conciencia el röedor gusano.
Ni les son las comidas delicadas;
Ni de las aves les agrada el canto;
Ni á sus despavoridos corazones
Jamás recrëan sueños regalados.
Porque la vida afeminada, y muelle
Pone el ánimo torpe, el cuerpo laxô;
Y hace que el Ocio, su constante amigo
Al Vicio alargue la indolente mano.
Y como solo la quietud se encuentra
En la virtud, que enfrena el desbocado

Furor de las pasiones turbulentas;
¡Que mucho viva un rico sin descanso!
12 ¿Por que así me detengo? Mortal, corre,
Vuela á Jerusalen, dó habita ufano
El que por sus riquezas sobrepuja
Á presentes, futuros, y pasados.
Reconócela allí por sus colinas,
Donde verdëa del relleno Baco
La vïd frondosa, donde rubia Ceres
Se ríe al ver el peso de sus granos,
¡Que delicioso bosque! ¡Que fragrancia!
¡Que ambiente! ¡Que rumor! ¡Que dulce encanto!
Aquí Naturaleza, el Arte, todo
Embelesa el sentido, infunde agrado.
¡Que estrépito! el Monarca. Mira atento
La gran magnificencia, el regio ornato,
Los carros, las librëas, los sirvientes,
El relincho, el tropel de los caballos.
¡Quantos, y quan hermosos! ¡Que opulencia!
No le pierdas de vista; su palacio
Le recibe; la plebe se abalanza
Á mirar á su dueño, y darle aplausos.
Los víctores alegres se difunden
Por la espaciosa bóveda, y los patios;
Entra el carro, retumba como el trueno
En las cóncavas peñas, montes altos.

Brillan las armas de la guardia inmensa;
Se acercan los risueños Cortesanos,
Cercanle, y sube como un Dios al Cielo,
De explendor, y de gloria coronado.
Penetra á lo interior. ¡Nueva sorpresa!
¡Que maderas! ¡Que piedras! ¡Que estucados!
¡Que columnas! ¡Que estátuas! ¡Que pinturas!
¡Que salones! ¡Que pompa! ¡Que aparato!
¿Que placeres aquí no se amontonan?
¿Á que sentido no se ofrece halagos?
Á todos se complace. El Rey desfruta
Quanto es posible al corazon humano.
¡Que mucho, si entregado al blando sueño
Desciende el Ser supremo á visitarlo!
Pide, le dice; con mi amor te brindo;
Quanto quieras aguarda de mi brazo.
Y anque sabiduría pide solo
Llena el Eterno sus veloces naos
De los ricos tesoros, que en sus senos
La tierra guarda desde Oriente á Ocaso.
¿Y ese feliz que nombras, y ponderas
Para quien tantas dichas se juntaron,
Donde está? ¿Donde mora? ¿Dó se oculta
Que no pueden mis ojos encontrarlo?
¿No le has reconocido en sus adornos?
Detente, y mira aquel que, recostado

En su dorado lecho, se acongoja;
Y está con amargura sollozando.
¿Que vëo? ¿Salómón? ¿El Rey potente?
¿El sabio? ¿El opulento? ¿El envidiado?
Sí: el mismo. Hasta la vida ya detesta;
Su enojoso fastidio llega á tanto.
Porque teniendo innumerables bienes
De lo que mas desëa se halla falto.
No tiene paz, el bien que unicamente
Al hombre puede hacer afortunado.
¿Ves quantas penas en la vida exîsten?
¿Que no presentan sus placeres gratos
Sino copas colmadas de veneno?
Y os quejais porque evito sus estragos?
13 Otros contentos mi poder ofrece,
Que no es posible desfrutar en tanto,
Que el aura de la vida el cuerpo aníme;
Tal es su precio, su valor tan alto.
El alma dentro de él vive cautiva;
Y, aprisionada con robustos lazos,
Ignora la verdad, pues los sentidos
Solo la träen ilusion, y engaño.
Yo rompo sus prisiones, yo disipo
Delante de ella todos los nublados
Su luz la vuelvo, y al Eterno busca
Con alas que recibe de mi mano.

14 Pero creëis vosotros que me oculto
Con mentido semblante, y que descargo
Mi tremenda guadaña, antes que pueda
El hombre percibir mis lentos pasos.
Y decis que os sorprendo qual traydora
En medio de los gustos, y aunque aguardo
El día mas feliz, que el hombre tiene,
Para que se convierta en triste llanto.
"¿Adonde está la Muerte? No la vemos.
"Se esconde entre las flores." Así vanos
Mortales vuestro pecho se produce.
Mas ¡que juicio tan loco, tan errado!
¿No veis la Muerte? ¿No? Volved los ojos,
Mirad vuestros salones rodëados
De un enxambre de muertos, que buriles,
Y pinceles sublimes animaron.
En ellos admirais vuestros mayores;
Con su memoria estais embriagados;
Y repasais con ojos satisfechos
Una vez, y otra, y otra sus retratos.
El brillo, y los colores os seducen;
Juzgais alegre, y rico así un palacio;
Y no veis que habitais entre difuntos
Que el muro cubren de horroroso espanto.
Os recuerdan la idëa de la muerte
Las mismas diversiones, y tëatros:

La furiosa Melpómene, el augusto
Silencio del sepulcro perturbando,
Á los héroes evoca de la tumba;
Los fuerza á que abandonen el descanso;
Que eleven la cabeza; y los arrastra
Á divertir los vivos con sus llantos:
Estos miran tranquilos sus desgracias,
Creyendose inmortales; y, si acaso
Vierten algunas lágrimas, se olvidan
Que igual destino les reserva el hado.
El toro de Castilla, ya rendido
Sobre la seca arena, revolcado
En la sangre, que arroja á borbotones,
Lleno de heridas, con furor bramando,
La muerte os representa vivamente;
Pero vosotros, prodigando aplausos
Al matador con víctores festivos,
Ó al ayre los pañuelos voltëando,
Convertis las idëas mas amargas
En placeres süaves. Tal conato
Teneis en degradar vuestra alta especie,
Gustando de esos bárbaros estragos.
¿Que es el mundo que tanto os embelesa?
Un sepulcro espacioso: destrozados
Seres fecundan á la Madre tierra,
Sus jugos, y sus fuerzas reparando.

Quanto el tacto percibe, quanto agrada
Al paladar, la vista, y al olfato
Es sustancia de muertos; vive el hombre
De ellos lo mismo que el voraz gusano.
¿Que polvo no ha gozado de la vida?
La aguda reja, y el legon pesado
Los miserables restos de los hombres
De continuo revuelven en los campos.
Se coge en la cosecha su ceniza;
Labrala activa vuestra propia mano;
Y, convertida en sazonados panes,
La comeis sin temor, y con regalo.
Las capas exteriores de la tierra
Con despojos de Seres se han formado;
Y con ligero pié los hombres danzan
Sobre pueblos inmensos soterrados.
Paños, y pieles, ó del luxo galas,
Ó del frio, y calor dulce reparo,
Fueron antes cubierta de animales,
Que los feroces hombres destrozaron.
La muerte, que pensais se oculta, en todo
Quanto toca el mortal, se está mostrando;
Solo no está, con muestras tan patentes
En la memoria del linage humano.
15 Como suelen oír los marineros
Quando es el viento favorable, y manso

Sentados en la popa á la redonda
Al piloto un viage extraordinario;
Y escuchar con asombro sus peligros,
Bien ageno de verse en otros tantos;
Quiero para calmar tu pecho ahora,
Que tu alma esté pendiente de mi labio,
Y verás que mi nombre no debiera
Causarte tan terrible sobresalto.
Soy un extremo de la humana vida
Como es el nacimiento celebrado;
Sobre estos puntos gira la exîstencia
Iguales son su amento, y menoscabo;
Vuestra vida creciendo, y descreciendo
Siempre camina con el mismo paso.
¡ En el materno seno, quando el hombre
No es mas que un embrión, quan limitado,
Quan debil es su aliento! Lentamente
Vá despues sus potencias desplegando.
Y qual la tierna flor, que en la campiña
Se fertiliza con el agua, y rayos
Del Sol; y tallo, y hojas, y capullo
Aumenta, estiende, y abre en el verano:
Así el hombre los miembros desarrolla
Aumenta su vigor con el trabajo,
Adquiere agilidad, logra hermosura,
Se goza alegre, se demuestra ufano.

Y al modo que cayendo en el Otoño
Las hojas de los árboles copados,
Quando aparece el nebuloso invierno
Ni planta, ni verdor se vé en el campo;
Vuestra naturaleza experimenta
Un horrible trastorno; van faltando
Las fuerzas, y sentidos; se doblega
La espalda con el peso de los años;
Enjuganse los nervios, se endurecen;
Se apodera el temblor de pies, y manos;
La nieve, y rugas de cabeza, y rostro
Y á polvo á nada se reduce al cabo.
16 Vida es la trabazon del cuerpo, y alma;
Muerte su desunion. ¿Quien explicaros
Podrá; ni quien, momentos diferentes,
Se atreve á revelar vuestros arcanos?
Dime mortal ¿sentiste por ventura
Quando, impelida del divino labio,
El alma descendió del sacro impíreo,
Y se unió al cuerpo con amante lazo?
¿Que alegría tuviste, que dulzura
Que gusto, que placer? Vivificado
Te viste sin pensar: así al Eterno
El alma volverá con vuelo raudo.
17 No cercada de bárbaros dolores
Vendrá la Muerte. Finge espectros vanos

La noche obscura, y con la luz se advierte
Que los falibles ojos se engañaron.
Tal soy, mortales. El dolor reside
En la imaginacion, que aumenta el daño
Segun el fuego que la fibra agita
Y vá los nervios con vigor vibrando.
¿Si una bala os divide la cabeza,
Ó si sois consumidos por un rayo;
Que cadena de idëas formar puede
La alma alterada en tal fugaz espacio?
Si el cuerpo lentamente se consume,
Sus organos sin fuerza, y estenuados
No contribuyen á que el alma sienta
La amarga idëa del letal quebranto
Si es activo el dolor, si es vehemente
Conduce los sentidos al desmayo;
De estos cesa la accion, y se interrumpe
De cuerpo, y alma el amigable trato.
Sin dolor os hallais, y sin sentido
Quando llego á vosotros, quando os llamo
La muerte viene qual la vida vino;
Sin que pueda el mortal imaginarlo.
No es para el justo mi semblante horrible,
Lo es para el pecho al crimen entregado;
No la muerte, la culpa es pavorosa;
Ella os agita, oprime, causa espanto.

18 ¿A que vienen, mortales, vuestras quejas?
¿Á que los epitetos, que han llenado
Mi triste nombre de baldon, y oprobrio?
¿Á que tanto furor? ¿Encono tanto?
Unos me juzgan término del gusto;
Otros consuelo, y fin de los cuidados;
Aquellos de mi sombra se estremecen;
Estos me invocan con ardor insano.
¡El hombre que olvidado de sí mismo
Se asemeja á los brutos, reposando
Sobre el torpe deleyte, qual se agita,
Quando á la puerta de su estancia llamo!
19 Reclinado Damocles blandamente
En un pomposo lecho, rodëado
De estatuas, de tapices, de pinturas,
En que el arte, y el gusto se esmeraron;
Enfrente de una mesa, dó advertia
Baxillas ricas, primorosos vasos,
Graciosos ramilletes, lindas flores,
Süaves vinos, y manjares gratos;
Las aromas de Persia, y las de Arabia
En delicadas copas humëando;
Sus blandos miembros, y cabello ungidos
Con el fino oloroso Malobathro;
Servido de mancebos diligentes;
Oyendo el dulce, y armonioso canto

De tiernas ninfas, cuyos rostros eran
Del ocio redes, de cupido lazos;
Con las perlas de Oriente, con el oro
De Tibar, y con purpura adornado;
En su derecha colocado el cetro,
La corona sus sienes ocupando;
¿No debiera tenerse por contento?
¿No debiera llamarse afortunado?
¿No debiera la Envidia al contemplarle
Llorar de enojo, y remorder sus labios?
Debiera ciertamente, si Dionisio
En medio del magnifico aparato
Un sable agudo de una débil cerda
No suspendiera al arteson dorado;
La cervíz del dichoso amenazaba,
Y él á su vista, con horrendo pasmo
Opreso el corazon, todos sus gustos
Iba en acíbar y en dolor tornando.
Ya no veía los sirvientes bellos;
Ni del rico metal hacía caso;
Ni la mano alargaba ácia la mesa;
La corona se le iba deslizando.
Inquieto pidió al Rey que le dexara
Hüír del trono, y su engañoso fausto;
Que no es posible venturoso sea
Quien está de un peligro amenazado.

No le es dado arrostrar la muerte al impío;
Ella disipa todos los engaños;
Y el honor de sus vicios lo conturba
Al deshacerse el mundanal encanto.
20 Por eso la aborrece con ahinco:
Mas la anhelan aquellos desgraciados,
Que el Placer como á Tántalo las aguas
Se les huye al tocarlo con sus labios.
Parecen merecer tal vez disculpa
Esos que estaban de esplendor cercados;
Y ahora la fortuna ayrada oprime
En vez de orlar sus sienes con el lauro.
21 ¡Quantos hombres ilustres, conociendo
Que la vida es un mar en ondas bravo,
Por librarse de horrísonas tormentas
Sus miserables días acortaron!
Pomponio de dolores oprimido,
Lucrecia sin honor, la tierna Safo
De su hermoso Fäon abandonada,
El implacable Anibal derrotado,
Tëóxena privada de su esposo,
De su Antonio Clëópatra, Gordiano
Perdida con los Hijos la esperanza,
Detestaron la vida, y sus halagos;
La imagen de sus gustos destrüídos
En su oprimido corazon fixaron;

Y vieron que la angustia devorante
No concedía á su dolor descanso:
Los pesares con fuertes impresiones
Su máquina, y su juicio trastornaron;
Extinguióse la luz de la prudencia;
Y rienda dieron al furor insano.
Y como el escorpion quando se encuentra
De encendidos carbones rodëado,
Que á todas partes corre presuroso;
Su libertad, su vida procurando:
Pero viendo que el círculo se estrecha,
Y cerrando le van todos los pasos,
El mismo se dá muerte, que no puede
Sufrir del fuego el horroroso estrago:
Dieron fin á su vida dolorosa,
Con la hambre, con azero, despeñados,
Con tósigo, en las ondas del mar fiero,
Ó con horrible vergonso lazo.

22 ¿Mas que haceis, miserables destructores
De ese prestado bien? ¿Que monstruo infando
Del pavoroso Tártaro os anima?
¿Quien vuestro corazon ha envenenado?
Del Eterno es la vida; con su boca
Inspiró aliento al insensible barro;
Él puede á polvo, á nada reducirle,
No el loco proceder del hombre vano.

Abata los palacios suntuosos,
Rompa, deshaga lo que obró su mano;
La fábrica del Ser Omnipotente
Solo depende de su excelso brazo.
Sagrados son los límites que tengo;
Y no deben forzarse sino quando
Corta el Eterno el hilo de la vida
Por el punto que tiene decretado.
Así estos conocieron la amargura,
Que el mundo presta á sus sequaces vanos;
Y por buscar un puerto no debido,
En vez de hallar asilo, naufragaron.

23 Y vosotros que veis con torvo ceño
Al Supremo Hacedor, que os ha criado,
Negais su vida al alma; y os agrada
La humilde tierra mas que el Cielo sacro,
¿Por ventura pensais que con la Muerte
Se halla un escudo contra el signo infausto (*a*)?

(a) *Los seis versos siguientes se dirigen á convencer á los materialistas por sus mismas razones, suponiendo por un momento que el alma muere con el cuerpo. Reflexîonese, y se verá que los Atheos (si es posible que exîstan) tienen menos razon que nadie para abrazar la monstruosa opinion del Suicidio.*

Si el alma muere con el cuerpo ¿donde
Hallareis el placer que vais buscando?
Placer sin existencia; ¡que locura!
Tener un solo bien, y despreciarlo
¡Que ciego error! Si nada se halla eterno,
¿Porque el fin de los males no esperamos?
El bien de la esperanza siempre queda;
Quien oye á la Razon, descubre un rayo,
Que le muestra la playa deseäda,
Adonde encaminar el roto vaso.
Los males, y los bienes se suceden
Con un rápido giro; el desdichado
Quanto mas oprimido de la suerte,
Está de la fortuna mas cercano.
Las fibras, conmovidas dulcemente,
Causan al hombre los placeres gratos,
Al modo que las cuerdas, quando heridas
Están por los Orfeos, ó Terpandros:
Mas si el dolor las pulsa con dureza,
Si va sus brivaciones agitando,
Se altera la armonía, produciendo
Rudos sonidos sin compas ni agrado.
Tales son las pasiones desatadas;
El alma agitan como suele el Austro
Rebramando alterar los hondos mares
Quando aparece el nebuloso Aquario.

Como no hay movimiento que conserve
Siempre el impulso en su primer estado;
Quando cesa la accion, la calma vuelve,
Y vuelven los placeres regalados.
Usar entonces de las claras luces,
Que Natura os prestó con pecho franco,
Debiais, ó mortales, dando oídos
Á la Filosofía como sabios.
No querais resistir á la tormenta,
Con las velas su rabia provocando;
Amarrad el timon, y al ronco Noto
Desnudos oponed los recios palos.
Todo con la constancia al fin se vence,
Todo lo pierde el corazon menguado;
Arrostrar el peligro es de valientes,
De cobardes ceder á los trabajos.

24 Rebaxe el hombre el precio de la vida,
Y valdrá mas la muerte: el justo, el sabio
Ni debe amar aquella con exceso,
Ni á mí tampoco aborrecerme tanto.
Solo el malvado al pronunciar mi nombre
Se llena de terror; pues los cuidados
Son hijos del delito, que destroza
El mismo corazon que fué su amparo.
Mas quien tiene la vida pura, y casta
No necesita del arnes doblado,

Ni del cántabro cañon, ni del acero,
Que con sus aguas templa el raudo Tajo.
Por los desiertos de la Arabia ardiente,
Por entre nieves, y hórridos peñascos
Allá en los polos, y riscosos Andes
Camina solo, libre, sosegado
Puede la inmensa máquina del Orbe
Desplomarse sobre él hecha pedazos;
Puede baxo sus ruínas oprimirlo,
Lo puede aniquilar mas no turbarlo.

25 Tal fué el gran Lucio Séneca, que en medio
Del brillo de la Corte, en el mas alto
Puesto que conceder Fortuna puede
Cerca de los Monarcas á un vasallo;
Oyendo de Neron dulces lisonjas,
Que pío, generoso, derramando
Á manos llenas su tesoro inmenso
Le dexa en las riquezas anegado;
No demuestra ambicion, no se deslumbra
Con la delicia, y mentiroso fausto,
Que anexo al trono, el corazon empece
Del que se lleva de esplendores falsos.
No tuvo el vicio en su interior cabida,
Fué siempre justo, moderado, y casto;
Desfrutó de la vida, sin que nunca
Corromperle pudieran sus halagos.

Y quando (incorporado sobre el lecho,
El brazo descubierto, el pié descalzo
Para entregarlos al feroz verdugo,
De agudo acero, y de impiedad armado;
Al cuello asida su adorada esposa
Sin poder alentar, con llanto amargo;
En torno los amigos, los sollozos
Reprimiendo por miedo del tirano;
Llena la casa del curioso vulgo;
El salon en silencio sepultado;
Y todos los presentes comprimidos
Unos de compasion, otros de espanto)
Le amenaza la Muerte, no se altera;
No le oprime el temor, ni gime, quando
Cortan sus venas, y la sangre salta,
Que el sosiego en su rostro está pintado.
Y estendiendo la mano á sus amigos;
Con reposada voz, con tono claro
Les dicta sus consejos postrimeros,
Que no les dexa trasladar el pasmo.
Al escribir la pluma se resbala
De sus trémulos dedos; y enclavados
Sus ojos en la boca del mäestro,
Parecen hechos de insensible marmol.
El los aníma con heroyco esfuerzo;
Y los convence que el preciso paso

De la muerte , que temen , y en él miran,
Nada tiene de nuevo , ni de infausto.
"El hombre nace, y á morir empieza;
»El día natalicio , celebrado
»Con festivos banquetes , nos avisa
»Que está mas cerca nuestra muerte un año.
»Es ley indispensable de Natura;
»La vida se nos dió con este pacto;
»Nosotros lo sabemos ; no hay motivo
»Para que nos sorprenda descuidados.
»Enjugad vuestros ojos ; en el pecho
»Encérrad los suspiros , y sacadlos
»Solo para gemir la desventura
»Del que al vicio se entrega desbocado.
»Y tu Paulina , mi adorada esposa,
»Digna de admiracion , pues arrostrando
»La muerte con denuedo , das al mundo
»Exemplo ilustre de valor extraño,
»El corazon me llenas de dulzura;
»Porque he tenido una consorte al lado
»En la vida , y la muerte , que en virtudes
»Ni Lucrecias , ni Porcias igualaron."
Así dice el Filósofo constante;
Y aunque deseä discurrir mas largo,
Se siente con deliquios repetidos
Al sumergirlo en el herviente baño.

Ya se le junta al paladar la lengua;
Ya se turba su vista; ya, trabados
Con el frio sus miembros, se le tornan
Pálido el rostro, cárdenos los labios.
Vé que se acerca el postrimer instante;
Y, á sus tristes amigos rociando
Con su sangre, se ofrece humildemente
Á Jove Librador en holocausto.
Estremecióse el lúgrube aposento;
Con los ayes los techos resonaron;
En tanta confusion llego, me animo,
Y en él mi acero con furor descargo.
Apenas vuelvò á recoger ufana
La guadaña fatal, que ha destrozado
Una vida tan pura, siento elarse
De espanto, y de rubor mi fuerte brazo.
Nunca victoria de menores timbres;
Nunca mi carro de explendor mas falto
Se vió que en este día: pues confieso
Que Séneca quedó de mí triunfando.

26 Calla la Muerte, quiero replicarla;
Y antes que llegue la palabra al labio
Se disipa aquel sueño; y me despierto
Lleno de confusion, y desengaños.

INDICE

DE LOS TOMOS I Y II.

A

B

C

D

E

F

H

I

L

M

N

O

Q

R

S

T

U

V

Y

FIN.





